SUPER

TENTACIÓN

NOCHE MÁGICA

Gina Wilkins

Noche mágica

La maestra Gwen De Clerk era una persona estable y fiable... y le sacaba de quicio que aquellas fueran precisamente las cualidades de su nuevo vecino, el artista del espectáculo de fama internacional, Jeremy Kane.

Gwen no quería que la admiraran por su pragmatismo. Quería que la desearan... de la misma forma que ella secretamente deseaba a Jeremy.

Gwen percibía una hirviente corriente subterránea entre ellos, y se enfrentaba a una elección: seguir siendo una tímida maestra el resto de su vida o mostrarle a Jeremy una faceta de la que él aún no sabía nada. ¿Qué podía perder? ¡La Señorita Recatada estaba a punto de convertirse en la Señorita Fogosa!

Capítulo Uno

-Bueno, aquí tenemos a los vecinos.

Gwen DeClerk musitó aquello sin darse cuenta mientras se apoyaba en la barandilla de la terraza, con la taza de café entre las manos, y contemplaba sombríamente la actividad que se desarrollaba en la casa de al lado.

La única otra casa visible desde su chalet deliberadamente aislado en aquella parte de la costa californiana había estado ocupada, hasta recientemente, por un anciano profesor retirado que apenas salía de su biblioteca. El vecino perfecto, en opinión de Gwen. Y luego, el doctor Fitzhugh había muerto tan silenciosamente como había vivido y la casa había sido puesta en venta. Algo le decía a Gwen que su nuevo vecino no serían ni mucho menos tan tranquilos como el doctor Fitzhugh.

Mientras aquel pensamiento cruzaba su mente, parpadeó incrédulamente al ver cómo era descargado el último de una serie de extraños objetos de la furgoneta de color naranja y transportado hasta la casa por una cuadrilla de mudanzas de lo más inusual. Aquel objeto parecía un féretro. Un lujoso féretro de madera reluciente, decorado con adornos de refulgente latón dorado.

-Un féretro -murmuró ella, ajustándose las gafas para ver mejor.

El enorme perro negro que estaba dormitando a sus pies alzó la cabeza como para comprobar por sí mismo que Gwen había identificado correctamente el artefacto.

-¿Ves? --dijo ella, mirándolo y sonriendo débilmente-. Te dije que era un féretro. ¿Crees que dormirá dentro?

Shane emitió un gruñido que parecía expresar su absoluto desdén por el nuevo vecino y volvió a apoyar la cabeza sobre las patas.

-Yo pienso lo mismo -le dijo Gwen con un suspiro-. Será mejor que nos metamos otra vez en la casa antes de que veamos algo que nos deprima de verdad.

La habían despertado a una hora indecentemente temprana aquella mañana de sábado los ruidos inusuales provenientes de la casa contigua... motores de coches, portazos, parloteos y risitas. Abandonando su plan de dormir hasta tarde, se había duchado rápidamente y se había tomado media taza de café antes de reunir el coraje suficiente para asomarse a ver qué estaba ocurriendo tan cerca de su amada y tranquila casa. Lo que había visto al salir a la terraza no había hecho que aquel día gris se hiciera más brillante.

El hombre era alto, con el pelo oscuro, delgado e increíblemente guapo. Iba vestido con unos vaqueros ajustados, una camisa de

cuadros y una cazadora vaquera y se movía con pasos rápidos y enérgicos mientras supervisaba la mudanza. A Gwen se le había atragantado el café al ver la primera vez a las personas que lo ayudaban. Cuatro pelirrojas de largas piernas, ataviadas con diminutos shorts y corpiños eran quienes transportaban cajones y extraños artilugios con toda la destreza y el vigor de los más experimentados y corpulentos cargadores. Las cuatro eran altas, guapísimas y, aparentemente, estaban en espléndida forma física. Las mujeres hablaban y reían sin parar mientras trabajaban, y se paraban con frecuencia para recibir besos y abrazos del hombre moreno. Aquellos intercambios parecían recompensas o alabanzas por su trabajo, y aquel pago parecía complacer totalmente a todo el mundo.

Gwen estaba sacudiendo la cabeza aún, cuando se dio la vuelta para dirigirse a las puertas que daban al estudio, con Shane pisándole los talones.

-¿Cómo he podido tener tanta suerte? -se preguntó mientras lanzaba una última mirada llena de resentimiento hacia su nuevo vecino... encontrándose con su mirada fija en ella.

Se había quedado parado al verla, con las manos en las caderas, mientras la brisa agitaba su negro cabello en torno a su rostro. Estaba sonriendo y ella tuvo la enervante sensación de que no estaba perdiéndose ni el más mínimo detalle de su apariencia. Y luego levantó la mano en un saludo amistoso.

Obligándose a salir de su momentánea parálisis, Gwen respondió a su saludo con un gesto rápido de la mano. No tenía por qué ser grosera, al fin y al cabo, y volvió a entrar precipitadamente en su casa, cerrando firmemente la puerta tras ella. Extrañamente agitada por aquella breve y silenciosa comunicación, dio un salto cuando el teléfono sonó. Cogió el receptor con un gesto brusco. -Hola, Gwen. Espero no haberte despertado. Reconociendo la voz de su mejor amiga, Gwen se acomodó en la mecedora de madera situada junto a la mesa del teléfono.

No, no me has despertado, Cathy. Ha sido mi nuevo vecino quien lo que ha hecho hace un rato. -¿Se ha mudado hoy tu nuevo vecino?

-Me temo que sí.

Cathy se rió entre dientes.

-No tienes por qué tomártelo tan a la tremenda. Ya sabías que la casa del doctor Fitzhugh se había vendido. No podías esperar que siguiera vacía por siempre, sólo porque a ti te guste vivir como una reclusa.

-No vivo como una reclusa -replicó suavemente Gwen-. Y no es que me importe que viva alguien en la casa de al lado. ¡Es sólo que

no había esperado que mi vecino fuera una especie de moderno jeque, con su harén de amazonas pelirrojas y todo! ¡Y un féretro!

-¿Podrías repetirme lo que acabas de decir? -preguntó atónita Cathy.

Gwen se lo explicó en detalle, describiendo todo lo que había visto aquella mañana.

-Me pregunto si dormirá en ese féretro -añadió para su regocijada amiga.

Sin dejar de reír, Cathy replicó:

-Bueno, al menos sabemos que no es un vampiro. Está fuera a plena luz del día, al fin y al cabo. -El sol está tapado por las nubes ---contestó-.

Tal vez los vampiros estén a salvo los días nublados.

-No lo creo, pero me aseguraré de comprobarlo el lunes. Tenemos un par de libros sobre vampiros y hombres-lobo en nuestra biblioteca.

Cathy era bibliotecaria en el colegio privado donde Gwen daba clases de inglés y escritura creativa.

-¿Has dicho cuatro pelirrojas?

-Cuatro pelirrojas guapísimas -confirmó Gwen-. Todas de cerca de un metro ochenta, y con unos cuerpos sólidos como torres.

-Guau. ¿Crees que van a vivir todos ahí? No lo sé. Me pregunto cuánto me costará instalar una valla de tres metros de alto entre nuestras casas.

Cathy se rió otra vez.

-Oh, vamos, Gwen, tal vez no sea tan malo. Piensa en ello como una especie de entretenimiento. Como no ves nunca la televisión, espiar a tu vecino puede ser justo lo que necesitas para animar tus noches. Tal vez deberías comprarte unos prismáticos.

-¿Por qué será que tiendo a olvidarme del sentido del humor tan retorcido que tienes, Cathy Wallace?

-Tal vez sea por mi apariencia inocente y saludable -replicó Cathy, desenfadadamente... y con absoluta falsedad.

Con su pelo negro como el tizón y sus ojos de color avellana, Cathy tenía un aspecto tan inocente y saludable como el de un gato montés.

-Por cierto, para lo que te llamaba era para saber si querías que te llevase a la fiesta de Nicki esta noche. Puedo pasarme a recogerte cuando vaya hacia allí.

-Gracias, Cathy, pero ya tengo mi coche. -Oh, pensaba que iba a estar en el taller todo el fin de semana.

-Eso es lo que me dijeron al principio, pero la avería resultó ser menos importante de lo esperado, y pude recogerlo después del colegio ayer.

-Bien. ¿Entonces nos vemos esta noche en casa de Nicki?

-Claro. Me apetece mucho. Nicki va a preparar un nuevo plato de pasta que tiene pinta de estar riquísimo.

-Mmmmm. ¿No es maravilloso tener una amiga tan buena cocinera cuando las dos somos tan deprimentemente mediocres en la cocina?

Gwen sonrió. -Totalmente de acuerdo.

-Por cierto, ¿sigues ganando a Nicki por varios dólares en el Concurso «Besa a un Cerdo»? -inquirió Cathy alegremente.

Gruñendo, Gwen se llevó una mano a la frente. -Sí, gracias a las generosas donaciones de Arthur. Haz algo, Cathy. Saca tus ahorros y mételos en la hucha de Nicki el lunes. Es lo que voy a hace yo, me parece. Cathy se rió.

-Vamos, Gwen. El dinero se está recaudando para fines caritativos, ¿recuerdas? Y los alumnos se lo están pasando bomba votando a su profesor favorito a base de contribuciones. Además, yo da- ría cualquier cosa por verte besar a un cerdo el día de la fiesta cuando seas la que más dinero ha reunido en su caja de contribución.

-Gracias. Me acordaré de ti.

Reconfortada por la llamada de su amiga, Gwen se dedicó a su rutina de todos los sábados, consistente en realizar las tareas domésticas y preparar las clases de la semana siguiente.

Alejándose un paso del espejo de la cómoda, Gwen se puso las gafas y comprobó su aspecto antes de salir hacia la fiesta aquella noche. Suponía que era un instinto femenino natural el que no pudiera evitar comparar su aspecto con el de las cuatro bellezas pelirrojas que había visto aquella mañana. La mujer del espejo tenía el aspecto de una profesora de inglés de colegio de pago, aproximándose aceleradamente a su trigésimo cumpleaños. Menuda y ligera, Gwen llevaba el pelo recogido en un moño, se maquillaba lo menos posible y se vestía de un modo sencillo que proclamaba. el tipo de vida tranquila que llevaba.

El rostro que le devolvía la mirada no podía ser descrito como hermoso, pero había atractivo pro; pio en aquellos grandes ojos pardos detrás de los cristales de las gafas, el leve salpicado de pecas sobre su nariz pequeña y recta y la forma agradable de su boca, que sonreía con facilidad y frecuencia. Su figura no era de las que pudieran hacer subirse a un hombre por las paredes, pero se mantenía en forma y delgada gracias a sus largos paseos y una dieta saludable. A Gwen no le disgustaba su aspecto. Como su estilo de vida, se adecuaba a ella.

No era que esperara en absoluto que un hombre tan atractivo como su nuevo vecino se sintiera impresionado por lo que había visto al mirarla. La experiencia le había demostrado que había bastantes hombres que la encontraban atractiva, pero eran aquellos hombres del tipo reservado, algo serio, generalmente menos preocupados por la apariencia que por el carácter de la persona que se escondía detrás. Hombres como Daniel, su difunto marido, que tanto había querido a la mucho más joven, cariñosa y nada exigente mujer que había sido su esposa durante tan tristemente poco tiempo. Gwen había vivido sola desde su muerte casi tres años antes, sin que aquello le supusiera un problema. Simplemente, no había encontrado otro hombre que se adecuara tanto a ella como Daniel.

Sacudiéndose aquellos pensamientos tristes, y preguntándose cómo su vecino los había suscitado en ella, cogió la fina chaqueta que hacía juego con su vestido azul y, tras apagar la luz, se dirigió a la puerta delantera.

Todas las luces estaban encendidas en la casa de al lado. Aunque no estaba excesivamente alta, podía oír la música que llegaba desde las ventanas abiertas. La fiesta que estaba teniendo lugar allí estaba desde luego más animada que la cena tranquila a la que iba a acudir Gwen. Mientras se sentaba al volante de su coche, Gwen sonrió, satisfecha con aquel estado de cosas. Prefería mucho más pasar la velada con ocho o diez amigos íntimos en casa de Nicki antes que competir en atención con la música de rock y las despampanantes pelirrojas de la casa del vecino; aunque no le importaba que celebrara fiestas siempre que fuera razonablemente considerado con el nivel de ruido.

Mientras su vecino y sus amiguitas limitaran sus expansiones a su propiedad, Gwen estaría satisfecha llevando el tipo de vida que había llevado en los últimos tres años, se dijo a sí misma. El que su nuevo vecino fuera radicalmente diferente del anterior no significaba que nada tuviera que cambiar en la vida de Gwen.

Frunció el ceño ante el más bien ominoso temblor que recorrió su espina dorsal nada más hacerse aquella firme declaración.

Incapaz de estarse quieto incluso cuando descansaba, Jeremy Kane jugueteaba con tres bolitas rojas que había sacado del bolsillo, mientras estaba apoyado en la barandilla de su terraza, respirando con fruición el fresco aire nocturno.

Las bolas aparecían y desaparecían entre sus dedos, a veces una, a veces tres, pero él no era plenamente consciente de lo que estaba haciendo con ellas. Una parte distante de su mente era consciente

de los sonidos de la fiesta que seguía desarrollándose en la casa detrás de él. Pero su concentración se hallaba en otro lugar... aquel lugar en el interior de sí mismo a donde sus pensamientos huían con frecuencia, un lugar que no podría haber descrito ni aunque lo hubiera intentado. Siempre que se aburría o cansaba de una situación y aquello le sucedía con todas las situaciones al cabo de un tiempo, se retiraba a aquel corredor interior donde podía aislarse de su entorno y dejarse llevar allá donde sus pensamientos quisieran arrastrarlo.

En aquel momento estaba pensando en una mujer. Una mujer a la que no había conocido, sino tan sólo entrevisto fugazmente. No era una mujer particularmente hermosa, por lo que había podido ver en aquel breve y distante encuentro. Se había quedado sólo con la neblinosa impresión de un cuerpo delgado, el pelo castaño y una mirada más bien reprobatoria oculta tras unas gafas tipo bibliotecaria. Y, sin embargo, por alguna razón, aquel momentáneo cruce de miradas le había tenido obsesionado todo el día.

Le habían dicho que la casa contigua estaba ocupada por una maestra viuda. La imagen mental que aquella descripción había evocado en él había sido la de una mujer de mediana edad con el pelo gris, gafas bifocales y los tobillos gruesos. ¿Era la mujer que había visto en la terraza la maestra viuda, o era sólo una visita? Le había parecido que estaba muy a su aire, lo cual le había llevado a la conclusión de que la casa era suya. Y no creía que la mirada de desaprobación que había detectado en sus ojos fuera imaginaria. ¿Por qué? ¿Habían empezado él y sus amigas demasiado pronto? ¿Habían hecho demasiado ruido? Si había perturbado lo que ella había esperado que fuese una tranquila mañaha de sábado, lo lamentaba sinceramente. Se preguntó cuándo tendría oportunidad de conocerla y presentarle sus disculpas.

Algo en el pensamiento de llegar a conocer realmente a su nueva vecina hizo que experimentara una oleada de anticipación. Se preguntó de qué color serían sus ojos. Se preguntó cuál sería su expresión al sonreír. Se preguntó por qué estaba pasando tanto tiempo haciéndose preguntas sobre una maestra viuda, menuda y con el cabello castaño.

-¿Jeremy? La fiesta está terminando. ¿Quieres despedirte de tus invitados?

Arrancado de su ensoñación, Jeremy miró a la pelirroja que había aparecido junto a él y luego su reloj de pulsera.

-¿Ya? Pero si todavía es temprano. Noelle se rió musicalmente.

-Bueno, tenemos un largo trayecto hasta la civilización. Además, todos tenemos la impresión de que la fiesta se ha terminado.

Jeremy hizo una mueca de disculpa. -Lo he hecho otra vez,

¿verdad?

-Sí, has desconectado -convino Noelle-. Incluso aunque vuelvas otra vez dentro, te quedarías silencioso y pensativo el resto de la noche. No tiene sentido seguir con la fiesta cuando el homenajeado está perdido en la tierra de nunca jamás. Te conocemos todos muy bien, nuestro querido y mágico jefe.

Riendo entre dientes, Jeremy le pasó cariñosamente el brazo por los hombros a Noelle y se dirigió con ella hacia la puerta.

-Voy a tener que hacer algo al respecto. Odio pensar que empiezo a ser previsible.

-De eso sí que no hay ningún peligro, Jeremy Kane.

Sin dejar de sonreír, Jeremy lanzó una última y rápida mirada a la casa de al lado antes de entrar en la suya y cerrar la puerta.

A Gwen le encantaba pasear por la playa a esa hora tranquila y expectante previa al crepúsculo, cuando las olas parecían quedar paralizadas esperando el cambio. El sol resplandecía bajo en el horizonte, aferrándose inútilmente. Suspendida entre la luz y la oscuridad, Gwen sonrió de placer, satisfecha de la compañía de sí misma y de su paciente perro.

Y, de pronto, se acercó a ella en su paseo un inusual desconocido. Se detuvo en seco, y se quedó mirando a la pequeña figura estrafalariamente vestida que la sonreía. Hasta Shane parecía demasiado aturdido para ladrar, y su cuerpo se puso rígido mientras olisqueaba.

-¿De dónde diantres has salido tú? -preguntó Gwen, sonriendo.

El monito, del tipo que Gwen tenía asociado con organilleros y carnavales, se agitó alegremente al oír su voz, rebuscó en uno de los numerosos bolsillos de su casaca, y sacó una tarjeta que le ofreció a ella. Fascinada, ella le dio una palmada a Shane y le ordenó que se sentara antes de coger la tarjeta y leer el mensaje meticulosamente deletreado:

Hola. Me llamo Joey. Soy tu nuevo vecino. Me gustaría estrecharte la mano.

Ella no pudo evitar reírse, sin que le sorprendiera en absoluto que el monito fuera la mascota de su exótico vecino, al cual sólo había visto de lejos durante la semana que había transcurrido desde que se había mudado.

-Hola, Joey. Me alegro mucho de conocerte. Extendió la mano derecha y el monito extendió su diminuta manita y se la estrechó gravemente. Concluido el apretón de manos, Joey sacó una segunda tarjeta del otro bolsillo y se la dio a ella. A mi compañero de piso le gustaría conocerte. Se llama Jeremy, leyó Gwen en voz alta-. Está

detrás de ti.

-¿Detrás...?

Se dio la vuelta, y parpadeó, sorprendida, al ver a su guapísimo vecino a poco más de un metro de distancia. ¿Cómo diablos había logrado acercarse tan rápidamente?

-Eh... hola -le dijo más bien torpemente, mientras estudiaba subrepticiamente su atractivo rostro, su cabello negro como azabache y su cuerpo alto y delgado, ataviado con un gran jersey blanco y unos vaqueros gastados.

Su sonrisa era peligrosa, concluyó Gwen inmediatamente. Y su voz, suave como el satén, no lo era menos.

-Hola. He tenido ganas de conocerte toda la semana, pero nuestros caminos, al parecer, no se han cruzado. Soy Jeremy Kane.

La mano que asió la suya aquella vez era grande, fuerte y muy caliente. Ella sintió que le temblaban los dedos dentro de los suyos y confió en que no lo notaría.

-Gwen DeClerk.

-¿Gwen? -ladeó la cabeza en un expresivo estaba tumbado tranquilamente en la arena mientras Joey se subía alegremente por su lomo. Los dos parecían encantados de tener un nuevo amigo.

-Qué raro. Su mascota está muy bien entrenada, señor Kane.

-La suya también. Y llámeme Jeremy. ¿Por qué le ha puesto el nombre de Shane?

-Lo tengo desde que no era más que un cachorrillo y tenía la tendencia a escapar continuamente de mí. Me pasaba tanto tiempo diciéndole «Vuelve» que me hizo pensar en el niño de aquella vieja película, «Shane».

Jeremy se rió entre dientes y luego dijo: Joey.

Ella miró al monito. -¿Qué le pasa?

-No, no es Joey. El niño de la película. Se llamaba Joey. Otra coincidencia interesante.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, sin hacer esfuerzo alguno para ocultar su franco asombro. -Es usted toda una fuente de anécdotas, ¿eh, señor Kane?

Jeremy. Y usted es de lo más pequeñita, ¿verdad? Apenas me llega al hombro. ¿Cómo logra dominar a sus alumnos? Algunos deben de ser tan altos como usted.

Ella entrecerró los ojos, sintiéndose cada vez más molesta. Alzando su mano aprisionada, habló firmemente como si lo estuviera haciendo con uno de sus alumnos recalcitrantes:

Mi mano, por favor.

-Mi mano, por favor, Jeremy -le corrigió él, y sus ojos azul oscuro brillaron con una chispa maliciosa casi infantil.

Casi infantil, porque no podía ignorar la nota plenamente

masculina en su forma de mirarla. Aunque el aliento se le quedó atrapado en la garganta consiguió mantener la expresión impasible y la voz firme:

-Por favor, suélteme la mano, Jeremy. -Claro, por supuesto, Gwen -replicó él gravemente, sosteniéndole la mirada mientras accedía a su demanda.

Ella apartó la mano rápidamente, pero boqueó de asombro al darse cuenta de que estaba sosteniendo un clavel rosa.

-¿Cómo...?

-Vamos, Joey, tenemos que marcharnos -dijo Jeremy, retrocediendo; le hizo un gesto cortés a Gwen, inclinando la cabeza-. Ya nos veremos -le dijo, y las palabras sonaron ominosamente a promesa.

Y luego se fue, con Joey encaramado a su hombro, dejándola allí plantada.

Gwen contempló a aquel hombre hasta que desapareció al llegar al final de las escaleras que bajaban hasta la playa.

-Esto es fantástico -le dijo a Shane, que también se había quedado mirando cómo los otros dos se marchaban-. Nuestro vecino está como una cabra. No me extraña que su mejor amigo sea un mico.

Shane respondió con un bufido que parecía de regocijo. Gwen le dio una palmadita.

-Es agradable tener una conversación sensata otra vez -le dijo aprobadoramente-. A ti sí que te entiendo. Vámonos a casa. Nunca se sabe qué tipo de chalado se puede encontrar uno en una

playa desierta.

Más tarde, mientras colocaba cuidadosamente el clavel en un jarrón largo y estrecho con agua, se decía que lo estaba haciendo únicamente porque le daba pena tirar una flor tan perfecta antes de que se marchitara. Y también se dijo que la mano que Jeremy Kane le había estado estrechando durante tanto rato no le cosquilleaba locamente aún.

-Vas a tener que estar más atenta -se sermoneó mientras se cepillaba el pelo ante el espejo aquella noche-. Su locura puede resultar contagiosa.

Gwen no tenía ni idea de quién era. A Jeremy le gustó aquello. Desde que había conseguido una cierta fama como ilusionista que aparecía con frecuencia en la televisión y cuyas actuaciones en directo eran éxitos de público, no estaba nunca seguro de si la gente respondía a Jeremy, el hombre, o a Jeremy, la celebridad, cuando lo conocían por primera vez. Su nombre ni siquiera le había sonado

a Gwen DeClerk. Se preguntó si habría pasado los dos años anteriores escondida debajo

de una piedra. Luego se amonestó mentalmente por pensar que todo el mundo tenía que conocerlo. Había personas que, sencillamente, no estaban

interesada en la magia.

-Gwen DeClerk. La maestra viuda. Viuda. ¿Está aún de luto? Sus asombrosamente grandes ojos pardos no le habían parecido tristes. Le había sonreído maravillosamente a Joey antes de que Jeremy hubiera hecho su aparición. Quizás ya se había recuperado de su pérdida. Se preguntó cuánto tiempo haría desde que su marido había muerto. Parecía muy joven para estar viuda; le daba la impresión de que no debería haber cumplido los treinta aún.

Tenía una sonrisa preciosa. De hecho, había sentido celos de su propia mascota, deseando que fuera a él a quien hubiera sonreído. Tuvo que recordarse a sí mismo que no era realmente una mujer hermosa, al menos, no en el sentido de muchas de las mujeres hermosas que había conocido, algunas de ellas íntimamente. Pero había algo en Gwen que le había atraído de una forma que no le había sucedido con ninguna de aquellas bellezas. En tomo a ella parecía flotar un aura de... buscó una palabra... apacibilidad... sí, apacibilidad. Era curioso que un hombre como él, siempre inquieto, siempre buscando algo que no conseguía definir, se sintiera atraído por una mujer precisamente a causa de aquella cualidad.

La encontraba deliciosa. Y ella le encontraba raro a él. En lugar de preocuparle, aquello le hacía gracia. Estaba acostumbrado a que la gente le considerara extraño. Diablos, si hasta sus mejores amigos se lo decían a la cara. Pero habían aprendido a quererlo, de todas formas. ¿Aprendería Gwen?

Dispuesto a hacer todo lo posible por conseguirlo, se dirigió a su dormitorio a-preparar el equipaje para el viaje de trabajo que tenía que hacer al día siguiente.

-¿Jeremy Kane? ¿Tu nuevo vecino es Jeremy Kane? Gwen, ¿por qué no me lo dijiste antes? Sorprendida por la exagerada respuesta de Cathy a su comentario casual sobre el encuentro con su vecino unos días antes, Gwen frunció el ceño interrogativamente.

-¿Es alguien que deba conocer?

Cathy puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación mientras le asía el brazo a su amiga. -¿No has oído hablar de Jeremy Kane? ¡No puedo creerlo!

-Bueno, pues no he oído hablar -recordando el guapo rostro de aquel hombre, Gwen aventuró-: ¿Quién es, un actor?

Sacudiendo la cabeza, Cathy le hizo un gesto a otra de las profesoras para que se acercara a ellas en la sala de profesores, donde se habían reunido el lunes después de las clases.

-Margaret, dile a Gwen quién es Jeremy Kane.

Margaret tenía cincuenta y cinco años y no le interesaba en la vida más que su trabajo, la iglesia y sus nietos, y a menudo le tomaban el pelo por

estar completamente fuera de onda con el mundo moderno. Su actor de cine favorito seguía siendo Clark Gable. Gwen estaba segura de que aquella mujer sabría tan poco de Jeremy Kane como ella. Estaba equivocada.

Jeremy Kane -repitió Margaret obedientemente-. ¿Te refieres al mago?

Cathy miró expresivamente a Gwen.

-¿Ves? Hasta Margaret ha oído hablar de él. Desde luego, Gwen...

-Bueno, claro que he oído hablar de él -afirmó Margaret-. Sale por la televisión cada dos por tres. Mi nieto, Chad, es un auténtico fan suyo. Chad quiere ser mago cuando crezca -añadió con orgullo de abuela.

-Jeremy es ilusionista -repitió Gwen, pensativamente-. Entonces es por eso por lo que acabé con una flor en la mano que pareció surgir de la nada. Y eso explica lo del mono, supongo.

-¿Te dio una flor? -Cathy miró a su amiga con indisimulada envidia-. Guau. ¿De qué mono hablas?

-¿Conoces a Jeremy Kane, Gwen? -le preguntó Margaret antes de que tuviera ocasión de explicar lo de Joey.

-Es mi nuevo vecino.

-¿Crees que podrías conseguir su autógrafo para Chad? Le haría mucha ilusión a mi nieto. -Oh, no lo sé, Margaret -dijo

evasivamente Gwen-. No creo que vaya a verlo muy a menudo. Simplemente, se presentó como un gesto de amabilidad.

-Bueno, si tienes ocasión, te lo agradecería de verdad -insistió Margaret.

Gwen sonrió amablemente y le ofreció una respuesta no comprometida. Sintió un cierto alivio cuando, al cabo de un momento, Margaret se marchó.

-Bueno, en cualquier caso, esto explica lo de las pelirrojas -aseveró Cathy con naturalidad-. Y el féretro.

-¿Ah, sí?

-Claro. Jeremy Kane siempre tiene a unas pelirrojas despampanantes de ayudantes en sus actuaciones. A veces sólo un par, otras una auténtica cuadrilla. Es su marca. El féretro es probablemente para una de sus huidas. Ah, y utiliza a un monito a veces... para efectos cómicos. ¿Llevaba el mono con él cuando lo viste?

-De hecho, conocí antes al mono -replicó Gwen-. Se llama Joey.

-¡Qué emocionante! Y dime ¿qué te pareció? -¿El mono?. Era realmente mono. Me gustó mucho.

Cathy la miró furiosamente.

No el mono, so cretina. El hombre. Ese tipo alto, moreno con unos ojos como para perderse en ellos y una sonrisa que podría fundir el amianto. ¿Te suena?

-Ah, él -dijo Gwen, mientras cogía el bolso para irse-. La verdad es que me gustó más el mono. Ese hombre es raro, Cathy. Quiero decir, raro de verdad.

-¡Bueno, pues claro que tiene que serlo! Es un ilusionista, un mago. No precisamente el banquero o contable típicos. Pero, sé sincera, niña, ¿era sexy o muy sexy?

Gwen sonrió.

-De acuerdo, era muy sexy.

Cathy pareció hundirse de puro alivio. -Gracias a Dios. Empezaba a temer que hubieras llegado demasiado lejos como para rescatarte. Es bueno saber que aún te quedan algunas hormonas latentes ocultas bajo ese exterior tuyo de maestra recatada y pulcra. Espero que fueras simpática con él.

Sustituyendo rápidamente su sonrisa por un ceño, Gwen habló reprobatoriamente: -Supongo que no esperarás que ocurra algo entre ese ilusionista y yo. En serio, Cathy, llevas intentando emparejarme con todos los hombres del estado desde el año pasado, pero esta vez la idea es realmente enloquecida.

-No veo por qué -arguyó Cathy defensivamente-. Tienes que empezar a vivir un poquito, Gwen. Daniel era un encanto, pero hace tiempo que ha desaparecido. Y las dos sabemos que a tu

matrimonio le faltaba una cierta cantidad de pasión. Eres joven, atractiva y lista. Aborrecería verte desperdiciar la juventud escondiéndote con tus libros y tus trabajos escolares cuando hay tantos hombres maravillosos sueltos por ahí. Tu vecino, sin ir más lejos.

-Mi vecino, sin ir más lejos, parece ser un famoso artista del espectáculo que pasa gran parte de su tiempo rodeado de esculturales pelirrojas -replicó Gwen-. Me cuesta creer que pudiera tener el menor interés en mí.

Pensó fugazmente en la chispa especulativa que había vislumbrado en sus ojos cuando se la había quedado mirando en la playa, pero desechó inmediatamente la idea, diciéndose que así debía mirar a todas las mujeres con las que se encontraba. Desde luego, ella no tenía intención de procurarle una noche de entretenimiento, aun en el caso de que aquel hombre se decidiera a experimentar con una mujer tan diferente a las demás que conocía.

Bajando las manos en un gesto de rendición, Cathy cogió su bolso y las llaves del coche.

-De acuerdo, muy bien. Un hombre guapísimo y fascinante va a vivir en la puerta de al lado de la tuya y tú prefieres a su mono. Estupendo. Espero tener ocasión de conocerlo, al menos. ¡Puedes estar segura de que yo no pienso perder el tiempo hablando con el mono!

Se volvió con un gesto dramático y se dirigió a la puerta.

Sonriendo ante el disgusto de su amiga, Gwen la siguió, mientras pensaba que Cathy sería mucho más apropiada que Gwen para tener una aventura con el guapo Jeremy Kane.

Sentada sobre su descolorida cazadora vaquera, Gwen apoyó la barbilla en las manos y los codos en las rodillas mientras contemplaba el siempre agitado océano, con el pensamiento centrado en el problema que tenía con uno de sus alumnos. Un problema muy peliagudo que no sabía cómo abordar. Le encantaba enseñar, pero a veces los adolescentes podían ser muy complicados...

No se dio cuenta de que tenía compañía hasta que Shane alzó la cabeza desde su posición a los pies de Gwen y emitió un bufido de saludo, justo antes de que Joey se lanzara al aire para aterrizar alegremente sobre el amplio lomo de Shane. Aún asombrada por lo bien que se llevaban los dos animales, Gwen se subió las gafas sobre la nariz y se volvió hacia el hombre que tenía que estar detrás de ella. En efecto, allí estaba, de pie y silencioso. Ataviado con un chándal y unas zapatillas de correr, parecía salido de las fantasías

de una mujer.

-Hola, Jeremy.

-Hola -él levantó un termo y dos tazas--. La brisa es bastante fresca. He pensado que una taza de café caliente podía sentar bien. ¿Me acompañas?

-Sí, la verdad es que apetece. Gracias. Sonriendo de placer ante su rápida aceptación, Jeremy se sentó en la arena con las piernas cruzadas al modo indio. Llenó una taza de café, se la sirvió a Gwen, y luego se sirvió otra para él. Se detuvo antes de beber de la suya y la dejó en el suelo, a su lado.

-¿Quieres leche o azúcar? -Normalmente tomo leche, pero eso es...

Se detuvo en seco al ver cómo Jeremy agitaba

los dedos de su mano derecha en el aire y hacía aparecer ante sus ojos un sobrecillo de leche. -Oh.

-Necesitas una cucharilla -agitó la mano de nuevo y una cucharilla de plástico apareció en la palma de su mano. Aquí la tienes.

Manteniendo una expresión perfectamente seria, Gwen tomó la cucharilla, y trató de ignorar la extraña descarga eléctrica que se produjo cuando sus dedos se rozaron.

-Gracias.

La boca de Jeremy se torció en una media sonrisa, pero le preguntó gravemente:

-¿Necesitas algo más?

-Sí. Un sandwich de jamón y queso, un pinchito de carne adobada y una rodaja grande de pastel de queso.

Él se rió, sacudiendo la cabeza para indicar que le había superado.

-Lo siento, me he quedado sin pan, adobo y crema de queso -extendió la mano izquierda con una sonrisa cálida-. Por favor, acepta esta disculpa por mi falta de previsión.

Era un clavel azul pálido aquella vez. -Disculpa aceptada. Gracias.

-De nada.

Gwen sintió sus ojos clavados en ella mientras

se tomaba el café.

-Está bueno -dijo, tras probarlo.

-Pareces preocupada. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Ella casi había olvidado su tendencia a cambiar bruscamente de tema. No era fácil seguirle la conversación.

-No es nada realmente. Un problema con uno de mis alumnos.

-¿Un problema serio?

No parecía estar entrometiéndose, sino simplemente tratando de

ayudar. Ella sonrió y sacudió la cabeza.

-Sólo peliagudo... y potencialmente embarazoso.

Jeremy sonrió irónicamente.

-No será por casualidad que este alumno se ha enamorado de ti, ¿verdad?

Gwen sintió ruborizarse. -Err... sí, me temo que sí.

-Estoy seguro de que ya te ha tenido que pasar esto antes -dijo Jeremy, estudiando su rostro arrebolado-. No me extrañaría que todos tus alumnos estuvieran enamorados de ti.

¿Cómo se podía tener tanto desparpajo? Conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco, Gwen se limitó a encogerse de hombros.

-Sí, ha habido otros que se han enamorado. Como tú dices, no es inusual que los chicos que entran en la adolescencia decidan que están enamorados de sus profesoras. Pero este chico, Arthur, lo ha llevado todo al extremo. Me compra regalos caros que me he negado amablemente a aceptar. Se pasa el tiempo de las otras clases escribiéndome cartas de amor, con lo que sus calificaciones están sufriendo. Y no se siente en absoluto desalentado por mi falta de respuesta ni por las burlas de sus compañeros. El chico tiene la tenacidad de un toro.

Jeremy se había echado a reír antes de que ella terminara, aunque su expresión era de simpatía. -Parece un chico de lo más interesante. Aquella vez, sí que puso los ojos en blanco. -Sí, desde luego. Su padre está convencido de que su hijo acabará multimillonario o en la cárcel. Su madre está enfadada conmigo.

La risa de Jeremy murió automáticamente. -¿Contigo?

-Sí -y en eso estaba el auténtico problema-. Me ha acusado de alentar a su vulnerable y sensible hijo para que se enamore de mí. Me dijo, delante de la directora, que le había dado cuerda con sonrisas sugestivas y llamándolo por apodos cariñosos.

Abriendo la boca, perplejo, Jeremy se la quedó mirando.

-¿Te ha acusado de intentar seducir a un chico que apenas ha entrado en la pubertad? -Cualquier cosa antes que admitir que el problema reside en su hijo -convino amargamente Gwen-. Y, desgraciadamente, ella y su marido están entre los propietarios más influyentes del colegio privado para el que trabajo. Nadie la cree realmente, por supuesto, pero tiene capacidad para ponerme en un aprieto... a mí y a la pobre directora.

-Pues tienes un verdadero problema, ¿verdad? Ella asintió.

-Como he dicho, no es grave, pero puede serlo. Arthur es un buen chico, básicamente, y extremadamente brillante, pero una vez se le mete algo en la cabeza, es casi imposible desalentarlo.

-Y al parecer tiene una madre que es una joya -declaró

secamente Jeremy-. ¿Qué puede haberle hecho pensar que tú podrías estar interesada en un chico?

Para su gran disgusto, ella se sonrojó otra vez.

-Bueno, debe pensar que debo ser realmente un desastre a la hora de buscarme compañía masculina. Soy viuda, mi marido murió hace tres años y no he salido con nadie desde su muerte. Es de las que no pueden entender que una mujer pueda estar perfectamente satisfecha sin necesidad de que haya un hombre en su vida.

-O un chico, aparentemente -añadió Jeremy. Gwen sonrió débilmente.

-O un chico.

-Realmente es de lo más retorcida o estúpida si no se da cuenta de que es estrictamente por elección propia por lo que no has salido con nadie. ¿Qué otra razón iba a haber?

-Ella viene a insinuar que soy demasiado aburrida o poco atractiva para salir con nadie -replicó Gwen, dejando que su exasperación la hiciera hablar imprudentemente.

-Entonces es definitivamente estúpida -declaro Jeremy tranquilamente.

Algo en su voz la hizo mirarlo recelosamente. Y algo en sus ojos la hizo ponerse de pie de un salto.

-Gracias por el café... y la comprensión -dijo lo más jovialmente posible-. Será mejor que me meta en casa. Está oscureciendo y tengo exámenes que corregir.

Jeremy se puso de pie también.

-Deja que te invite a cenar esta noche. Si te habías hecho a la idea de un sandwich y pastel de queso, conozco un sitio estupendo no lejos de aquí.

-Yo... er... -azorada, buscó una excusa rápida y plausible-. Gracias, pero realmente tengo mucho trabajo que acabar esta noche.

-Pero tendrás que comer, ¿no? -Comeré algo mientras trabajo.

Dándole la espalda, dudando de que nunca la volviera a invitar y diciéndose a sí misma que aquello Pira exactamente lo que quería, le hizo un gesto a Shane para que la siguiera.

-Adiós, Jeremy. Adiós, Joey.

Siguiendo una señal de su dueño, el monito saltó al hombro de Jeremy, y miró tristemente de Shane a Gwen. Jeremy sonrió a Gwen con una expresión que ella no acabó de descifrar.

-Nos veremos pronto, Gwen DeClerk.

Lo vio más pronto de lo que había esperado. Menos de una hora después de separarse de ella en la playa, apareció en su puerta, con

las manos llenas.

-He venido con vituallas otra vez -le dijo, acercándose sutilmente a la puerta para evitar que se la cerrara en las narices-. Es que no soportaba la idea que de tuvieras que renunciar a tu sandwich de jamón y queso, si realmente tenías el capricho. Me ha sonado muy bien, así que yo voy a tomar lo mismo. Podríamos tomarlo juntos, ¿no te parece?

-Jeremy, te he dicho que tenía que trabajar esta noche.

-No hay problema. Puedo ayudarte.

Ella frunció el ceño, preguntándose cómo había logrado pasar por delante de ella. Ahora estaba en

mitad de la sala de estar, mirándola con casi invisible desafío.

-No puedes ayudarme a corregir ejercicios. -¿Por qué no?

Su pregunta la dejó paralizada.

-¿Por qué no? Bueno, pues porque no -replicó absurdamente.

-No me convence. ¿Tienes platos de cartón? No merece la pena ensuciar nada.

-En la cocina, pero...

Se detuvo y suspiró, al darse cuenta de que estaba hablando con el aire. Jeremy ya se había ido. Aquel hombre era definitivamente rápido. Antes de que hubiera tenido tiempo de recuperarse de su mera presencia allí, ya había dispuesto la mesa con platos de cartón, servilletas de papel y latas de refrescos, y estaba atareado sacando viandas de la bolsa.

-Sandwiches de jamón y queso. Pinchos de carne adobada. Patatas fritas. He dejado el pastel de queso en la nevera hasta que estemos listos para el postre.

Era como tratar de discutir con una pared. Aceptando lo inevitable, Gwen le dejó que la ayudara a sentarse a la mesa con un gesto ampuloso.

-¿Tiene buen aspecto? -le preguntó desde detrás.

Tiene un aspecto estupendo -replicó ella, conteniendo las ganas de reír.

Tenía un extraño encanto.

-Una cosa más -se inclinó sobre ella y situó una vela encendida en un candelabro justo en el centro de la mesa-. Ya está. Atmósfera.

Ella se abstuvo deliberadamente de hacer ningún comentario respecto a la misteriosa aparición de la vela ya encendida, aunque se preguntó cómo había tenido tiempo de encenderla en el breve instante que había permanecido detrás de ella. Se había convertido en una especie de juego para ella el aceptar sus trucos de ilusionismo aparentando no percibir nada extraño en ellos. La sonrisa de Jeremy mientras se sentaba le indicó que se había percatado del juego y que estaba dispuesto a vencerla en su campo.

Preguntándose si debía esperar que sacara un conejo blanco de la lata de refresco, mantuvo la mirada en él mientras mordía el sandwich.

-Mmmmm. Está bueno.

-Te debo una disculpa.

-Sí, me la debes. Te dije que no tenía tiempo para cenar esta noche.

-No es por la cena de esta noche. Por esto, se supone que tienes que darme las gracias.

Ella casi se atragantó con un trozo de adobo. Tras comprobar que no le pasaba nada, Jeremy siguió:

Quiero disculparme por haberte despertado la mañana que me mudé aquí. Creo que hicimos demasiado ruido.

-¿Cómo sabes que me despertaste? Él hizo una mueca.

Algo en la mirada que me echaste cuando te saludé con la mano. Era claramente una mirada que decía: «me has despertado cuando tenía intención de quedarme durmiendo hasta tarde, so animal.

Regocijada, ella le dio un sorbo a su refresco y dejó la lata en la mesa.

-Sí, supongo que sí.

-Así que lo siento. Y me alegro de que no me guardes rencor.

-¿Quién ha dicho que no?

Jeremy señaló la mesa llena de comida que te nían delante.

-Bueno, no habrías aceptado cenar conmigo si me guardaras rencor, ¿no?

-Yo no he aceptado cenar contigo -señaló ella-. Me has obligado.

-Detalles -se acomodó en el sillón tranquila mente-. ¿Qué hacía tu marido?

-Era patólogo. Estaba especializado en la in- vestigación sobre el cáncer.

Jeremy alzó una ceja.

-Tuvo que haber sido mayor que tú. -Veinte años -reconoció ella inexpresiva- mente-. Yo tenía veinticinco y él cuarenta y cinco cuando nos casamos. Menos de dos años después él murió, bastante irónicamente, de un tipo de cáncer especialmente rápido y maligno. Murió unas semanas después de que se lo diagnosticaran. Jeremy se la quedó mirando un momento. -¿Estabas muy enamorada de él?

La naturalidad con que le hizo la pregunta hizo que se sintiera impelida a contestar. -Daniel era un hombre bueno y sensible tranquilamente-. Éramos felices juntos. Sí, lo amaba.

Sus palabras parecieron comunicarle más de que ella había tenido intención, aunque su expresión no cambió.

-¿Tienes televisión? No he visto ninguna en la sala de estar.

Una vez más, otro de aquellos cambios radicales de tema que la

hizo detenerse antes de contestar.

-No, no tengo. Prefiero leer.

-Ah -asintió, como si aquello hubiera contestado también a otra cuestión.

Ella sonrió, sabiendo que se estaba preguntando por qué no lo había reconocido. ¿Habría lastimado su ego? Probablemente, buena falta le hacía.

-¿A ti te gusta la televisión? -le preguntó ella con fingida inocencia.

Él sonrió.

-Sirve a su propósito.

Súbitamente, le asió la mano sobre la mesa y le acarició suavemente la palma con el pulgar. -Dime, Gwendolyne DeClerk, ¿crees en la magia?

-No.

O, al menos, no había creído hasta que él la había tocado y la había hecho temblar con sensaciones que hasta entonces no había experimentado nunca. Se aclaró la garganta.

-¿Tú sí?

-No lo sé. Me he pasado toda la vida buscándola. Hasta ahora lo único que he encontrado son trucos de salón.

Él apartó la mirada. Gwen ni siquiera se sorprendió al encontrar otro clavel en su mano... amarillo aquella vez. ¿Dónde los guardaba?, se

preguntó. ¿Y cómo los mantenía tan frescos? ¿Tendría los bolsillos preparados para llevar agua? -Jeremy -empezó a decir, alzando la vista. No estaba en su asiento. ¿Cómo conseguía moverse tan rápido?

-¿Jeremy?

-Pastel de queso -anunció él, reapareciendo en el umbral de la cocina con dos recipientes de corcho blanco-. Uno de chocolate. El otro de cereza. ¿Cuál prefieres?

-El de cereza.

Estupendo. Es el que iba a darte. El de chocolate es mío.

Ella no pudo evitar reír mientras abría el recipiente y hundía el tenedor dentro. Seguía pensando que era un hombre extraño. Pero divertido.

Rechazando su ayuda en la corrección de exámenes, Gwen insistió amablemente, pero con firmeza, en que Jeremy se fuera después de haber limpiado la mesa. Antes de irse, Jeremy le escribió su número de teléfono, y la hizo prometer que le llamaría si lo necesitaba para algo.

-¿Seguro que no quieres que te ayude? le preguntó esperanzadamente mientras ella le empujaba prácticamente hacia la

puerta.

-Estoy segura. Gracias.

-Podría ponerme de pie a tu lado y jalearte mientras trabajas.

-¿Tienes realmente ganas de divertirte esta noche, eh? -le preguntó ella con una sonrisa-. Ve a ver la televisión, ya que te gusta tanto. Debe haber algún programa mal escrito para mentes sencillas con el que te lo pasarás bien.

-Creo que acabo de ser insultado -comentó él pensativamente.

-Piénsatelo -replicó ella dulcemente-. Eso te dará algo qué hacer durante unas horas.

Cerró la puerta bruscamente entre las carcajadas regocijadas de Jeremy.

No le resultó fácil concentrarse en los ejercicios que tenía que corregir aquella noche.

¿Qué le pasaba?, se preguntó casi desesperada. Le había dicho que no creía en la magia, pero estaba empezando a pensar que aquel mago le había lanzado un conjuro.

Sintió su lengua fría y húmeda en la nuca. Gwen se estremeció.

-No hagas eso.

Él apoyó la barbilla en su hombro, acariciando su oído con su aliento cálido. Gwen se subió las gafas y miró otra vez al ensayo mal escrito que tenía en las manos.

-Ya basta. Me estabas distrayendo. ¿Cómo es peras que consiga trabajar así?

Él gimió.

Gwen suspiró. Dejando el ejercicio a un lado se quitó las gafas y se volvió para mirar aquello límpidos ojos dorados.

-Sí, ya sé que es sábado, pero aún me queda trabajo por hacer. No puedo pasarme toda la se mana mariposeando por la playa contigo -y luego suspiró de nuevo, aquella vez con expresión de aceptación-. Ya sabes que no lo resisto cuando me miras de esa forma. De acuerdo. Vámonos

Con un agudo gruñido de alegría, Shane salió dando saltos hacia las puertas de cristal. Más lentamente, Gwen se levantó de su posición en el suelo, rodeada de papeles dispersos, y se estiró aparatosamente. Tal vez ya fuera hora de hacer un pequeño receso, pensó notando la rigidez en la espalda. Daniel siempre la había regañado por su tendencia a repantigarse en la alfombra para trabajar. Ella sonrió débilmente, al recordar una vez, cuando le había atrapado impetuosamente en medio de unos de sus sermones sobre las buenas y malas posturas, haciéndole caer al suelo. Había sido una de las pocas veces en que ella se había entregado a un impulso frívolo con él, una de las aún menos veces en que habían hecho espontáneamente el amor en plena tarde.

Como Cathy había señalado recientemente, no había habido mucha pasión en el matrimonio de Gwen. Se había casado con Daniel porque se tenían un. cariño sincero y porque les había parecido ventajoso a los dos. Nunca había esperado experimentar con él las turbulentas emociones que se describían frecuentemente en las novelas.

Pero el caso era que tampoco había esperado convertirse en pura gelatina por dentro sólo con la caricia de un desconocido alto y moreno.

Lanzó una mirada hacia la casa de Jeremy, preguntándose dónde se habría metido durante los `- últimos cinco días. Probablemente estaría actuando en cualquier sitio. Le encantaría ver cómo lo hacía alguna vez. E inmediatamente sintió un

estremecimiento al darse cuenta del doble sentido de su pensamiento. Sacudiendo la cabeza ante la manera atípica en que estaba funcionando en lo concerniente a Jeremy, apretó el paso y siguió a Shane escaleras abajo.

Hacía un día precioso. Cálido, claro, con una agradable brisa. Shane trotaba encantado delante de ella, acercándose y alejándose de las olas. Se acercó a ella con un trozo de madera en la boca. Sonriendo, Gwen lanzó la madera, y luego vio cómo el perro corría a buscarla. Sacudiéndose distraídamente los dedos llenos de arena en la pernera de los pantalones blancos que llevaba, dio la vuelta a un promontorio rocoso... y se quedó paralizada.

No debería importarle, se dijo a sí misma con vehemencia. No debería molestarle en absoluto ver a Jeremy tumbado medio desnudo, compartiendo una toalla con una pelirroja cubierta tan sólo con dos cintas estratégicamente situadas a las que probablemente denominaba bikini.

Su primer impulso fue darse la vuelta y volver por donde había venido lo más rápidamente posible. Pero Shane echó a perder aquella idea al acercarse corriendo a Jeremy para lamerle la cara mientras agitaba frenéticamente la cola.

Riéndose y tratando de zafarse del -amistoso animal, Jeremy se apoyó sobre un codo.

-Hola, Shane -buscó a Gwen con la mirada-. ¿No puedes llamar a este monstruo vicioso? -Shane, ven aquí. Deja de molestar.

Gwen trató de actuar con naturalidad mientras hacía chasquear los dedos, pero le resultaba muy difícil apartar la mirada del cuerpo increíblemente bronceado de Jeremy. Tenía que haberse imaginado que estaría así de maravilloso con tan poca ropa, pensó, mientras sus ojos recorrían su cuerpo elegante y musculoso.

-Gwen, ésta es mi amiga Noelle.

-Así que tú eres Gwen -la sonrisa de Noelle era muy simpática-. Jeremy nos ha hablado de ti. ¿Nos?

-Me alegro de conocerte -dijo Gwen torpemente.

-¡Qué perro más precioso!

Aún goteando, otra belleza pelirroja de largas piernas y cuerpo escultural, apareció corriendo y se arrodilló junto a Shane.

-¿Puedo acariciarlo? ¿Otra más?

-Claro.

Gwen observó cómo la joven acariciaba a Shane, quien estaba obviamente encantado con tantas atenciones.

-La amante de los animales es Deborah -le explicó Jeremy, poniéndose de pie-. Deb, esta es Gwen, mi nueva vecina. Y el perro se llama Shane.

-Hola -dijo Deborah, sin dejar de abrazar al perro de Gwen-. Me

encantan los perros. Me encantaría tener uno, pero no está permitido en mi apartamento. En cuanto se me acabe el contrato,

voy a buscar un sitio donde me dejen tener animales

-volvió su brillante sonrisa hacia Jeremy-. -Gracias a Jer, puedo permitirme un sitio más granahora.

Sin mirar a Jeremy a los ojos, Gwen retrocedió, llamando a Shane.

-Me alegro de haberos conocido a las dos.

Pero ahora tengo que irme. Tengo mucho trabajo que hacer.

-¿No te puedes quedar un rato? -le preguntó Jeremy rápidamente, acercándose más a ella-. He estado fuera de la ciudad varios días y no hemos podido ni decirnos hola. ¿Te apetece un refresco? Tenemos algunos en la fresquera.

Noelle y Deborah, las dos de pie en aquel momento, secundaron la invitación de Jeremy, sonriéndola desde sus superiores alturas. Mirando de un cuerpo bronceado y apenas cubierto con bikini al otro, Gwen tragó saliva y repitió su excusa de que tenía que ir a trabajar. Creyó sentir los ojos de Jeremy clavados en la nuca mientras se daba la vuelta y se alejaba rápidamente.

-Eso ya es demasiado para el ego de una mujer -aseveró enfáticamente Cathy aquella tarde-. ¿Realmente eran tan pequeños esos bikinis?

Diminutos. Y no se veía ni el menor indicio de celulitis por ninguna parte.

-Qué deprimente. Yo me habría tirado al mar, te lo juro.

Sintiéndose mucho más alegre que cuando había regresado de su paseo en la playa, Gwen se echó a reír.

-Créeme, yo estuve tentada de hacerlo. Ninguna mujer debería tener derecho a estar tan bien con tan poco puesto. El saber que existen dos de ellas es realmente desalentador.

Cathy se había pasado por casa de Gwen a que le prestase un pañuelo para una cita. Cuando la conversación había recaído en su nuevo vecino, Gwen le había contado rápidamente su encuentro de aquella mañana, para que su amiga se diera cuenta de las realmente pocas posibilidades que tenía con Jeremy.

-Tú no te desanimes y espera, niña. Tal vez acabe cansándose de la belleza y opte por el cerebro -sugirió Cathy, mientras sus ojos chispeaban de humor.

-Muchas gracias -replicó Gwen, dulcemente, enseñándole todos los dientes-. ¿Por qué no coges ese pañuelo que te acabo de prestar y...

-... me preparo para mi cita? -se apresuró a acabar Cathy-.

Gracias por el pañuelo, Gwen. Nos veremos.

Salió por la puerta con fingida precipitación, riendo a la vez que Gwen.

Jeremy entró por el sendero de la casa de Gwen en el preciso instante en que la atractiva morena salla por la puerta delantera, sonriendo aún ampliamente. Su sonrisa se desvaneció, luego regresó lentamente al fijarse en Jeremy. Sin apartar la mirada de él, bajó del porche.

-Vaya. Hola, soy Cathy. Hola, Cathy. Soy Jeremy.

-Jeremy Kane. Naturalmente. Soy una gran fan tuya.

Sus negras pestañas revolotearon seductoramente mientras alzaba la vista hacia él. Aquella era la reacción a la que estaba más acostumbrado por parte de las mujeres atractivas; entonces, ¿por qué prefería los modales más bien bruscos y llenos de indiferencia de Gwen?

Dándose cuenta de que sus ojos se desviaban constantemente hacia la puerta de Gwen, Jeremy volvió a mirar a la mujer que tenía delante, y descubrió que su expresión se había hecho especulativa.

-Ella piensa que eres raro, ¿sabes? -le informó inesperadamente.

Aquello le hizo graciá a Jeremy, quien mostró una media sonrisa.

-Ya lo sé.

-Ella no sabía quién eras al principio. Se lo dije el lunes después de que os conocierais. -¿Ah, sí?

Entonces, Gwen había sabido quién era él las dos veces que se habían visto después, y su actitud hacia él no había cambiado lo más mínimo.

-No está particularmente impresionada. -Es del tipo cauteloso.

-Ya me he dado cuenta. -Tú no lo eres.

La sonrisa irónica de Jeremy se hizo más amplia.

-No.

Cathy dirigió la mirada hacia la puerta cerrada y luego otra vez a Jeremy.

-Va a ser necesario algo más que prestidigitación para atravesar su barrera.

A Jeremy le gustaba la franqueza desenfadada de la amiga de Gwen. Sospechaba que tal vez había encontrado a una aliada en su campaña por conocer mejor a Gwen DeClerk.

-¿Qué sugerirías tú?

-Acabo de tener una idea brillante -dijo soltando una risilla-. Si quieres conseguir la atención de Gwen, podría venirte muy bien.

A ver...

Ella sacudió la cabeza.

-No tengo tiempo de explicártelo ahora, pero podría llamarte

luego... si estás interesado.

-Sí, claro que estoy interesado.

La mirada que Cathy le dirigió, le indicó claramente a Jeremy que acababa de pasar una especie de prueba.

-¿Cómo puedo localizarte? -le preguntó ella. Él sacó una tarjeta del bolsillo, sin molestarse en hacer ninguno de sus trucos como hubiera hecho de tratarse de Gwen... Jeremy no solía realizar aquellos trucos de prestidigitación, y normalmente le resultaba molesto que le pidieran que los hiciera en fiestas y reuniones. Pero había algo en Gwen que le hacía desear hacerlos para ella por pura diversión... y contemplar su reacción.

Cathy asintió.

-Te llamaré. Encantada de conocerte. Gwen respondió a la primera llamada. -¿Qué pasa, Cath? ¿Te has olvi...?

Sus palabras se detuvieron al ver quién estaba en su puerta. Su sonrisa se desvaneció inmediatamente.

A Jeremy no le agradaba que su presencia hiciera desaparecer inmediatamente su sonrisa. Algún día, se dijo en un súbito arranque de determinación; algún día estaría encantada de verlo a la puerta de su casa. Saboreando una imagen de ella arrojándose a sus brazos para recibirlo, se metió en el vestíbulo.

-Parece maja.

Parpadeando ante las inesperadas palabras de saludo, Gwen se le quedó mirando un momento y cerró la puerta tras él.

-¿Cathy? Sí, lo es. Muy maja. Ella y yo somos buenas amigas.

-No cree que pueda impresionarte con trucos baratos. ¿A ti qué te parece?

-Creo que probablemente tiene razón -replicó ella sin titubear-. Tal vez tuvieras más suerte empleando trucos raros, pero yo no apostaría por ello.

Tan recatada, tan fría. ¿Cómo sería cuando aquella apacible reserva se viera sacudida por la pasión?

-¿Por qué te has marchado tan rápidamente? Tenía ejercicios que corregir.

Podría empezar por quitarle aquellas gafas y soltarle las horquillas que le mantenían sujeto su brillante pelo castaño.

-No ha colado. Intenta otra. Ella alzó la barbilla.

-No sé qué quieres decir -dijo claramente. A mí no me habría gustado encontrarte en la playa con dos tipos guapísimos: No me habría gustado nada.

Sus grandes ojos pardos se dilataron. Bien. Había captado el mensaje.

Humm, Jeremy, yo... no estamos...

-Sí que lo estamos -le interrumpió él, empezando a sonreír-. O,

al menos, yo sí lo estoy. ¿Y tú?

Esto es una locura -susurró ella; mientras entrelazaba los dedos nerviosamente delante de ella.

-Las chicas trabajan para mí. Son amigas. Eso es todo -pensó que era mejor dejar aquello claro desde el principio-. ¿Has pensado en mí mientras estaba fuera? Yo sí he pensado en ti.

Gwen se aclaró la garganta y miró alrededor de la habitación como buscando algo, luego dejó caer las manos a los costados.

-¿Te traigo algo de beber?

-Me gustaría besarte, Gwendolyn DeClerk. ¿Puedo?

-¡No!

Había hablado un poco demasiado rápidamente.

-¿Por qué no?

-Bueno, porque no nos conocemos prácticamente.

Él sonrió.

-Podríamos llegar a conocernos mejor.

Sus dedos volvieron a agitarse nerviosamente, ahora en torno al dobladillo de su corpiño marinero. El nerviosismo no era evidente en su voz cuando dijo con total claridad:

-Creo que será mejor que te marches, Jeremy. -¿Por qué?

-Porque no me interesa nada de lo que puedas ofrecerme.

-Lo único que te ofrezco es una oportunidad de conocernos mejor.

Entonces le tocó preguntar a ella. -¿Por qué?

Jeremy avanzó un paso. Ella retrocedió dos pasos. Él se detuvo.

-Porque me interesas. Me siento atraído por ti. Me gusta tu sentido del humor, tus respuestas rápidas, tu obvia dedicación a tus alumnos. Me gusta tu perro, tu cuerpo y tu cara. Me gustas tú, Gwen. ¿Es dificil de creer eso?

-Creo que sí -respondió ella lentamente, sin apartar la mirada de él.

-¿Por qué?

-Porque yo soy yo y tú eres tú. Él enarcó una ceja.

-Oh, claro. Eso tiene mucho sentido.

Ella suspiró y se volvió a medias, con movimientos espasmódicos, impacientes.

-Esto es una locura -repitió-. Yo no estoy buscando una relación, Jeremy, pero si fuera así, querría algo más que una aventurilla rápida. Disfruté estando casada y espero volver a estarlo algún día, si encuentro a alguien que... bueno, eso no importa. Lo importante es que no veo razón alguna para empezar algo con alguien con quién tengo tan poco en común. Tu vida y la mía son radicalmente diferentes. La tuya es excitante y esplendorosa, la mía es tranquila y sin acontecimientos. No creo que ninguno de los dos estuviéramos

dispuestos a intercambiar nuestras vidas.

Antes de que él pudiera hablar, Gwen giró en redondo y alzó una mano.

-Y antes de que me acuses de estar reaccionando exageradamente... lo cual es cierto, supongo... te diré que quería decirte esto antes que nada, para que los dos sepamos dónde nos encontramos. Tal vez estaba suponiendo demasiado. Quiero decir, tal vez tú no tenías en mente lo que yo imaginaba que tenías, pero...

-Oh, claro que lo tengo en mente -la interrumpió afablemente Jeremy, ya plenamente regocijado, a pesar del momentáneo nerviosismo que le había producido el que ella quisiera volver a casarse.

Contempló el arrebol que teñía suavemente las mejillas de Gwen.

-Quiero mucho más que simplemente besarte, maestrita. Cuanto más tiempo paso contigo, más irresistible te encuentro, pero estoy dispuesto a conformarme con un beso... por ahora.

Ella se mordió el labio inferior. Jeremy luchó contra un impulso casi irresistible de tomarla entre sus brazos y borrar a besos las marcas de sus dientes, pero sabía que no debía intentarlo.

-Por favor, no me hagas esto -murmuró ella después de una pausa-. Estamos empezando a ser amigos. Me gustaría que fuéramos amigos. Pero eso es todo, ¿de acuerdo?

No estoy seguro de que sea posible que seamos sólo amigos. Te deseo.

-Lo superarás -le aseguró ella con firmeza. No lo creo.

-Confía en mí. No soy de las que inspiran pasiones duraderas.

Jeremy enarcó una ceja otra vez.

-¿Miedo, Gwen?

-Experiencia, Jeremy.

Ella tenía mucho que aprender. Y él iba a disfrutar hasta el último momento, enseñándole a aquella maestra su propia sexualidad. Estaba convencido de que, tras aquella fachada recatada, se ocultaba un océano de pasión. La anticipación hizo que su cuerpo se tensara mientras decía:

-Quizás sea el momento de que intentes algo nuevo.

-¿Por qué iba a hacerlo, si estoy perfectamente satisfecha con las cosas tal como están? -le preguntó ella a su vez-. Como solía decir mi padre, si no está roto, no lo arregles.

Jeremy iba a tener que irse antes de hacer algo realmente estúpido como echársela al hombro y llevarla así hasta la cama. ¿Qué tenía para que la encontrara tan absolutamente irresistible?

-Considérate advertida, maestra. No sé me desanima fácilmente.

-Ni a mí tampoco.

-Así que somos una pareja perfecta, ¿verdad,
Gwendolyn la mujer del mago?

-Te estás equivocando de Gwendolyn -le corrigió ella dulcemente, empezando a relajarse ahora que creía tenerlo todo bajo control-. Yo no soy la mujer de nadie.

-Aún no -antes de que ella pudiera darse cuenta de sus intenciones, Jeremy se acercó y depositó un beso fugaz sobre sus labios entreabiertos-. Esto ha sido solamente un anticipo de lo que nos espera. Hasta luego, vecina.

Se marchó silbando. Y directamente, a darse una ducha fría en su casa. El atrevido reto de Gwen había resultado ser la experiencia más excitante en años para él.

-Menudo perro guardián estás tú hecho -le acusó Gwen a Shane después de casi una hora de deambular nerviosamente por toda la casa-. Ese hombre me ha atacado prácticamente y tú, tumbado en la alfombra, mirándolo tan tranquilo... Shane le lanzó una mirada que indicaba que estaba claramente exagerando la confrontación con Jeremy. Ella gruñó, sabiendo que no era cierto. Jeremy la había atacado, vaya que sí. Le había declarado la guerra y ella se había apresurado a aceptar el guante de desafio. ¿Cómo podía haber ido tan insensata como para desafiar a un hombre así? La forma más evidente de desalentar a Jeremy Kane sería alentándolo; el que una mujer se le resistiera debía ser una experiencia nueva para él. Y no era que estuviera preocupada, se apresuró a asegurarse a sí misma. Tenía mucha seguridad en su propia fuerza de voluntad para resistir hasta que él decidiera que la persecución no valía la pena. Y no tardaría mucho tiempo en darse cuenta.

Porque podía resistirse a él, ¿no?

-Pues claro que puedo -dijo en voz alta-. 'Hace falta algo más que trucos de prestidigitador para hacer que yo me sienta atraída por un ilusionista mujeriego, descarado y arrogante.

Aquella noche, se quedó dormida pensando qué habría ocurrido si la hubiera besado de verdad. Su mente adormecida le sugirió que podría haber sido pura magia.

-Por favor, no me sometas a esto -le suplicó Gwen en un susurro a Cathy mientras se escapaba de la cafetería del colegio, donde alumnos y profesores se habían reunido para celebrar la asamblea de los viernes.

Cathy la cogió del brazo y la sujetó con fuerza. -Tú no vas a ninguna parte, DeClerk. Aceptaste participar en esta recaudación

caritativa y ahora te toca a ti. A cada cual lo suyo.

-Pero yo no pensaba realmente que mis clases fueran las que contribuyeran con la mayor cantidad de dinero -casi gimió Gwen-. ¿Cómo iba a saber que Arthur reuniría más de trescientos dólares a base de recaudar puerta a puerta por su barrio?

Cathy se rió.

-¿Sabes? Me gusta Arthur.

-Estupendo. A ver si se enamora de ti la próxima vez.

-Dios no lo quiera.

-Les ruego que presten atención, por favor -anunció una voz atronadora por el altavoz.

La señora Carter, directora del colegio, ajustó el volumen del micrófono y continuó hablando para las trescientas personas, entre alumnos y profesores que abarrotaban la sala.

-Como todos ustedes saben, íbamos a tener a un portavoz del equipo «Digamos no» del departamento de estupefacientes de la policía. El conferenciante nos ha avisado de que, muy a su pesar, no podía acudir, y hemos tenido que cambiar el programa. Tenemos a un invitado sorpresa que le va á encantar a todo el mundo, pero antes...

Se produjo un rumor de excitadas risitas acompañadas por miradas de soslayo a Gwen, quien gimió, silenciosamente resignada a la humillación inminente.

Antes -repitió la señora Carter dramáticamente, mientras su mirada se volvía hacia el rincón donde se encontraban Gwen y Cathy-, tenemos los resultados de nuestras campañas de recaudación de fondos para combatir la distrofia muscular. Como saben, todos los profesores y profesoras aceptaron participar en el Concurso «Besa a un cerdo». Los alumnos votaron a través de sus recaudaciones por el profesor a quien más les apetecía ver besar a un cerdo en la reunión de hoy. ¡La ganadora, con aproximadamente cuatrocientos dólares, es la señorita DeClerk, nuestra profesora de inglés y escritura creativa!

Una nueva oleada de risas y aplausos ensordecedores hizo vibrar la sala. Gwen hizo una mueca. -¿De quién fue esta estúpida idea, por cierto? -musitó.

-Mía -replicó Cathy con una desvergonzada falta de remordimientos-. Ánimo, Gwen. -¿Quién es el invitado especial? ¿Y por qué antes no me has dejado ir detrás del escenario? -susurró Gwen.

Antes de que Cathy pudiera responder, la señora Carter reclamó a Gwen desde el escenario: -Señorita DeClerk, ¿quiere ser tan amable de reunirse conmigo aquí?

Con las mejillas rojas, Gwen cuadró los hombros, respiró hondo,

forzó una sonrisa y subió al escenario, reuniéndose allí con la corpulenta mujer. Los estudiantes jalearon a su profesora favorita, conducidos por Arthur desde la primera fila.

Hasta Gwen no pudo por menos que reírse cuando el señor Nelson, el profesor de Ciencias, apareció desde detrás del telón llevando a un diminuto cerdito chillón, limpio y reluciente y con un enorme lazo rojo en torno a su gordo cuellecito. -¿No pensarán en serio que voy a darle un beso a esa cosa? -inquirió Gwen, prestándose a jugar su papel para los alborozados alumnos, que aullaron para alentarla.

-¿No es una monada? preguntó el señor Nelson con una sonrisa irónica-. Déle a Arnold un buen beso, señorita DeClerk.

Gwen tragó saliva y, confiando en que no se pudiera coger triquinosis por besar a un cerdo, plantó un rápido beso entre los diminutos ojos de Arnold. El lechón gruñó y se retorció entre los brazos del profesor de Ciencias. Con un suspiro de alivio, Gwen se enderezó y dio un paso atrás, una vez cumplido su deber.

-Me gustaría darles las gracias a todos mis alumnos por sus «votos» -dijo por el micrófono-. Y prometerles que, en algún momento, cuando menos se lo esperen, ¡me vengaré con un examen sorpresa!

Satisfecha por haber llevado a cabo bien su actuación, se dispuso a bajar del escenario... encontrándose con que la robusta mano de la señora Carter sobre su hombro se lo impedía.

-Oh, no, señorita DeClerk, no ha terminado usted todavía.

-¡Pero si ya he besado al cerdo! protestó Gwen.

-Ese era sólo el cerdo de prueba -respondió la señora Carter muy seriamente-. El cerdo real es mucho más grande.

-¿Más grande? -inquirió aprensivamente.

-Oh, un metro ochenta aproximadamente .-respondió la señora Carter alegremente-. ¿Quiere traer alguien al cerdo, por favor?

Una asombrosamente bella pelirroja con un leotardo de pantera hizo entrar a un alto «cerdo» ataviado con un impecable esmoquin negro. Mientras los alumnos más mayores del público se quedaban contemplando boquiabiertos las esculturales piernas de la pelirroja y las chicas mayores admiraban la perfecta elegancia del esmoquin del hombre, Gwen tuvo la sensación de que el cuerpo que había debajo de aquella careta de cerdo de látex le resultaba horriblemente familiar. No podía ser, se dijo a sí misma en un instante de pánico. No podía ser...

Era.

Un fuerte brazo rodeó la cintura de Gwen, mientras con la otra mano, el hombre se quitaba la máscara de cerdo.

-Sorpresa -murmuró Jeremy justo antes de que su boca cubriera

la de Gwen.

Capítulo Cuatro

El gemido de azoramiento de Gwen se perdió en lo más profundo del beso de Jeremy. Y luego, ella no habría podido emitir un sonido ni aunque le hubiera ido la vida en ello.

Sus pensamientos se dividieron bruscamente en dos voces. La primera le recordaba que unas trescientas personas estaban contemplándola, que no podía hacer una escena delante de sus alumnos y compañeros de trabajo. La misma voz hacía que fuera vagamente consciente de los aplausos y risas que provenían de dicho público. Quédate quieta, le decía, y trata de no disfrutar demasiado del beso.

Lo cual no era fácil, ya que la segunda voz de su mente le susurraba que aquel era uno de los besos más memorables de todas sus experiencias... a pesar de los espectadores.

Él había tomado su boca sin ningún reparo. Como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo... Como si lo hubiera hecho muchas veces antes. Sus labios eran cálidos y firmes. Y su cuerpo también. Acuérdate de los niños, le decía aquella primera voz más sensata mientras la segunda, menos inhibida, la urgía a lanzar los brazos en torno al cuello de aquel hombre y pagarlo con la misma moneda. Cuando Jeremy la soltó por fin, las dos voces de su mente no pudieron sino coincidir en una palabra de jadeante unidad: «Guau».

Ella se le quedó mirando, con las gafas torcidas sobre la nariz, la cara ardiendo, y los labios cosquilleantes. Él sonrió maliciosamente. El regocijo burbujeaba en sus expresivos ojos azules. Y, por detrás de la risa, algo más. Algo que ella no estaba segura de querer analizar en aquel momento.

-¡Muy bien, señorita DeClerk! -chilló la aguda voz de una chica, arrancando del público otra oleada de risas, gritos y aplausos juveniles, y a Gwen del trance hipnótico en que había quedado sumida. Antes de que pudiera hablar, la señora Carter se acercó al micrófono. El regocijo hacía aún más profunda su voz resonante:

-Chicos y chicas, en caso de qué no lo hayáis reconocido, nuestro invitado de hoy es Jeremy Kane, el famoso mago. Porque es muy buen amigo de la señorita DeClerk, y porque la recaudación es para una causa caritativa, el señor Kane ha accedido a actuar para nosotros hoy.

Tras esperar pacientemente a que los gritos de júbilo se fueran apagando, la señora Carter continuó:

-El señor Kane actuará durante treinta minutos y luego el acto quedará clausurado. Por supuesto, no os olvidaréis de comportaros

perfectamente con nuestro invitado.

-Sí, señora Carter -bramaron los alumnos al unísono.

Mientras tanto, Gwen tragaba saliva pensando en cómo la habrían vinculado con Jeremy. ¿Y quién había urdido aquello, por cierto? ¿Quién sabía que Jeremy y ella...? Cathy.

Gwen miró irritadamente a través de la sala hacia donde estaba su mejor amiga, y la vio mirándola con una sonrisa descarada de satisfacción. «Voy a matarla».

Sin mirar a Jeremy, Gwen bajó del escenario, seguida por la señora Carter. Fue pura coincidencia que sus ojos se encontraran con los de la madre de Arthur, que trabajaba 'de voluntaria un día a la semana en la administración del colegio y en aquel momento estaba en la parte de atrás de la sala, mirando a Gwen, absolutamente anonadada. Gwen no pudo evitar una sonrisa más bien felina ante la evidente perplejidad de la mujer por el hecho de que la supuestamente «desesperada» - maestrita, fuera «muy buena amiga» de un famoso y guapísimo artista del espectáculo. «A ver si ahora sigue acusándome de intentar seducir a un chico de trece años porque no atraigo a nadie», pensó Gwen con satisfacción.

Cathy sonrió ampliamente cuando Gwen llegó junto a -ella.

-No me importaría nada decidirme a besar cerdos, ¿y a ti?

-Vas a morir-le prometió Gwen con los dientes apretados tras una sonrisa melosamente dulce. Cathy se rió.

-Habrá merecido la pena sólo por la cara que has puesto cuando Jeremy se ha quitado la máscara. ¡Dios mío, ha sido irrepetible!

-Gracias por esta maravillosa bienvenida -dijo Jeremy por el micrófono, sonriendo encantadoramente al público-. ¿Cuántos de vosotros creéis en la magia?

Gritos y aplausos le respondieron.

-Bien, todos. Y eso es fantástico, porque hay un poco de magia dentro de cada uno de nosotros. Pero será mejor que os advierta que, si empezáis a hacer el tonto con la magia, podéis acabar convertidos en monos.

Nada más decir él aquello, la sala se quedó a oscuras. Un instante más tarde, un foco suave iluminó el escenario. Los primeros acordes de una popular melodía de Phil Collins comenzaron a oírse. Jeremy debía haberse traído su propia cuadrilla de tramoyistas y técnicos. ¡Desde luego, no era el conserje, el señor Harper, quien manejaba las luces y la música aquella vez!

Tan fascinada como el resto de la audiencia, Gwen observó ávidamente cómo la guapa ayudante del mago se acercaba rodando una caja de madera sobre una mesa de ruedas hasta el centro del escenario.

La caja estaba abierta por dos lados... el de atrás y el de

adelante. Moviéndose al ritmo de la música, Jeremy agitó una mano delante de la, caja para demostrar que, efectivamente, estaba abierta y vacía; luego hizo lo mismo por encima de la caja y debajo de la mesa. A continuación, se sentó en la mesa, dobló las piernas y se metió dentro de la caja. Su ayudante, sonriendo brillantemente, levantó el lado de la caja que daba a la audiencia y lo cerró. Tras hacer girar la mesa, le dejó a Jeremy saludar una vez más al público desde dentro de la caja y cerró aquel lado también. Hizo girar la mesa varias veces, luego retrocedió, con los brazos extendidos hacia la mesa. Un destello de luz se produjo en el interior, y salió humo por las rendijas. La ayudante se acercó rápidamente a la caja, abrió un lado, y luego retrocedió para mostrar que Jeremy ya no estaba dentro.

Los chicos chillaron de placer al ver al monito vestido con esmoquin en el interior de la caja, donde habían visto a Jeremy por última vez. Gwen sonrió mientras Joey saludaba a la audiencia con una inclinación y luego se subía encima de la caja para que todo el mundo pudiera verlo. Tras volver a saludar, se metió de nuevo en el interior de la caja. La ayudante volvió a ejecutar el mismo ritual y, cuando abrió la caja de nuevo, ya no estaba Joey y Jeremy salió de la caja. Los chicos ya estaban enardecidos.

-Qué bueno es -murmuró Cathy.

-Sí que lo es -convino Gwen.

-Y apuesto a que la magia no es lo único que domina -añadió Cathy pícaramente, lanzando un mirada de soslayo a Gwen.

Gwen se sonrojó al sorprenderse cuando estaba a punto de asentir.

Durante los siguientes veinte minutos, Jeremy mezcló hábilmente humor, dramatismo e ilusión para fascinar al público. En varias ocasiones usó a alumnos voluntarios, para gran placer de todo el mundo. Antes de que el espectáculo hubiera terminado, Gwen se dio cuenta de que todas las alumnas de la sala estaban enamoradas de Jeremy Kane, como lo estaban la mitad de las profesoras.

Gwen trató de convencerse de que ella no estaba entre esa mitad. No era nada fácil.

-Tengo una última ilusión para vosotros hoy que exige un voluntario muy especial -anunció Jeremy cuando el programa llegaba a su fin.

Sonriendo mientras docenas de manos se alzaban rápidamente, él sacudió su oscura cabeza. -El voluntario tiene que cumplir una condición especial. Tiene que llamarse Arthur.

Aturdido, pero dispuesto, Arthur saltó al escenario. Siguiendo las instrucciones de Jeremy, se quedó quieto, riendo entre dientes,

mientras Jeremy caminaba lentamente en torno a él, observando meticulosamente al chico. Gwen se mordió el labio para contener una sonrisa, mientras se preguntaba qué tendría pensado Jeremy. El contraste entre los dos resultaba divertido... Jeremy tan alto, delgado e increíblemente guapo; Arthur, pequeño, desgarbado e infantilmente desarreglado. Sus ganas de sonreír se desvanecieron abruptamente ante las siguientes palabras de Jeremy.

-Entonces, Arthur, me he enterado de que andas detrás de mi novia...

Los ojos verdes de Arthur se dilataron dramáticamente.

-¿Quiere decir que usted y la señorita DeClerk...?

-Exactamente, lo nuestro va en serio -dijo afablemente Jeremy.

Cathy estaba partiéndose de la risa mientras Gwen hacía rechinar los dientes.

-Os voy a matar a los dos.

-Vaya, señor Kane, no lo sabía -le aseguró seriamente Arthur a Jeremy-. Yo nunca intentaría robarle la mujer a otro.

Gwen se cubrió el rostro con las manos, sabiendo que el estruendo de aquellas trescientas risotadas tardaría mucho en dejar de resonar en sus oídos.

-Eso es muy sabio por tu parte. Una buena cosa a tener en cuenta siempre. ¿Quieres echarme una mano con esta última demostración?

Algo receloso, Arthur asintió. Jeremy dirigió una sonrisa pícara hacia el encantado público. -Bien.

El papel de Arthur en la actuación consistió en examinar varias espadas largas y afiladas antes de que Jeremy atravesara con ellas la caja donde se había metido su bella ayudante. Arthur tragó saliva audiblemente cuando le tendió la primera espada. Sin tocar la reluciente hoja, le aseguró a Jeremy que la espada le parecía de lo más real. -Gracias, Arthur.

Jeremy se volvió y atravesó la caja con la espada. Y luego, sonrió otra vez al público. Hasta Gwen tuvo que reírse ante la auténtica malicia que danzaba en sus ojos azules.

-Da gusto lo dispuesto que está a cooperar este joven -murmuró por el micrófono.

Luego tendiéndole una refinada espada, comentó:

-Mira, Arthur, algunas personas dicen que es peligroso hacer enfadar a un mago.

Ante el gesto de asentimiento de Arthur, cuyos ojos ya eran como platos, Jeremy clavó con fuerza aquella espada también a través de la caja.

-Yo creo que eso es ridículo. ¿A ti qué te parece?

Sonriendo irónicamente, Arthur se encogió de hombros. Era

evidente que estaba disfrutando de la atención que recibía, aceptando la actuación de Jeremy como la broma zumbona y bienintencionada que era.

El truco acabó cuando la ayudante salió del cajón, aparentemente incólume. Después de que cesaran los aplausos, Jeremy le tendió a la pelirroja un vaso de agua.

-Debes tener sed, Natalie. Bebe un poco y luego miró a Arthur otra vez-. No lo olvides, Arthur. Yo nunca haría daño realmente a nadie.

Jeremy consiguió parecer absolutamente sorprendido cuando, tras haberse bebido Natalie el vaso entero, comenzaron a salirle chorritos de diversos puntos de su cuerpo envuelto en mallas. -Oye, lo siento, Natalie...

-¡Oh, señor Kane, ha sido maravilloso! -exclamó la señora Carter cuando el telón se hubo bajado y Arthur hubo regresado a su asiento-. Simplemente maravilloso. Muchas gracias por venir aquí hoy. Alumnos, ya pueden irse a sus casas. Gwen vio que Jeremy no se metía tras el telón entonces, sino que se quedaba delante del escenario, evidentemente esperando a que ella se reuniera con él. Su primer impulso fue salir corriendo de allí. Como si percibiera la cobardía de su amiga, Cathy la asió firmemente del brazo:

-Vamos a decirle lo mucho que hemos disfrutado del espectáculo, ¿no?

Jeremy estaba hablando con varios alumnos cuando Gwen y Cathy llegaron al escenario. A su pesar, no pudo por menos que sentirse encantada y conmovida por la sensibilidad con que sabía tratar a los chicos que le pedían autógrafos o, como Chad, el nieto de Margaret, le exponían azoradamente su intención de hacerse ilusionistas también.

Entonces, Jeremy alzó la vista y le sonrió; sus ojos se encontraron con los de Gwen y le sostuvieron la mirada. Gwen casi se echó a temblar con los sentimientos que era capaz de evocar en ella sólo con una mirada. Cuando finalmente apartó la mirada, se sintió como inerte, casi como si acabara de librarse de un hechizo.

-Señorita DeClerk, tenía que haberme dicho que salía usted con el señor Kane -la regañó Arthur, plantándose delante de ella con las manos en los bolsillos de los vaqueros-. Me he quedado desolado, por supuesto, pero me comportaré honorablemente y me mantendré al margen.

-Esto... gracias, Arthur -murmuró Gwen torpemente, mientras Cathy se ponía junto a ella. -Eres un buen hombre, Arthur -le dijo solemnemente Jeremy al chico, pasándole un brazo por los hombros a Gwen mientras hablaba.

Ella no le había oído bajar del escenario, y dio un salto al sentir

su contacto.

Arthur asintió.

-Sí, lo sé. Pero si alguna vez la trata mal, recuerde que tendrá que responder ante mí. Atrayendo a Gwen más contra su cuerpo, Jeremy sonrió.

-Lo recordaré.

-¡Arthur!

Poniendo los ojos en blanco, Arthur suspiró profundamente.

-¡Ya voy, mamá! Me alegro de haberle conocido, señor Kane -volvió la mirada hacia Cathy mientras se daba la vuelta para marcharse, se detuvo y luego le ofreció una brillante sonrisa-. Está usted preciosa hoy, señorita Wallace. Nos veremos el lunes.

-Oh, no -gimió Cathy, mientras Jeremy y Gwen se echaban a reír.

-Oye, me gusta ese chico -les dijo Jeremy jocosamente.

-¿Supongo que no podrás hacerle desaparecer antes del lunes? -inquirió Cathy esperanzadamente.

Jeremy se rió y sacudió la cabeza, sin apartar los ojos de Gwen.

-¿Y bien? -la apremió.

-¿Y bien qué? -le preguntó mirándola aprensivamente.

-¿No tienes ninguna observación ni reproche que hacerme?

-Unos cuantos -reconoció ella fríamente-. Pero prefiero hacerlo en privado.

-Creo que he manejado la situación con Arthur con mucho tacto -señaló él con expresión satisfecha.

-¿Con mucho tacto? -emitió ella incrédulamente-. ¡Le has dicho a todo el mundo en el colegio que tú y yo vamos en serio! ¿Y le llamas a eso tacto?

-Quiere decir que se ha ocupado de tu problema sin herir el orgullo ni los sentimientos del chico -intervino Cathy, defendiendo a Jeremy.

-Sé lo que quiere decir. ¿Y cuándo estuvisteis tramando esto vosotros dos, por cierto?

Jeremy y Cathy intercambiaron una mirada de complicidad.

-Simplemente, salió así -balbuceó Cathy al cabo de un instante.

-Mmmmmm.

Antes de que Gwen pudiera decir nada más, la ayudante de Jeremy apareció de detrás del telón. Se había cambiado los leotardos por unos vaqueros y un suéter.

Todo está desmontado y guardado, Jer. ¿Estás listo?

-Sí -dijo Jeremy con sospechosa celeridad-. Por cierto, aún no te he presentado a Gwen, ¿verdad?

-No, aún no -Natalie extendió una mano, sonriendo cálidamente a Gwen-. Hola. Soy Natalie Gates. Noelle y Deborah ya me han

contado que te conocieron el otro día. Noelle piensa que eres muy maja y Deb está enamorada de tu perro. Y, naturalmente, Jeremy se pasa el día hablando maravillas de ti.

Gwen no se había sonrojado desde la adolescencia. Ahora parecía ser un estado perpetuo para ella.

-Er... ummm... encantada de conocerte, Natalie -consiguió decir al fin.

Jeremy presentó rápidamente a Cathy y Natalie, y luego se volvió hacia Gwen:

-Tengo que irme. Hasta luego -se agachó y le dio un beso antes de que ella hubiera tenido ocasión de evitarlo-. Me puedes chillar por eso en privado también -murmuró con una sonrisa descarada; giró sobre sus talones y se marchó, diciendo por encima del hombro-: Adiós, Cathy.

-Hasta luego -gritó Cathy, y luego se volvió hacia Gwen-. Dios mío, es maravilloso. -Entonces, quizás deberías pedirle que saliera contigo -le aconsejó Gwen, sintiendo un extraño vacío al decir aquello-. Vosotros dos parecéis llevaros muy bien.

La risa de Cathy fue ligeramente burlona. -¿Crees que no me habría lanzado encima de él si hubiera creído que tenía la más mínima posibilidad? Me imagino que te habrás dado cuenta de que ese hombre no está interesado en nadie más que en ti. ¿Por qué, si no, iba a aceptar ofrecer una actuación en un pequeño colegio privado? -¿Por caridad? -sugirió Gwen débilmente. -Sí. Claro que es por eso -dijo Cathy, rezumando sarcasmo-. Y yo soy la reina de Inglaterra.

-Tengo que ir a recoger mis cosas -dijo Gwen, volviéndose bruscamente-. Nos vemos el lunes, Cathy.

-Te llamaré mañana -le prometió su amiga-. Quiero que me cuentes todo lo de esta noche.

Gwen se detuvo en seco, se volvió y miró a Cathy, entrecerrando los ojos.

-¿Qué pasa esta noche?

-Ya sabes... la charla privada que vas a tener con Jeremy.

-Yo no he dicho nada de que fuera a hablar con él esta noche. Él y yo no tenemos planes. -¿Realmente no creerás que no vas a verlo nada más llegar a casa, verdad?

Gwen suspiró.

-No. No lo creo en absoluto. Cathy sonrió ampliamente.

-Bien. Estaba empezando a pensar que le había ocurrido algo a tu inteligencia. Sé agradable con él, ¿quieres? Un hombre así no se encuentra todos los días.

No, pensó Gwen mientras se dirigía lentamente a su clase a recoger sus cosas. Un hombre como Jeremy no era fácil de

encontrar.

Apoyada en la barandilla de la terraza, Gwen miraba cómo Shane seguía una pista con el olfato. Se había cambiado de ropa y, en un impulso, se había soltado el pelo y, tras cepillárselo, se lo había estirado hacia atrás con una cinta elástica rosa. La brisa vespertina jugaba con su pelo sedoso y liso que le llegaba hasta el cuello del suéter. Con gesto distraído, se apartó un mechón de la cara. -Me gusta así.

Debía haberse acostumbrado a las súbitas apariciones de Jeremy. Ya casi no saltó al oír la voz detrás de ella. Respiró hondo y se volvió hacia él. -¿Qué es lo que te gusta así?

-Tu pelo. Me gusta más suelto que recogido. Ella asintió.

Es tan liso y fino que es dificil peinarlo. Había estado impresionante con su esmoquin, pero no lo estaba menos con el suéter de punto y los pantalones color mostaza que llevaba ahora. Sus dedos largos y delgados se hundieron suavemente en el pelo de su nuca, y luego se curvaron para sostener su cabeza. Ella se le quedó mirando fijamente sin decir nada, mientras sus ojos azules, parecían atravesarla.

-Cena conmigo -murmuró él seductoramente.

-No.

Sus dedos se tensaron en su nuca, y su cabeza descendió, deteniéndose a tan sólo milímetros de sus labios.

-¿Aún luchando contra ello, Gwen?

-Ya te dije que no iba a cambiar de idea en esto. No voy a salir contigo.

-Y yo te dije que no es fácil desalentarme -sin dejar de mirarla a los ojos, bajó un poco más la cabeza y rozó su boca con los labios-. Cena conmigo, Gwen.

-No.

Aquella vez, su negativa fue poco más que un suspiro. Tuvo que luchar para que no se le cerraran los párpados, y tuvo que apretar las manos para mantenerlas alejadas de él. Pero no pudo evitar que el corazón le latiera a toda velocidad, ni que las rodillas le flaquearan.

-Qué testaruda -susurró él y sus bocas se rozaron otra vez, con más fuerza ahora, lo bastante como para hacer que a Gwen le temblaran los labios en su necesidad de más.

-No hagas esto -gimió, pero su voz sonó a súplica.

Los labios de Jeremy le rozaron la sien. -Cena conmigo.

-No -se preguntó si lo habría oído siquiera aquella vez, pues ella misma apenas se había oído a sí misma.

-Sí -murmuró él, y luego su boca se posó firmemente sobre la suya antes de que ella pudiera negarse otra vez.

Su primer beso, aunque había tenido lugar delante de trescientos espectadores, había sido maravilloso. Aquél, privado, en la soledad de su terraza con la brisa acariciándolos, la dejó anonadada.

Los dedos de Gwen se cerraron sobre el suéter de Jeremy, mientras sus bocas emprendían una danza cada vez más ardiente. Un gemido de satisfacción escapó de algún lugar profundo de su garganta mientras entreabría los labios, actuando por puro instinto. Él se aprovechó inmediatamente, y su lengua se introdujo entre sus dientes para explorar sus secretos más íntimos.

Las manos de Gwen fueron subiendo hasta sus hombros mientras su lengua entraba en tímido contacto con la suya. Ella había estado casada, pero Jeremy le estaba enseñando que nunca había conocido la pasión antes de aquello.

Jeremy deslizó la mano hasta la parte inferior de su espalda y la apretó contra su cuerpo, para que comprobara su grado de excitación. El saber que la deseaba hizo que el deseo de Gwen se disparara.

No podía seguir luchando contra él... ni contra sí misma. Su magia era demasiado fuerte. El hechizo que había lanzado sobre ella, demasiado poderoso. ¿Cómo podía resistirse?

Sabría arreglárselas, se dijo valientemente, estremeciéndose cuando sintió cómo su mano se deslizaba lentamente por su espalda. Podría verlo, disfrutar de su compañía, explorar aquellas nuevas emociones que sentía despertar en su interior sin quedar destrozada cuando terminara. Lo único que tenía que hacer era tener muy presente que iba a terminar.

Jeremy se apartó con evidente reluctancia, aunque sus brazos permanecieron en torno a su cintura.

-Cena conmigo -dijo otra vez, y su voz era más ronca que antes.

Ella tragó saliva, y luego respiró hondo para infundirse coraje.

-Sí.

Capítulo Cinco

-¿Usted es Jeremy Kane, verdad?

Jeremy alzó la vista de la cena para sonreír afablemente a la joven de generoso busto que se había acercado a la mesa que compartía con Gwen.

-Sí, soy yo.

-¡Lo sabía! Dios mío, cómo me alegro de conocerle. Lo vi en el espectáculo de Sajak la semana pasada. Soy una gran fan suya, señor Kane. -Vaya, gracias.

Lanzándole a Gwen una mirada rápida y desafiante, la ansiosa fan, que Gwen calculó que no tendría los veinte años, se inclinó hacia Jeremy y le susurró algo al oído. Jeremy parpadeó, se aclaró la garganta y consiguió murmurar:

-Err... creo que prefiero abstenerme.

Su fan pareció decepcionada y lanzó una mirada airada a Gwen como si la culpara de la negativa de Jeremy a aceptar lo que seguramente había sido una invitación interesante.

-Oh, bueno, ¿podría firmarme un autógrafo, entonces? -preguntó rápidamente a continuación.

Gwen consiguió no reírse cuando Jeremy le lanzó una mirada de disculpa mientras la chica sacaba un bloc y una pluma del bolso y se lo tendía. -¿Cómo te llamas?

-Escriba «A Cheri. Nunca te olvidaré». Ah, y yo puntúo la «i» de mi nombre con un corazoncito. Y fírmelo: «amor, Jeremy».

Con el rostro impasible, Jeremy garabateó obedientemente las palabras que le dictaba la chica y luego le tendió el bloc, que ella se apresuró a aplastar contra sus jóvenes y bien desarrollados pechos.

-¡Gracias! -dijo, haciendo revolotear sus maquilladas pestañas-. Lo guardaré siempre como un tesoro.

-De nada -Jeremy se volvió hacia Gwen con una mueca una vez que Cheri, la del corazoncito, se hubo alejado saltando alegremente-. Lo siento. Sucede a veces.

-A menudo, me imagino -replicó ella. Aunque a ella nunca le había impresionado especialmente la fama y la riqueza, sabía que eran cualidades que ejercían una increíble fascinación sobre algunas personas. Cuando a ellas se añadía la belleza y el encanto, la atención debía ser abrumadora a veces, pensó. Aquello la hizo darse cuenta una vez más de lo diferentes que eran sus vidas.

-¿Qué es lo que te ha propuesto por cierto? -1e preguntó ella, tratando de ahuyentar aquel pensamiento deprimente.

Jeremy se sonrojó un poco. Y aquel detalle le pareció irresistible

a Gwen. Claro que eran demasiadas cosas las que le parecían irresistibles en él, pensó con desesperación.

-¿Qué tal estaba tu cena? -preguntó él abruptamente, ignorando deliberadamente su pregunta.

Ella bajó la mirada hacia su plato medio vacío, tratando de recordar qué había comido. -Estaba buena.

-Cuéntame más cosas sobre ti -le ordenó inesperadamente Jeremy, mirándola con visible interés-. ¿Eres de por aquí? ¿Cómo es tu familia?

-Soy de Portland -le explicó ella-. Me mudé aquí al casarme con Daniel. Mi padre está muerto y mi madre volvió a casarse hace cuatro años y vive en Arizona. Tengo un hermano, Andy, que sigue viviendo en Portland con su mujer y dos niños. -¿Cómo conociste a Daniel?

-Era amigo de mi padre -reconoció-. Fueron juntos a la Facultad de Medicina. Daniel estuvo de visita en nuestra casa no mucho antes de que mi padre muriera hace siete años. Nos casamos poco más de dos años después.

-¿Tu padre y Daniel eran de la misma edad? -Papá era dos años mayor. Los dos murieron demasiado jóvenes.

-¿Te casaste con Daniel porque te recordaba a tu difunto padre?

-¡Jeremy! -exclamó ella, ofendida por aquella pregunta abruptamente personal.

Dándose cuenta de que había llegado un poco demasiado lejos con aquello, él cambió de tema con una sonrisa pícara.

-¿No te ha dicho nadie que tienes una garganta de lo más sexy? Le producirías una erección permanente a un vampiro.

Ella se puso de un vivo color escarlata y se olvidó de todo lo que habían estado hablando, como él sabía que sucedería. Se llevó la mano a la garganta sin poder evitarlo. Se había cambiado para cenar. Se había puesto un vestido largo azul celeste con un amplio escote, y se había dejado el pelo suelto.

-Preferiría que no dijeras esas cosas. Me azora.

-No me digas que la maestra es una gazmoña -la acusó Jeremy, y en sus ojos danzaba una chispa maliciosa.

-No soy una gazmoña. Es que no me siento cómoda con las observaciones de ese tipo.

-Ah -dijo él, asintiendo gravemente-. Claro.

Y luego se rió entre dientes y le cogió la mano, separándosela de la garganta y acercándosela a los labios.

-Mi dulce Gwendolyne, no tienes ni idea de lo sexy que eres, ¿verdad?

-No... no seas ridículo -consiguió decir al fin-. Tengo casi treinta años. Tengo pelo de ratón y gafas. Tú te pasas el día rodeado de

mujeres realmente sexys... Noelle, Deborah y Natalie, por ejemplo.

-Sí, son sexys. Pero tú eres la que has estado causando estragos a mis hormonas últimamente. ¿Por qué crees que es eso?

No puedo imaginarlo -dijo fríamente. Tan recatada y decorosa -se mofó él suavemente-. Y sin embargo, te he besado, maestrita. He tenido una muestra de la pasión que ocultas tras ese exterior tan decente. Y no estaré satisfecho hasta que no haya explorado ese otro lado tuyo.

-Ya basta, Jeremy -siseó -. O me marcho, te lo digo en serio.

Él se rió entre dientes y accedió. -¿Te cae bien tu padrastro? -Sí.

-¿Te llevas bien con tu hermano?

-No especialmente. Es tres años menor que yo y tenemos muy poco en común.

-¿A qué se dedica?

-Es abogado -decidiendo que era momento de cambiar las tornas, le preguntó antes de que Jeremy pudiera comentar nada-. ¿Y qué hay de tu familia, Jeremy? Nos hemos pasado la cena hablando de mí. Me gustaría saber algo de ti.

-Mi familia vive en Lincoln, Nevada. Tengo una hermana. Mi padre está en la banca... una tradición familiar de tres generaciones.

-Hasta ti. Él asintió.

Tus padres deben de estar muy orgullosos de ti por el renombre que ha conseguido -dijo ella cuidadosamente, observando la expresión de sus ojos.

-Es lo que se podría pensar, ¿verdad?

-¿No lo están? -preguntó Gwen asombrada. -A mi madre le gusta alardear de su hijo famoso y rico ante sus amigas del club de campo, pero le habría gustado que me dedicara al cine o cualquier otra cosa con un poco más de prestigio que hacer desaparecer monos y meterme dentro de féretros. Mi padre piensa que estoy desperdiciando mi vida haciendo trucos de salón por dinero cuando podría haberme convertido en una persona digna.

-Tú eres una persona digna -afirmó Gwen con vehemencia-. Diviertes a la gente, despiertas su imaginación y les haces reír. Le ofreces a niños como Chad una perspectiva de futuro, actuando como un modelo positivo a seguir. ¿Y qué me dices de las horas que has pasado en hospitales, dedicado al programa «Proyecto Mágico»?

La sonrisa de Jeremy expresaba su placer ante su apasionada defensa, pero al oír aquello último, su expresión se convirtió en otra de asombro.

-¿Y tú cómo te has enterado del «Proyecto Mágico»?

Se refería a un programa nacional en el cual magos aficionados y profesionales se habían ofrecido voluntarios para enseñarles ilusionismo a chicos disminuidos, a modo de terapia física y

psicológica.

-Leí un artículo sobre ti la semana pasada en una de esas revistas de famosos. Estaba muy bien escrito.

No le dijo que había comprado la revista únicamente porque había visto la foto de Jeremy en la portada.

-Cuando el entrenador te preguntaba que por qué habías elegido hacer de la magia tu profesión, tú contestaste que no eras tú quien había elegido la magia, sino la magia quien te había elegido a ti. ¿Qué querías decir con eso?

-Precisamente lo que dije. Realmente nunca quise hacer otra cosa, al menos desde el momento que un ilusionista local actuó en mi colegio. Me quedé enganchado desde el momento en que vi cómo sacaba una paloma de su sombrero de copa. Después de aquello, me dediqué a recorrer bibliotecas buscando libros sobre Houdini y otros ilusionistas famosos. Me gastaba toda la paga en juegos de magia, y les suplicaba a mis padres que me llevaran a todas las actuaciones locales. Mi padre no se opuso a mi interés al principio, porque consideraba que era un buen ejercicio de destreza y coordinación. Cuando se dio cuenta de que tenía la seria intención de hacer de aquello mi profesión, comenzó a oponerse. Me dio un ultimátum el día que acabé el bachillerato superior... aún no tenía dieciocho años. Me dijo que, o dejaba «esos estúpidos trucos» y elegía una universidad dónde seguir la carrera de Empresariales o me largaba de . casa.

-Oh, Jeremy, no puede ser -susurró Gwen horrorizada.

Él asintió seriamente.

-Sí pudo ser. Creo que mi elección es evidente.

-¿Te fuiste de casa con dieciocho años?

-Sí. No pongas esa cara. No fue tan malo. Yo tenía un poco de dinero que había heredado de mi abuelo. Era mío. Papá no podía tocarlo. Viví de aquello hasta que conocí a Renaldo.

-¿Quién?

Él sonrió.

-Renaldo Ciccione. Era un ilusionista, un artista ambulante que vagaba a través del país ofreciendo actuaciones a quien quisiera pagarle.

-¿Era bueno?

Su sonrisa se hizo más débil, y sus ojos parecieron llenarse de nostalgia.

-Era bueno. Nunca hubiera sido grande en su campo y lo sabía. Aquella era la máxima frustración en su vida. Pero pensaba que yo podría serlo. Me tomó a su cargo como aprendiz. Me enseñó todo lo que sabía y me ayudó a aprender más.

-Lo querías mucho, ¿no?

-Sí, éramos como un cliché: yo era el hijo que nunca tuvo; él era el padre que siempre hubiera deseado tener. Nos mantuvimos en estrecho contacto incluso cuando empecé a ir por mi cuenta.

-¿Qué le ocurrió?

-Murió hace cuatro años. Se cayó haciendo una levitación. No cayó de muy alto, pero fue una mala caída y se partió el cuello.

-Lo siento.

-Yo también lo sentí.

-¿Qué edad tienes ahora?

-Casi treinta y cinco.

-¿Y no has visto a tu familia desde los diecisiete?

-Oh, claro que los he visto. Pero una vez o dos solamente. Somos todos muy civilizados, muy distantes.

-¿No te cansas de estar en movimiento todo el rato? ¿De tanto hotel, de tantas actuaciones y giras?

-Supongo que el hecho de haber crecido en la América del interior me ha hecho inquieto -reconoció Jeremy-. Me da la impresión de que llevo moviéndome de un sitio a otro desde el día que nací. Me gusta visitar sitios nuevos, conocer gente nueva, encontrarme nuevos trucos de magia. Me aburro fácilmente, supongo. Estos últimos meses he estado descansando un poco de las giras, pero dentro de poco voy a emprender una de seis meses.

Nada de lo que hubiera dicho podría haber enfatizado más claramente lo fútil que sería para Gwen llegar a comprometerse demasiado profundamente con aquel hombre. Ella no tenía nada que ofrecer que pudiera sujetar a un hombre así.

-¿No es usted el tipo ese de la magia? Aquella voz estridente les hizo dirigir su atención a una mujer corpulenta con el pelo naranja chillón que tenía cogido por los hombros a un chico con aspecto avergonzado.

-Sí -reconoció Jeremy-. Soy Jeremy Kane. -¿Ves? Es lo que yo decía. Y él, nada. Así que, ¿por qué no hace alguno de sus trucos para convencerlo, señor? ¿Sacar una moneda de la oreja o un conejo de un sombrero o lo que sea?

-Lo siento, no llevo sombrero -dijo con tono de disgusto.

La mujer se rió ruidosamente. -Pues haga otra cosa. Lo que sea.

-Me temo que no puede hacerlo -dijo Gwen firmemente, sorprendiéndose a sí misma.

La mujer entrecerró los ojos.

-¿Y por qué no? ¿Es su profesión, no? -Precisamente -convino Gwen, asintiendo vigorosamente-. Lo cual quiere decir que no puede hacer trucos gratis. Va contra el contrato.

-Ah -la mujer no parecía convencida-. ¿Y usted quién es, por cierto,

-Soy su agente -replicó Gwen alegremente—. Me llevo el quince por ciento de todo lo que hace él. Así que, si quiere un truco, se le pone en...

-Déjelo -dijo la mujer rápidamente-. Estoy segura de que es más de lo que puedo permitirme. -Lo siento, ella es la jefe en esto -dijo humildemente Jeremy-. Pero estaría encantado de firmarle un autógrafo, si lo desea.

El rostro de la mujer se iluminó.

-¿Lo haría? Eso sí que es un detalle -escarbó en el bolso, sacó un cuaderno de autógrafos bastante arrugado y se lo tendió-. Ponga sólo «para Adele». Y, guapo, yo de usted me buscaría otra agente-, añadió en un audible susurro teatral, lanzándole a Gwen una mirada de soslayo-. Ésta es una auténtica barracuda, si entiende lo que quiero decir.

Devolviéndole el libro de autógrafos a su dueña, Jeremy sonrió afablemente.

-Gracias por el consejo. Pero creo que me quedaré con ésta. Tiene sus ventajas.

-Lo que usted diga, encanto. Gracias por el autógrafo. Vamos, Bubba. Vamos a enseñárselo a tu papá -mientras se alejaba, su voz le llegó claramente a Gwen y Jeremy-. Un joven tan agradable con una agente así. Qué lástima.

Ellos consiguieron contener su hilaridad el tiempo suficiente para pagar la cuenta y salir del restaurante antes de estallar en carcajadas.

-Has estado fantástica -dijo él, sin dejar de reírse, mientras ponía el coche en marcha-. ¡Mi agente! A Mortie le va a encantar.

-¿Quién es Mortie?

-Mi agente de verdad. El pobre no es tan sexy como tú, por cierto.

-No empieces con eso otra vez -le advirtió Gwen zumbonamente; le encantaba su risa.

Él levantó una mano del volante, con la palma extendida.

-De acuerdo, de acuerdo, dejaré de decirlo. Pero no puedes impedirme pensarlo -le dijo, sonriendo maliciosamente-. Ni que me fije en las maravillosas piernas que tienes.

Ella bajó la mirada automáticamente y se dio cuenta de que se le había subido la falda, dejando al descubierto una buena parte de sus muslos. Se la bajó rápidamente y permaneció con la vista fija en el parabrisas durante el resto del trayecto a casa. Diciendo que la iba acompañar hasta la puerta de su casa, Jeremy aparcó delante de la suya.

-¿Te apetece entrar a tomar algo? -le preguntó cuando la hubo ayudado a salir del coche deportivo.

¿Entrar en su casa con él? Ni hablar.

-Será mejor que me vaya a la mía.

Ella creyó oírle murmurar algo entre dientes... algo que sonaba sospechosamente á «gallina». Pero se limitó a asentir y a tomarla del brazo suavemente.

-Entonces, ven a pasear conmigo por la playa le sugirió-. Hace una noche preciosa.

-De acuerdo. Pero sólo un ratito -accedió. La brisa le agitaba el pelo alrededor del rostro, mientras avanzaban cogidos de la mano. Gwen llevaba los zapatos colgando de la otra mano. Estuvieron paseando en silencio un rato y luego Jeremy se volvió hacia ella y sonrió.

-Qué agradable es esto. -Sí.

Era más que agradable. Era pura bendición. Trató de recordar si alguna vez en su vida había pasado una velada más romántica, y no lo consiguió. Cosas así no le sucedían a ella, simplemente.

Y luego sintió una vaga culpabilidad al recordar las veladas que había pasado con Daniel. Cenas y paseos por la playa. Largas conversaciones. Habían sido suficiente. Maldito fuera Jeremy por enseñarle cuánto más podía haber.

-Estás muy callada -observó Jeremy. -Estoy disfrutando de la noche -replicó ella sin mirarlo a los ojos.

Él dejó de caminar y se volvió hacia Gwen poniéndole las manos en los hombros.

-Eres una persona muy apacible, ¿sabes? Contigo puedo relajarme. No necesito estar en tensión todo el rato. Me gusta.

-¿Te gusta?

Gwen ladeó la cabeza, preguntándose si le gustaba que aquel hombre tan excitante le dijera que

era «una persona muy apacible». Ya le habían dicho aquello antes, otro hombre al que ella también había encontrado excitante y atractivo, y sabía que la «apacibilidad» entrañaba un atractivo limitado para aquel tipo de hombres.

-Mmm. No me tratas como a una celebridad. No te haces idea de lo agradable que es eso.

-Oh, supongo que puedo imaginarlo -dijo, pensando en las fans que les habían interrumpido durante la cena-. Pero, ¿qué hay de tus ayudantes? Natalie, Deborah y Noelle. Ellas no te tratan como a una celebridad tampoco. Pareces sentirte muy a gusto con ellas.

-Las chicas son estupendas -reconoció él-. Pero siempre tienen que estar hablando o yendo a algún sitio o haciendo algo. No se les ocurriría pasear por la playa. Tendrían que correr o dedicarse a jugar con las olas.

Gwen se sintió de pronto vieja y aburrida. Se dijo que Jeremy no

podía haber sabido que su cumplido de doble filo la haría sentirse así.

-Será mejor que me meta en casa. Shane debe de estar empezando a ponerse nervioso -dijo desenfadadamente, ansiosa de cambiar de tema. -Sólo una cosa más.

-¿Qué cosa?

Jeremy la atrajo contra su cuerpo y, cuidadosamente le quitó las gafas mientras ella permanecía como hipnotizada por el deseo que leía en sus ojos.

-Esto -murmuró antes de hacer descender los labios sobre los de ella.

La besó de una forma que no la hizo sentir vieja ni aburrida en absoluto, sino joven e insegura, con el corazón retumbándole en el pecho y las manos temblorosas. La besó de una forma que la hizo sentirse tan sexy y deseable como él decía que la veía. Y ella respondió con aquella pasión recién descubierta en su interior, con todo su anhelo por aquel hombre que sabía que nunca podría ser suyo.

Sus zapatos cayeron sobre la arena, pero ella los ignoró y le rodeó el cuello con los brazos, enterrando los dedos en su cabello espeso y negro. Jeremy gruñó y la apretó más contra su cuerpo, mientras cubría su rostro de fervientes besos. Aquellos besos podían hacerle creer cosas peligrosas. Que él la deseaba tanto como ella a él. Que la encontraba tan fascinante como ella a él. Que deseaba algo más que una noche de placer, tanto como ella deseaba mucho más de él.

Aquel pensamiento la sacudió bruscamente, haciendo que se quedara helada entre sus brazos. ¿Qué deseaba realmente ella de él? ¿Amor? ¿Acaso se estaba enamorando de Jeremy Kane? ¿Era realmente tan estúpida e insensata como para enamorarse de un mago irresistible?

Apartó la boca con un gemido, con la intención de pedirle que parara, de suplicarle, si era preciso. Pero no hizo sino emitir otro jadeante quejido cuando él posó sus labios sobre su garganta, expuesta al echar ella la cabeza hacia atrás.

-Qué hermosa garganta -musitó él, probándola con la punta de la lengua.

Gwen se estremeció otra vez.

- Jeremy -susurró, con voz ahogada.

-Gwen. Ah, Gwen, te deseo tanto...

Y volvió a apoderarse de su boca, abrazándola tan estrechamente que a ella no le quedó la menor duda de que realmente la deseaba. Su potente excitación palpitaba fuerte y dura contra ella. Sus caderas la empujaban rítmicamente y ella dejó

escapar un gemido mientras sus dedos se aferraban a sus poderosos hombros.

Nunca había ardido de aquella forma. Nunca había deseado con un ansia tan enfebrecida que se aproximaba al dolor. Nunca había tenido una necesidad tal que la tuviera al borde de las lágrimas. Aquel agudo deseo se agitó tumultuosamente en su interior hasta asentarse en sus partes más profundas y femeninas, donde palpitó ávidamente. Sentía los pechos llenos, tiernos, tan sensibles que gritó otra vez cuando los dedos de Jeremy se deslizaron sobre ellos para acariciar suavemente uno de sus endurecidos pezones.

-¡Gwen! Mi hermosa Gwen, eres tan dulcemente apasionada... déjame amarte esta noche -susurró Jeremy persuasivamente, cubriendo de besos su rostro arrebolado.

¿Hermosa? ¿Apasionada? Las palabras resonaron en su mente como si nunca las hubiera oído. No podía estar diciéndole aquellas cosas a ella. Estaba equivocado. Se sentiría decepcionado si ella... si ellos...

-No puedo --consiguió decir, apretando la frente contra su hombro-. Oh, Jeremy, no puedo.

Esperó la explosión, la acusación de haberle conducido hasta aquel punto.

Jeremy se puso rígido, luego bajó la mejilla hasta su pelo.

-¿Por qué no puedes, Gwen? -le preguntó suavemente, y la ira que ella había esperado estaba ausente de su voz-. Sé que me deseas. No me lo irás a negar después de lo que acaba de suceder entre nosotros.

-No. No voy a negar que te deseo. Pero no puedo, Jeremy. No podemos. Somos demasiado diferentes.

-No empieces con eso otra vez -gruñó él. -No puedo evitarlo. Es la verdad.

Estaba muy cerca de enamorarse de él, por muy inútil que fuera. Hacer el amor con él aquella noche no haría sino destrozarle el corazón. Aún le parecía oírle decir que era inquieto, que se aburría fácilmente de todo. No podía enamorarse de él.

-Me deseas -repitió él con firmeza, como si se aferrara a aquella única esperanza de hacerla cambiar de idea.

-Ha... ha pasado mucho tiempo desde que he estado con un hombre -sugirió débilmente-. Es natural que...

Él la soltó tan bruscamente que se tambaleó. Gwen se le quedó mirando, atónita. Allí estaba la ira que había esperado antes, se dio cuenta, estudiando su rostro a la luz de la luna.

-Te acompañaré hasta tu puerta -le dijo Jeremy, secamente, dándole las gafas y agachándose para recoger sus zapatos.

-Jeremy...

-No voy a ser un sustituto -le dijo él, girando el rostro hacia ella, con la mandíbula apretada-.Acabé muy harto de que me usaran hace mucho tiempo. ¡Si necesitas una excusa para tener necesidades como el resto de nosotros, los mortales, búscate otra que no sea la de que estás sola y yo soy una celebridad a tu alcance!

-¡Sabes muy bien que nunca me ha importado tu fama! -replicó ella vehementemente, sintiendo que su frustración se convertía en disgusto-. No soy una de tus admiradoras.

-¡Entonces no intentes hacerte pasar por una de ellas! Lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido algo especial, único. No trates de convencerme o de convencerte de que habrías respondido de la misma forma a cualquier hombre razonablemente atractivo.

Al no tener respuesta a aquello, ella se quedó en silencio, dándose cuenta desconsoladamente de que tenía razón. Y de que lo había herido con su cobardía. Era extraño, pero no se le había pasado por la cabeza que ella pudiera herirlo a él.

Gwen no esperaba que volviera a besarla junto a la puerta. Cuando lo hizo, muy suavemente, lo miró y se sorprendió al ver que estaba sonriendo tristemente.

-No puedo recordar la última vez que perdí los estribos así -dijo-. ¿Qué me estás haciendo, Gwendolyn DeClerk?

Una vez más no tuvo respuesta. ¿Qué le estaba haciendo ella a él?

-Huye a la seguridad de tu cama solitaria, mi maestrita cobarde. Y sueña con compartirla conmigo -la besó una vez más y desapareció en la noche.

Ella cerró la puerta y se dirigió a su dormitorio, moviéndose como en trance. Se dejó caer en la silla que había delante de su cómoda, y se quedó mirando ciegamente el espejo, mientras rememoraba la tarde mentalmente. ¿En qué momento había perdido el control de la situación?

Gradualmente, sus ojos se fueron enfocando en la imagen que tenía delante. Tratando de ignorar los vestigios de pasión en sus ojos, la evidencia de los largos y ardientes besos en sus labios hinchados, se quitó una horquilla del pelo y fue a quitarse un pendiente. Las manos se le quedaron heladas cuando sus ojos captaron un destello de oro en su hombro. Frunciendo el ceño, bajó la mirada.

Un alfiler. Un diminuto clavel de oro. ¿Cuándo... cómo había conseguido ponérselo sin que se diera cuenta?

-Oh, Jeremy -susurró, mientras sus dedos cubrían el delicado adorno y sus ojos se cerraban. ¿Cuánto tiempo podría seguir resistiéndose a su magia?

Capítulo Seis

Jeremy le sirvió el desayuno en la cama a la mañana siguiente.... más o menos. Al despertarse, ella se encontró con una bandeja de mimbre en su mesilla, sobre la que había varios platos cubiertos y un esbelto jarroncito con un clavel blanco.

Aún medio dormida, alargó la mano hacia la tarjeta apoyada en la jarra-termo que probablemente contenía café.

-«La noche anterior fue maravillosa» -leyó-. «Disfruta de tu desayuno» -había añadido apresuradamente una postdata-: «Shane ha querido venirse conmigo a casa á visitar a Joey. Te lo traeré cuando pase a recogerte. Amor, Jeremy». ¿Cuando pasara a recogerla para qué?

¿Cómo se había metido en la casa?, se preguntó súbitamente, sentándose de un salto, totalmente despierta. Aferrando las sábanas contra su barbilla, miró a su alrededor locamente. La noche anterior había estado dando vueltas en la cama durante mucho tiempo antes de quedarse profundamente dormida. Aquello explicaba que hubiera podido meter la bandeja en la habitación sin despertarla. El pensamiento de que había estado viéndola dormir la hizo experimentar un cosquilleo de azoramiento y algo más básico que decidió no examinar más detenidamente.

-¿Jeremy? -llamó, preguntándose si se habría quedado.

No hubo respuesta.

Sacudió la cabeza, exasperada, con los ojos fijos en la bandeja. Abrió el cajón de su mesilla y sacó la servilleta arrugada donde Jeremy había escrito su número de teléfono. Lo marcó.

-Buenos días -respondió su voz. -¿Cómo has entrado en la casa? -Espero que te guste el desayuno. -No has contestado a mi pregunta.

-Un mago nunca revela sus secretos, ¿no lo sabías, amor? Ahora, tómate el desayuno antes de que se enfríe. Lo he preparado para ti especialmente.

-¡Jeremy, tienes que dejar de hacer cosas como ésta!

Él la ignoró.

-¿Pasarás el día conmigo?

-No sé qué decirte -incapaz de resistirse. -Di que sí.

-¿Qué quieres hacer? -le preguntó ella con suspicacia.

-Tengo que ir a Los Ángeles a recoger unas cosas que he encargado. ¿Vienes conmigo? -Yo... de acuerdo, iré. Pero tienes que prometerme una cosa.

-¿Qué, amor?

-Deja de llamarme amor, para empezar-respondió ella

gruñonamente.

-¿Algo más?

-Prométeme que no intentarás seducirme hoy.

-Oh, Gwen no me hagas prometerte eso -dijo él con un gemido infantil que la hizo sonreír.

-Prométemelo, Jeremy -dijo, manteniéndose firme.

Él suspiró pesadamente.

-De acuerdo, te lo prometo. Pero eso no quiere decir que tú no puedas seducirme si decides que te apetece. De hecho, me encantaría que lo hicieras.

-Lo tendré presente.

Pero, por supuesto, no lo haría. ¿O sí? No, no lo haría, se dijo firmemente.

-Bien. Ahora, tómate el desayuno y pasaré a recogerte dentro de una hora -colgó antes de que ella tuviera ocasión de cambiar de idea.

Solamente entonces se dio cuenta de que se había olvidado de agradecerle el diminuto clavel de oro que le había prendido del vestido la noche anterior.

Sintiéndose decididamente decadente, dio buena cuenta del delicioso desayuno que Jeremy había preparado para ella, sin dejar ni una miga.

Mientras se levantaba de la cama después de haber dejado la bandeja en la mesilla, se acordó de Shane.

-Menudo perro guardián -musitó entre dientes, aunque sabía que no estaba siendo justa. Shane era un magnífico perro guardián. Solamente Jeremy podría haber entrado tranquilamente en su casa. Para él, probablemente Shane había tendido una alfombra roja.

Al parecer, no era ella la única hechizada por el encantador mago.

-Ahora es tu oportunidad, amor.

-¿Mi oportunidad de qué, Jeremy? -le preguntó Gwen pacientemente, mientras él ponía en marcha el motor.

Hacía rato que había dejado de recordarle que casi le había prometido no volver a llamarla «amor»... no le había servido de nada. Al menos, sí que había mantenido su promesa de no intentar seducirla durante las doce horas que había pasado con él. A menos que se definiera seducción como ser ingenioso y divertido, extravagantemente cumplido y halagadoramente atentó. Muy a su pesar, Gwen había descubierto que Jeremy no tenía siquiera que intentar seducirla para que ella lo deseara desesperadamente.

-Tu oportunidad de seducirme, por supuesto -replicó, pareciendo

sorprendido de que lo hubiera preguntado-. He sido un perfecto caballero todo el día. ¿No quieres arrastrarme hasta la cama ahora?

-No -contestó, ocultando una sonrisa. -¿No? -exclamó él, aparentemente conmocionado-, Gwen, no sabes lo que estás diciendo. ¡Ésta es tu oportunidad de hacértelo con una superestrella! Soy rico, soy famoso, soy escandalosamente guapo...

-Todo pura apariencia -sugirió Gwen dulcemente.

Sabía que Jeremy sólo estaba bromeando.

-Oh -dijo él, fingiendo completo abatimiento, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa-. Te daré una foto firmada por mí. De ocho por diez, con brillo.

Ella sacudió la cabeza.

-¿Para qué quiero una foto tuya cuando puedo salir a la ventana a ver qué aspecto tienes?

-¿No hay nada que pueda usar como soborno? Ella pareció pensarse la cuestión cuidadosamente.

-Bueno -dijo lentamente-, podrías intentar ofrecerme los secretos de esos extraños artilugios que hemos ido a recoger hoy.

Él se había negado jovialmente a explicarle ninguno de los secretos de su arte, informándola altivamente de que algunos de los trucos que realizaba no los acababan de entender ni sus propias ayudantes. Incluso se hacía construir sus artilugios por partes en diferentes fabricantes para que ninguno supiera exactamente cómo funcionaba la totalidad. Gwen se imaginó que, con aquella pregunta, estaba bastante segura.

Pero él la sorprendió al decir inmediatamente:

-Hecho -y, de pronto, ya no estaba sonriendo-. ¿Qué quieres saber?

-¿Me dirías tus secretos?

-Sí.

-No lo dices en broma, ¿verdad?

-No.

-Pero, Jeremy, ¿por qué ibas a hacer eso? ¡Ni siquiera tus ayudantes conocen tus secretos!

-Lo sé. Pero confío en ti, Gwen. Creo que confío en ti más que en nadie que haya conocido nunca, excepto quizás Renaldo. Si quieres saber cómo hago mis trucos, no tienes más que preguntar.

Extrañamente conmovida, sacudió la cabeza y alargó la mano hacia la puerta del coche.

-Creo que no quiero tanta responsabilidad, será mejor que me vaya a casa. Se está haciendo tarde.

Jeremy le puso la mano suavemente en el hombro.

-¿Un paseo por la playa conmigo?

-No. Esta noche no -así era como se había metido en problemas

la noche anterior.

-¿No puedo hacerte cambiar de idea? Estaré fuera de la ciudad los próximos cinco días, y luego sólo un fin de semana en casa antes de irme tres semanas a Inglaterra. Quería tener la ocasión de pasar algún tiempo contigo antes de irme.

-Jeremy, hemos pasado las últimas doce horas juntos.

-¿Estás cansada de mí? -inquirió él con naturalidad.

-Naturalmente que no. Es sólo que está haciéndose tarde y realmente tengo que irme. -Entonces, te acompañaré a la puerta -dijo él, rindiéndose sin más protesta.

-No hace falta...

Pero él ya había salido del coche y se disponía a abrirle la puerta. Gwen suspiró y dejó que la ayudara a salir.

Jeremy la besó ante la puerta de la casa. Gwen reconoció para sí que no había hecho mucho para desalentarle de hacerlo. Cuando el beso terminó, ella estaba temblando, y lo que más la conmocionó fue descubrir que él también.

-¿Me invitas a pasar, Gwen, -le preguntó él suavemente, manteniéndola apretada contra la puerta y acariciándole el pelo con una mano. -No.

Él asintió resignado.

-Tienes mi número de teléfono, por si cambias de idea.

-No cambiaré de idea -cruzó los dedos detrás de la espalda mientras hacía aquella aseveración. Ha sido un día bonito, ¿verdad?

-Sí, ha sido un día encantador. Gracias a ti. -Al menos, sé. que pensarás en mí esta noche. -¿Qué te hace pensar eso,

Sonriendo ladinamente, él se acercó más y la miró intensamente a los ojos.

-Veo las fotografías en tu cabeza. -¿Qué?

Jeremy agitó una mano abierta delante de ella, luego la llevó detrás de su cabeza y la volvió a sacar con una Polaroid entre los dedos.

-Duerme con esto debajo de la almohada, y te garantizo bellos sueños. Buenas noches, amor.

Y la besó una vez más, muy levemente, antes de dejarla. Ella desvió la mirada de su espalda que se alejaba a la foto que había dejado en su mano. En ella, se los veía a los dos cogidos de la mano, paseando por una acera concurrida. Recordaba aquel paseo, naturalmente. Jeremy había insistido en que fueran a ver escaparates al Rodeo Drive en un momento de la alegre tarde. Recordaba también haberse fijado en una turista con una polaroid que se había quedado encantada de ver a su mago favorito cara a cara. Pero no recordaba que aquella turista les hubiera hecho una foto, ni el intercambio que debió haber tenido lugar después. Ni se

había dado cuenta tampoco de que, probablemente, se había pasado todo el día mirándolo tal como en la fotografía.

Haciendo una mueca ante la excesivamente reveladora expresión de su rostro en la foto, Gwen cerró la puerta y puso el cerrojo... como si los cerrojos pudieran detener al hombre a quien estaba tan desesperadamente tratando de mantener a distancia.

-Pásame una toalla, ¿quieres, Joey? -le pidió a su monito Jeremy mucho más tarde aquella noche, secándose la frente con el dorso de la mano.

-Gracias, colega -le dijo un momento más tarde cuando su velludo compañero de piso dejó caer una toalla blanca sobre su regazo.

Joey emitió un chillido de respuesta y volvió a sentarse para terminar la cena de frutos secos que había estado disfrutando mientras Jeremy hacía ejercicios en la máquina de remos que, junto con otros aparatos, le mantenía en forma para los agotadores requerimientos de su profesión.

Doce horas, pensó Jeremy mientras se pasaba la toalla por el rostro y el pecho. Había pasado doce horas con la misma mujer y no se había aburrido ni puesto nervioso. Ni en un solo momento había sentido la necesidad de retirarse dentro de sí mismo. Gwen no le hacía sentir esa necesidad, que

experimentaba con otras muchas personas. Incluso mujeres que encontraba lo suficientemente atractivas como para ir tras ellas.

Sólo había habido dos mujeres a las que había estado muy cerca de amar. Incluso con ellas, se había visto impelido a seguir su camino después de unos meses de dedicación exclusiva a ellas. No estaba orgulloso de aquello. A menudo había deseado que las cosas hubieran funcionado de otra forma. Pero así era como siempre había sido él. Inquieto.

Estaba dispuesto a reconocer que había algo diferente en Gwen, en los sentimientos que había experimentado hacia ella desde el primer momento que la había visto. No estaba preparado para pensar que aquellos sentimientos pudieran ser más duraderos de lo que lo habían sido los otros. Y ella sabía, percibía que él no era de los que se ofrecían para siempre.

No le reprochaba que sintiera recelos de comprometerse con un reconocido nómada de los sentimientos, sobre todo cuando ella había confesado ser dei tipo hogareño. Entonces, ¿por qué no era capaz él de respetar su decisión y tratar de no ser más que un buen amigo, como lo era de sus ayudantes? ¿Por qué no podía dejar de torturarse con fantasías sexuales sobre ella; con la sospecha de que

hacer el amor con ella sería diferente de cualquier otra cosa que hubiera conocido hasta el momento?

Gruñó al notar una reacción decididamente física. ¿Había deseado alguna vez a una mujer tanto

como a Gwendolyn DeClerk? Si era así... lo había olvidado.

No le haría daño, pero la tendría, decidió abruptamente, dejando la toalla a un lado y alzando la barbilla.

Lo único que tenía que hacer era convencerla de lo tonto que era que siguiera resistiéndose a la atracción entre ellos. No había nada que temer. Nada en absoluto.

Sonriendo de una forma que habría hecho salir corriendo a Gwen llevada por el pánico si la hubiera visto, Jeremy se dirigió a la ducha, con Joey pisándole alegremente los talones.

-...y luego Shane vino de su paseo esta mañana sujetando con la boca una cesta llena de flores frescas y una nota pegada al collar en la que decía que Jeremy estaría fuera de la ciudad por unos días, pero que me vería en cuanto regresara -dijo Gwen, concluyendo el relato de los acontecimientos del fin de semana.

-Dios mío, qué romántico es eso -murmuró Cathy con un suspiro de envidia-. Todo lo que hace es muy romántico. ¿Cómo puedes resistirte, Gwen?

-No dejo de preguntarme qué es lo que quiere de mí -musitó Gwen sin mirar a Cathy a los ojos; realmente no esperaba que Cathy lo entendiera.

-¿Qué te hace pensar que quiere algo de ti? -le preguntó Cathy, exasperada-. ¿Acaso no es posible que ese hombre esté realmente interesado por ti, Gwen?

Gwen se limitó a encogerse de hombros, pues no tenía ninguna intención de discutir aquello con Cathy, que nunca entendía sus recelos. Experimentó una sensación de alivio cuando el primero de los alumnos entró en la clase.

-Hora de trabajar.

Con expresión insatisfecha, Cathy asintió: -Sí, supongo. Pero me gustaría que pensaras en lo que te ha dicho, Gwen. Realmente creo que ese hombre te conviene.

¿Desde cuándo le convenía a alguien tener el corazón destrozado?, se preguntó Gwen. -Hasta luego, Cath.

Su teléfono sonó justo antes de que ella se acostara aquella noche. Supuso que era Cathy, por lo cual experimentó un sobresalto al oír la voz grave de Jeremy al otro lado de la linea.

-Creía que tenías actuación esta noche.

-Y la he tenido, ha terminado hace media hora.

-¿Cómo ha ido?

-¿La actuación? Bien. He estado a punto de tener problemas cuando una de las cinchas se me ha enganchado, pero he podido soltarme a tiempo. -Ni un momento de aburrimiento, ¿eh?

-Eso es -reconoció él alegremente-. ¿Cómo te ha ido todo en el colegio hoy? ¿Se ha comportado Arthur?

Ella sonrió.

-Sí... conmigo, al menos. Ahora ha decidido que está enamorado de Cathy.

Jeremy se rió entre dientes.

-Algo me dice que ese chico va a llegar lejos. -Creo que tienes razón hizo una pausa, y luego preguntó con curiosidad-: ¿Dónde estás? -En mi habitación del motel. Estaba a punto de acostarme, pero me apetecía oír tu voz.

¿Iba a acostarse? Nadie se acostaba a las once en Las Vegas. Ella hubiera pensado que estaría viviendo la noche en la ciudad del juego.

-Me sorprende.

-¿Que me apetezca oír tu voz?

-No... quiero decir, sí, pero -se detuvo, respiró hondo y empezó de nuevo-: Me sorprende que no tengas grandes planes para la noche. Creía que Las Vegas era una ciudad que nunca dormía.

-Tal vez Las Vegas no, pero yo sí. Siempre estoy cansado después de una actuación. Cansado y deseoso de huir de las masas. ¿Y tú?

-¿Yo qué?

-¿Vas a pasar una noche salvaje? ¿Tienes grandes planes? -dijo zumbonamente.

Ella bajó la mirada hacia su bata y sus zapatillas.

-Sí, por aquí es todo de lo más salvaje. Shane y yo vamos a estar dando saltos hasta el amanecer y luego nos iremos a alguna fiesta.

-Oye, puedo plantarme ahí en cuestión de un par de horas.

-Lo siento, hoy le toca a Shane -replicó ella jovialmente.

-¿Sabes lo que me gustaría?

-¿Qué? -inquirió ella recelosamente.

-Me gustaría que estuvieras aquí conmigo ahora -le dijo él seriamente-. Sería divertido estar en Las Vegas contigo.

-Creía que te gustaba estar solo después de las actuaciones.

-Normalmente sí -respondió él, y parecía más bien sorprendido consigo mismo-. Pero esta noche me gustaría que estuvieras aquí.

-Yo... ummm... -se quedó en silencio, mordiéndose el labio inferior con los dientes.

-Así que estás satisfecha con la pequeña rutina que te has creado, ¿eh, maestrita? Tan independiente y contenida... Dime, Gwen, ¿me echas de menos, aunque sea un poquito? -preguntó

melancólicamente.

-Sí.

-Vamos a tener que acabar por hacer algo al respecto. Lo sabes, ¿verdad? Tarde o temprano, vamos a tener que dejar de huir de ello.

-Yo estoy intentando que sea lo más tarde posible -replicó ella con voz trémula.

El suspiro de Jeremy le llegó audiblemente a través de la línea.

-De acuerdo, no te atormentaré esta noche. Me queden tres noches más de actuación y luego regresaré a casa. ¿Te veré entonces?

-Sí. Nos veremos entonces. -Buenas noches, amor. -Buenas noches, Jeremy.

Pasó mucho tiempo antes de que lograra dormirse aquella noche.

El viernes por la tarde fue el final de una larga semana de exámenes trimestrales en el colegio. Cansada, Gwen abrió la puerta delantera y entró en su casa. Tras responder a las demostraciones de júbilo de Shane, se dirigió al dormitorio para ponerse algo cómodo antes de prepararse una bebida fría. Se detuvo en seco en el umbral al ver el brillante paquete que había en medio de su cama. Jeremy estaba de vuelta.

Titubeante, se acercó al paquete, sin apartar la mirada. Iba a tener que decirle algo respecto a aquellos allanamientos de morada. Y respecto a su tendencia a hacerle regalos continuamente.

Incapaz de resistir más, levantó la tapa de la caja. Si era algo extravagante, Jeremy descubriría pronto que no podía seducirla con regalos caros. Sacudió la cabeza, riendo, cuando apartó el papel de seda y descubrió lo que era. ¿Cómo podía rechazar un osito de peluche?

Era blando y rechoncho, de color crema, con relucientes ojos de botón y una encantadora sonrisa bordada. Iba ataviado con un frac y un sombrero de copa y tenía una varita mágica en una pata.

-Pero qué condenado eres, Jeremy Kane -murmuró ella, acercándose el osito a la mejilla. -¿Eso quiere decir que te gusta?

Ella giró en redondo y se vio frente a él. -¡Va a darme un ataque al corazón si sigues haciendo eso!

Tenía un aspecto maravilloso. ¿Cómo podía haberse puesto aún más guapo en menos de una semana?, pensó al borde de la desesperación, apretando el osito contra su pecho.

No has respondido a mi pregunta -le recordó él-. ¿Te gusta?

-Sí, me gusta -reconoció-. Pero, Jeremy, tien...

Te he echado de menos, Gwen -la interrumpió él con tanta sinceridad que ella se quedó muda. -Por favor, Jeremy, yo...

-Estás cansada, ¿verdad? ¿Has tenido un día duro en el colegio?

-Una semana dura.

-Sé lo que necesitas. Vas a tomar un buen baño de burbujas, te vas a poner algo viejo y cómodo, o fino y sexy, como prefieras, y te voy a preparar la mejor comida que has probado desde el mediodía.

Ella no pudo evitar sonreír por su forma de expresarlo.

-He tomado un sandwich reseco al mediodía. Pero...

-Estupendo... entonces será la mejor comida desde el desayuno -le prometió él, casi saltando en su avidez de acción.

Cómo envidiaba ella aquella energía aparentemente inagotable suya. Lo contempló mientras se dirigía hacia la cocina. A medio camino, se volvió bruscamente.

-Realmente te he echado de menos, Gwen -murmuró al abrazarla y besarla ásperamente, apretando el osito entre sus cuerpos.

La soltó y se marchó antes de que ella pudiera decir nada. Totalmente agitada, Gwen se dejó caer en el borde de la cama antes de seguir el consejo de Jeremy y dirigirse al baño para darse una ducha. No se molestó en abrir el agua caliente.

Capítulo Siete

Fue la mejor comida que había probado en mucho tiempo.

-Eres muy buen cocinero -dijo ella cuando se hubo acabado el último bocado de los deliciosos linguini con salsa de almejas que le había preparado.

Jeremy se encogió de hombros en respuesta a su cumplido.

-Me gusta cocinar. ¿A ti no?

-La verdad es que no. Y me temo que se nota. No cocino tan bien como tú, ni mucho menos. ¿Cómo has aprendido?

-Durante mis viajes con Renaldo. No solíamos tener mucho dinero para comer fuera en aquellos primeros años y Renaldo era un pésimo cocinero. Tuve que aprender a arreglármelas con lo que teníamos. Y como siempre me ha gustado comer, quería que supiera bien.

-Me dejas impresionada -le dijo ella.

-Gracias. ¿No cocinabas para Daniel? -le preguntó él con engañosa indiferencia, contemplándola intensamente.

-Naturalmente -respondió ella, dejando la copa de vino en la mesa sin mirarle-. Me limitaba a cosas sencillas la mayor parte de las veces. Le gustaban mucho los filetes, las pastas cocidas y las ensaladas.

-¿Hubo algún otro hombre antes de Daniel? -Hubo uno -replicó ella, sabiendo que lo que le interesaba a Jeremy no eran sus habilidades culinarias, sino su vida amorosa pasada; no estaba dispuesta a entrar en detalles-. Estuve comprometida con alguien mi último año de universidad. Rompimos antes de que me graduara.

Jeremy pareció notar que no deseaba seguir hablando de aquel tema y decidió dejarlo. -Mañana es mi cumpleaños.

Ella sonrió, aliviada de que no hubiera insistido en saber más detalles.

-¿Ah, sí?

-Sí. Hago una fiesta en casa mañana por la noche. Vendrás, ¿verdad?

-Sí, claro que iré si lo deseas.

-Lo deseo -dijo él, con voz súbitamente más grave.

Ella se sonrojó y se levantó para despejar la mesa.

-¿Quieres una taza de café?

Una vez hubieron retirado los platos, Jeremy insistió en que Gwen necesitaba un masaje en los hombros. Aunque sabía que no era una buena idea, no pudo resistirse a su tozuda insistencia. Se sentó en el sofá, dándole la espalda, muy rígida al principio. Al

cabo de unos minutos, sin embargo, era como arcilla en sus diestras manos.

-Oh, qué gusto -gimió, inclinando la cabeza hacia delante para permitirle mejor acceso a la nuca.

-Me han dicho que soy bastante bueno en esto -replicó él con cierto engreimiento.

«Seguro que sí», pensó ella,. y volvió a ponerse rígida al pensar en todas las mujeres que habrían sido receptoras de aquellos deliciosos masajes.

-Relájate -le dijo él-. Estás realmente tensa. Debe de ser de estar todo el día agachada sobre los exámenes.

-Debe de ser -convino ella distraídamente. -Las chicas siempre andan detrás de mí para que les dé masajes en el cuello y en las pantorrillas después de las actuaciones -dijo él jovialmente, sin que sus manos se detuvieran-. Afirman que, ya que soy yo el responsable de las torturas a que se ven sometidas durante los espectáculos, me toca a mí ocuparme de aliviarlas.

-Oh -se humedeció los labios-. Parece que te llevas muy bien con tus ayudantes.

-Así es. Son estupendas. Y nunca me he acostado con ninguna de ellas -añadió con naturalidad.

-Y no sería de mi incumbencia aunque así hubiera sido -le dijo hoscamente.

-Sólo quería que quedara muy claro. Ella prefirió no contestar.

Jeremy se fue poco después. Ni siquiera intentó convencerla de que le dejara quedarse. Gwen se preguntó si habría decidido seguir una nueva táctica. Pero algo en la forma en que la besó al despedirse le dijo que no se había rendido.

-Que duermas bien, amor -murmuró sobre sus labios húmedos y aún temblorosos por el beso-. Te veré mañana a las seis.

-De acuerdo -susurró ella, abriendo lentamente los ojos, aunque tenía la visión decididamente borrosa-. Buenas noches, Jeremy. Gracias por hacer la cena... y por el masaje.

-Siempre que quieras, maestrita. Sueña conmigo esta noche -añadió antes de alejarse con paso elástico.

¿Cómo iba a evitarlo? Había estado invadiendo sus sueños todas las noches desde que lo había conocido.

En un caprichoso impulso no propio de ella, Gwen durmió con el osito de peluche aquella noche. Mientras se lo apretaba contra la mejilla y se iba sumiendo en el sueño se dijo que no lo hacía por tener un sustituto, sino simplemente porque era muy suave.

Y mientras el sueño la invadía, sabía que se estaba engañando.

A las seis en punto de la tarde del domingo, Gwen estaba en la puerta de Jeremy, tratando de reunir el coraje suficiente para llamar al timbre cuando lo que deseaba en realidad era volver corriendo a la seguridad de su propia casa. No había ningún coche delante... ¿Dónde estaban los invitados de Jeremy? ¿Sería una encerrona? ¿Sería la «fiesta» una vulgar excusa para conseguir que se metiera en su casa... sola? Mientras contemplaba el paquetito envuelto con gusto que llevaba entre las manos, se preguntó si sería realmente su cumpleaños.

Lanzó una última mirada a su atuendo. Había pasado mucho rato tratando de decidir qué ponerse. Finalmente había decidido comprarse un vestido nuevo para la ocasión. Estaba contenta con su adquisición... un vestido de tela estampada con motivos florales, con el corpiño ajustado y la falda de vuelo. El escote de la espalda era mayor de lo que estaba acostumbrada a llevar, y formaba una V que dejaba expuestos desde los hombros hasta la cintura.

No estaba tan convencida con el regalo que le había comprado a Jeremy. Nada más verlo, había sabido que tenía que comprarlo para él. Ahora se preguntaba si no sería una tontería.

Dándose cuenta de que llevaba cinco minutos en la puerta sin llamar al timbre, cuadró los hombros y apretó el botón. La voz de Jeremy la invitó a pasar inmediatamente.

Ella suspiró, exasperada. ¿No podía al menos salir a abrir la puerta? Alargó la mano hacia el pestillo y vio que estaba abierta. Jeremy, o, al menos, lo que parecía ser el cuerpo de Jeremy, ataviado con un traje oscuro impecable, estaba sentado en un gran sillón, con los dedos de la mano derecha tamborileando en el brazo del mismo. Un pañuelo negro cubría sus hombros, allí donde debería estar su cabeza... que sonreía desvergonzadamente desde debajo de su brazo izquierdo.

-Hola, Gwen, me alegro de que hayas venido. He perdido completamente la cabeza de pura excitación por saber que iba a pasar la noche contigo.

Gwen emitió un gruñido. El cuerpo tenía que ser falso. Jeremy debía haberse acurrucado dentro del inmenso sillón con la cabeza hacia fuera, y la mano derecha dentro de la manga del maniquí. El efecto era asombrosamente realista.

-Faltan siete meses para Halloween, Jeremy. -¿Qué hace falta para agitarte, amor?

Ella decidió no intentar siquiera contestar a aquella pregunta. En cambio, miró a su alrededor lentamente y con el ceño fruncido.

-¿No decías que ibas a celebrar una fiesta? ¿Dónde están los invitados?

-Estarán aquí dentro de una hora -respondió

él.

Ante la expresión escéptica de Gwen, alzó la mano derecha, con la palma hacia adelante, en un signo de sinceridad.

-Te, lo prometo. Sólo quería que tú vinieras más temprano para que pudiéramos estar unos minutos solos antes de que empiece el ajetreo.

Ella se relajó.

-De acuerdo. Te creo. Él sonrió otra vez. -Estupendo. Ahora dame un beso.

Ladeando la cabeza orgullosamente, ella bajó la nariz hacia él.

-No hasta que no te pongas otra vez la cabeza. -Estoy loco por ti, ¿lo sabías?

Sin darle tiempo a contestar, afortunadamente, porque aquel comentario desenfadado e inesperado la había dejado sin aliento, Jeremy añadió:

-Espérame en el estudio, ¿quieres? Esto podría ponerse desagradable.

Ella no pudo evitar reírse mientras accedía a su demanda y se dirigía a su estudio. Sólo Jeremy podría haberle recibido de aquella manera y hacerla sentir como si no hubiera nada particularmente extraño en ello, pensó, sacudiendo la cabeza. Nunca había conocido a nadie como él. Había irrumpido en su vida y la había puesto patas arriba... y, tenía que reconocerlo, ella estaba disfrutando enormemente.

Dos fuertes brazos la tomaron por detrás; una boca cálida le besó la nuca.

-Me encanta la espalda de este vestido. ¿Te lo has puesto para seducirme?

-No voy a seducirte esta noche, Jeremy -replicó ella firmemente, tratando de que no se notara que se estaba derritiendo entre sus brazos.

-¿No? ¿Ni siquiera el día de mi cumpleaños? -sonaba absurdamente decepcionado.

Posó un húmedo beso entre sus clavículas, haciendo que Gwen se estremeciera.

-No -respondió, y su propia voz le sonó rara. Él dejó caer los brazos a los costados. -¿Entonces puedo abrir mi regalo? Aterrizando bruscamente, ella miró el paquete que tenía entre las manos y que había olvidado totalmente.

-¿Es realmente tu cumpleaños? -le preguntó al cabo de un momento.

-Lo es realmente.

Se volvió para mirarlo, sintiendo una extraña timidez mientras le daba el paquete. Nerviosa por lo caprichoso del regalo, miró a su

alrededor. -¿Dónde está Joey?

Jeremy sostuvo el regalo cuidadosamente, estudiando su rostro con una media sonrisa, como si percibiera sus dudas respecto al regalo.

-Está en su habitación. No quería que se sintiera tentado de probar los tentempiés de la fiesta, y además, las muchedumbres le molestan.

Él volvió a mirar el regalo.

-Me gusta -le aseguró a Gwen. -Pero si aún no sabes lo que es. -Da igual. Me gusta.

Procedió a abrir el regalo muy lentamente, para mayor desesperación de Gwen.

Jeremy se rió entre dientes al ver lo que era. El ratón de trapo relleno con patas de alambre llevaba un recatado vestido de maestra de escuela decimonónica, y unas gafas que se apoyaban sobre la punta de su naricita. En una mano sostenía un puntero de plástico y en la otra un libro de texto abierto. Nada más verlo, Gwen había pensado en el osito de peluche que le había regalado él; no había podido resistir la tentación de regalarle una versión de trapo de sí misma. Ahora se preguntaba si no era completamente ridículo regalarle un juguete a un hombre de treinta y cinco años.

Al parecer, no era difícil complacer a aquel hombre de treinta y cinco años en particular. Acercándose el juguete a la mejilla, dijo:

-Pero qué condenada eres, Gwen DeClerk -en una imitación del momento en que ella había descubierto el osito.

-¿Eso quiere decir que te gusta? -interpretó ella su parte.

-Estoy loco por ella -replicó en voz baja. Ella tragó con fuerza al ver la expresión de sus ojos, pero no se resistió cuando él la atrajo hacia su cuerpo e hizo descender su boca.

Quizá se sentía a salvo sabiendo que sus invitados iban a llegar pronto, o quizá era que le resultaba imposible seguir conteniendo por más tiempo las necesidades que llevaban agitando su cuerpo desde el momento en que había visto a aquel hombre. Fuera cual fuese la razón, Gwen deslizó los brazos en tomo al cuello de Jeremy y respondió al beso con todo lo que llevaba dentro, sin traba ninguna, por primera vez. Percibiendo inmediatamente la diferencia, Jeremy gimió y la apretó más contra su cuerpo. Su lengua arrasó las profundidades de su boca, rebuscando desesperadamente entre todos sus recovecos más secretos. Su palma ardía pegada a su espalda desnuda, lanzando oleadas de fuego a lo largo de su espina dorsal. Los dedos de Gwen se perdieron entre su cabello sedoso y negro, atrayendo su rostro contra el suyo con ferviente anhelo.

El ratón relleno emitió un gemido entre sus cuerpos.

Sobresaltada, Gwen arrancó su boca, emitiendo un sonido de asombro. Jeremy se echó a reír, aunque la voz le temblaba.

-No sabía que tuviera voz.

-Yo tampoco --consiguió decir ella con bastante firmeza.

Trató de retroceder, pero él se lo impidió, cerrando los brazos en torno a ella, tras arrojar el juguete a un sillón.

-No te vayas.

-Jeremy, yo... esto no es sensato -dijo ella finalmente, haciendo un último esfuerzo poco convincente de zafarse.

Jeremy la abrazó con más fuerza.

-Entonces no seas sensata, Gwen. Sólo por esta vez, no seas sensata.

Aquella vez, cuando la besó, fue con una ternura que no había mostrado antes. El fuego seguía allí, todo el calor y la magia de Jeremy, pero había algo nuevo. Algo que casi la hizo creer que la quería tanto como ella estaba empezando a quererlo a él.

Se sentía incapaz de resistirse a él, incapaz de hacer otra cosa que no fuera aferrarse a él y devolverle aquellos besos que, aunque pudieran acabar destrozándole el corazón, la procuraban tanto placer. Porque algo dentro de ella había reconocido finalmente que nunca sería capaz de resistirse a él, que nunca tendría poder para rechazarlo, para negarle o negarse a sí misma, toda la pasión que había descubierto oculta en su interior. Y aunque sabía que acabaría sufriendo, sabía también que Jeremy podía ofrecerle más placer, más felicidad de la que nunca había conocido. Sólo esperaba que aquel placer compensara el inevitable dolor de después.

Fue el timbre de la puerta lo que los hizo regresar con dificultad. Los dos arrebatados con un ansia que no habían ni comenzado a satisfacer, se miraron él uno al otro con asombro ante lo que había pasado entre ellos en aquellos demasiado breves minutos.

-Alguien llega antes de tiempo -gruñó Jeremy, mirando el reloj-. ¿De quién fue la estúpida idea de celebrar una fiesta hoy?

-Tuya -le recordó ella, tratando de sonreír y fracasando miserablemente.

-Cómo se puede ser tan idiota -musitó, sacudiendo la cabeza-. ¿Por qué he tenido que elegir j celebrar una fiesta, cuando tú 'y yo podíamos haber pasado una noche maravillosamente apacible juntos?

¿Apacible? Estaba temblando como una hoja, las hormonas cabalgaban furiosamente por su cuerpo, tenía las manos apretadas detrás para no lanzarse sobre Jeremy y arrastrarlo hasta la más próxima superficie horizontal. ¡Nunca se había sentido menos «apacible» en toda su vida!

El timbre sonó otra vez. Jeremy respiró hondo, se pasó una

mano por el oscuro cabello y bajó la mirada triste hacia su cuerpo visiblemente excitado. Se abotonó la chaqueta y se metió una mano en el bolsillo del pantalón, mirándola con una media sonrisa.

-Venga. Vamos a recibir a mis invitados.

Ella trató de protestar por el hecho de ser empujada al simbólico papel de anfitriona, pero Jeremy la arrastró prácticamente hasta el vestíbulo mientras el timbre sonaba otra vez. Gwen no pudo evitar notar que el enorme sillón de orejas desde donde Jeremy la había recibido tan excéntricamente estaba vacío. No había ningún maniquí, ningún agujero y nada inusual en su aspecto. Y sólo había tardado un instante en reunirse con ella en el estudio. No quiso siquiera preguntarse cómo se las habría arreglado.

-Bueno, ya era hora de que abrieras la puerta le reprendió con humor Noelle, entrando en el vestíbulo acompañada por un hombre rubio y con expresión de perplejidad; Noelle los miró a los dos

con una sonrisa desvergonzada-: Supongo que no hace falta que pregunte por qué habéis tardado tanto.

Sonrojándose, Gwen se mordió el labio inferior, sabiendo muy bien que todo en ella expresaba de qué forma la acababan de besar.

-Jeremy, Gwen, éste es Dirk -continuó Noelle jovialmente, señalando a su atractivo acompañante-. Jeremy, llévate a Dirk al estudio y prepárale una copa. Gwen y yo vamos un momento al cuarto de baño a arreglarnos el maquillaje, ¿verdad, Gwen?

-Bueno, yo...

-Noelle...

Respondiendo al tono de advertencia de la voz de su jefe, la joven pelirroja le palmeó en la mejilla a Jeremy y le ofreció una sonrisa encantadora.

-Jeremy es un encanto, ¿verdad?

Apartando la mirada del espejo de marco dorado del elegante cuarto de baño de invitados de Jeremy, Gwen cerró el lápiz de labios y volvió a meterlo en el bolso.

-Es muy majo.

Noelle se echó a reír como si encontrara muy divertida la cautelosa respuesta de Gwen. Atusándose la cobriza melena con las manos, le lanzó a Gwen una pícara mirada de soslayo.

-No son muchas las mujeres que describirían a Jeremy con un término tan prosaico como «majo». Gwen se preguntó qué querría decirle Noelle.

-No hay nada prosaico en Jeremy -reconoció finalmente.

Como si aquella respuesta la complaciera, Noelle asintió aprobadoramente.

-Eres perfecta para él, ¿sabes? Él necesita a alguien, aparte de la gente con quien está trabajando todos los días, que le trate como a una persona normal. La adulación que recibe como celebridad le resulta un poco insoportable a veces. Realmente, no sabe cómo manejarse. Le encanta actuar, y por supuesto la fama, hasta cierto limite, pero tiene que relajarse a veces. Parece que lo consigue contigo. Eso está muy bien.

-Noelle, Jeremy y yo somos sólo vecinos, no amantes -señaló Gwen cuidadosamente, sabiendo lo cerca que estaba de hacer que aquella afirmación fuera incierta.

-Algo me dice que no es por voluntad de Jeremy.

Humedeciéndose los labios, Gwen se encogió de hombros.

-Supongo que no.

-Hubo un tiempo en que hubiera pensado que estabas loca por resistirte a la oportunidad de estar con Jeremy -dijo Noelle sinceramente, apoyándose en el lavabo de mármol-. Todas nosotras nos hemos creído enamoradas de Jeremy al principio... y no porque él hiciera nada por alentar nuestras esperanzas. Ahora que soy un poco mayor y he estado más tiempo a su alrededor, casi dos años-, puedo comprender de alguna forma por qué titubeas. Es un poco abrumador a veces, ¿verdad?

Agradeciendo que alguien finalmente comprendiera sus miedos, Gwen asintió:

-Sí, lo es. Nunca había conocido a nadie como

él.

-Y tienes miedo de comprometerte a fondo con él.

-Aterrada -replicó Gwen simplemente; luego sacudió la cabeza lentamente, sorprendida por lo que acababa de decir-. No puedo creer que esté hablando de esto contigo.

-Quiero que seamos amigas, Gwen. Creo que vas a estar cerca un tiempo, así que vamos a vernos bastante a menudo.

-No sé qué te hace pensar eso. Para empezar, Jeremy no está mucho por aquí. Se va para una gira de tres semanas el lunes y, nada más volver, se marcha otra vez a una gira de seis meses por toda Europa.

-Lo sé. Vamos todas en esa gira. Pero eso no quiere decir que tú y Jeremy tengáis que dejar de salir.

-¡Noelle, no estamos saliendo ahora! Y además -añadió Gwen, mirándola con el ceño fruncido-. ¿Por qué estás tan empeñada en hacer de celestina entre nosotros?

Noelle sonrió dulcemente.

-Me gustas -dijo simplemente-. Y me gusta la expresión de Jeremy cuando habla de ti. Creo que estaríais muy bien juntos. No te reprocho que te tomes tu tiempo para llegar a conocerlo, pero

espero que decidas probar suerte con él.

Gwen pensó que Cathy estaría encantada si supiera que tenía una aliada que la ayudaría a lanzarla a los brazos de Jeremy.

-Tú y Jeremy hacéis una pareja estupenda. -Gracias, Deborah.

A Gwen ya no le costaba sonreír: al fin y al cabo llevaba toda la noche oyendo cosas de aquella índole. Gracias a Dios que la fiesta de Jeremy parecía estar llegando a su fin.

-¿Qué tal está tu perro? Es una preciosidad. -Shane está bien. Tienes que venir a visitarnos algún día -la invitó Gwen.

Deborah le dio las gracias. Y a continuación se lanzó a una entusiasta perorata sobre las ganas que tenía de comprarse un perro, y luego pasó a explicarle cómo funcionaba el equipo de Jeremy y cómo se las arreglaban en las giras.

A Gwen le gustaba Deborah, pero le resultaba la más charlatana y agotadora de las'cuatro ayudantes, que se encontraban, todas ellas, entre los invitados que hormigueaban en torno a Jeremy. Había descubierto que la mejor forma de mantener una conversación con Deborah era asentir y sonreír mucho. Siguió haciéndolo mientras Deborah hablaba sin parar, pero su mente vagó hacia los acontecimientos de las últimas horas.

Con bastante sorpresa por su parte, había disfrutado bastante de la fiesta. Había encontrado a los amigos de Jeremy abiertos, divertidos y simpáticos. Al principio se había sentido un poco cortada entre ellos, pero Jeremy había permanecido a su lado la mayor parte de la velada, asegurándose de que se la incluyera en la conversación, tan conmovedoramente atento, que ella sintió que sus sentimientos hacia él se hacían aún más irresistibles.

Aunque le halagaba que los amigos y amigas de Jeremy la encontraran tan adecuada para él, no dejaba de preguntarse por qué pensaban que Jeremy y ella tenían algo en común.

-¿Te ha gastado la oreja Deb de tanto hablar? -dijo la voz de aquel hombre que era su tormento, mientras su mano ardiente se posaba sobre la piel desnuda de su espalda... donde había permanecido prácticamente toda la velada, para éxtasis y suplicio suyo.

-Me gusta Deborah.

-A todo el mundo le gusta, pero tiene unas mandíbulas hiperactivas. Algunas veces, cuando quiero concentrarme en el trabajo, me entran ganas de estrangularla -dijo con una sonrisa indulgente.

Ladeando la cabeza para mirarlo, Gwen no pudo evitar hacerle

la pregunta que le había rondado en la cabeza toda la tarde.

-¿Por qué tus mejores amistades son todas mujeres?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

-También tengo amigos -señaló a un hombre corpulento que le había presentado antes a Gwen-. Ben es uno de mis mejores amigos. Nos conocemos desde hace más de cinco años. Pero sí, me gustan las mujeres. Lo que no significa -añadió rápidamente-, que sea una especie de mujeriego insaciable. No lo soy.

-Ya lo sé -le aseguró ella con una sonrisa-. Estaba solamente haciendo una observación.

Él la atrajo más hacia su cuerpo.

-No pienses, por lo que acabo de decir , que tengo en mente una relación platónica para nosotros. Supongo que, a estas alturas, ya lo sabes -dijo significativamente.

Ella dio un sorbo a la copa de ponche que tenía en la mano para evitar contestar a aquella pregunta.

Jeremy se negó a dejar que Gwen se marchara de la fiesta antes de que se hubieran ido todos los demás invitados y le pidió que se quedara un rato después. Dado que ella había dejado de intentar ser sensata, aunque fuera tan sólo por aquella encantadora noche, aceptó.

Cuando la última pareja se marchó, Gwen se volvió hacia él con otra pregunta.

-¿A qué se referían algunos de tus amigos cuando decían que les extrañaba que te hubieras quedado con ellos durante toda la noche?

Jeremy pareció sentirse incómodo inmediatamente y se quedó quieto un momento mientras recogía los regalos de cumpleaños.

-Es una cosa que hago a veces. Los amigos tienden a exagerar; de todas formas.

-¿Qué cosa? -insistió ella, genuinamente interesada.

-Cuando empiezo a aburrirme, o cuando me canso, bueno, me meto dentro de mí mismo, por así decirlo, de alguna forma. He intentado no hacerlo, pero no puedo evitarlo. Empiezo a pensar en algún nuevo truco o en cómo mejorar los viejos y se me olvida lo que me rodea. Me resulta dificil concentrarme en lo que pasa a mi alrededor cuando me ocurre eso, y mis amigos han aprendido a aceptarlo. Normalmente, se limitan a ignorarme y siguen sin mí o desaparecen al rato.

Gwen no pudo por menos que sorprenderse ante su explicación.

Nunca te he visto hacer eso.

-Nunca he sentido la necesidad contigo -dijo en voz baja-. Tal vez no me haga falta buscar un lugar apacible en mi interior cuando estoy contigo porque eres una persona apacible con quien estar.

Gwen ya se había hartado de que le dijeran lo relajante que era.

Una parte beligerante de ella hasta entonces dormida decidió mostrarle a Jeremy que también podía tener algunas sorpresas guardadas en la manga. Quitándose las gafas con naturalidad, las cogió con una mano mientras avanzaba un paso hacia él y con un coraje nacido de la exasperación, se puso de puntillas para rodearle el cuello con su otro brazo.

-Por cierto -murmuró, notando con cierto regocijo el sobresalto de Jeremy ante su avance-. ¿Me he acordado de felicitarte el cumpleaños, Jeremy?

Atrajo su rostro hacia el de ella y su boca se cerró sobre la de Jeremy para ofrecerle un beso con toda la experiencia de sus casi treinta años.

Capítulo Ocho

Jeremy no perdió el tiempo haciéndose preguntas sobre el inusual descaro de Gwen. Con un gesto rápido le cogió las gafas de la otra mano y las depositó sobre una mesa próxima, sin romper el contacto con sus labios. Aprovechándose de su acción, ella alzó el brazo que le había dejado libre hacia su cuello, apretándole más contra su cuerpo.

Complacida con la respuesta a su suave agresividad, la llevó un paso más adelante y le hizo abrir los labios con la lengua, deseando saborearle más plenamente. Él se apretó de buena gana a la silenciosa petición, y su lengua recibió a la de Gwen con largos y cálidos embates que la hicieron anhelar más.

El instinto la hizo ondularse contra él mientras sus dedos se enredaban en su pelo negro y sedoso, y su lengua danzaba furiosamente con la suya. El sordo gruñido que surgió de lo más profundo del pecho de Jeremy la embriagó de placer. Luego deslizó los labios por su mandíbula hasta su cuello, convencida ya de que había conseguido toda su atención.

Él comenzó a sacudir las caderas rítmicamente contra las de ella, provocándola, haciéndola temblar. Deslizó una mano por su espalda desnuda abajo hasta posarla casi encima de sus glúteos, donde la apretó más firmemente contra el endurecido y palpitante eje de su excitación.

Sus pechos estaban aplastados contra su torso, hinchados, con, los pezones duros, anhelantes de sus caricias. Cuando la otra mano de Jeremy se deslizó entre ellos para cubrir uno de los suaves y pequeños montículos, ella dejó escapar un ahogado grito de placer.

Jeremy ya no estaba nada relajado en aquel momento, pensó Gwen vagamente, ladeando la cabeza mientras él se inclinaba para explorar su garganta con labios, dientes y lengua. Pero ella tampoco lo estaba. En su intento de sorprenderlo, había caído en su propia trampa. No conocía ningún antídoto que pudiera quebrar aquel hechizo sensual... y no tenía la menor gana de buscarlo.

Ya no podía luchar por más tiempo contra aquella magia. Decidió, en cambio, disfrutar plenamente de ella.

Sus manos se curvaron alrededor de sus musculosos brazos mientras él le bajaba lentamente el vestido.

-Gwen... amor... eres tan hermosa... -murmuró ásperamente, mientras sus labios trazaban un sendero sobre su hombro-. Te deseo con todas mis fuerzas.

-Sí. Oh, Jeremy, sí. Yo te deseo a ti también. Siguiendo sus

gestos, ella comenzó a desabrocharle la camisa, con dedos torpes en su precipitación.

Extrañamente, no sintió timidez alguna por encontrarse delante de Jeremy ataviada sólo con las diminutas bragas, con el vestido caído a sus pies como los pétalos de una gran flor. Estaba demasiado ansiosa por sentirle desnudo contra su cuerpo. Su camisa se abrió al fin bajo sus dedos, y quedó al descubierto aquel pecho perfecto que ya había visto en la playa. Jeremy no le dio tiempo para disfrutar de su masculina belleza; la atrajo lentamente hacia su cuerpo. Los dos gimieron suavemente cuando sus pechos palpitantes rozaron el vello de su torso.

Alzándola contra su cuerpo, con las puntas de los pies apenas tocando el suelo, él enterró el rostro en su pelo.

-Te deseo dijo ásperamente otra vez, con la respiración entrecortada-. Te necesito esta noche, Gwen. Por favor, no digas que no.

No lo haré -le prometió ella con poco más que un susurro, apretándose contra él-. Esta noche no.

Las palabras acababan apenas de salir de sus labios cuando se vio levantada en vilo. Sobresaltada, se aferró con fuerza a sus hombros, pero no protestó mientras él salía con pasos firmes del salón.

Gwen abrió los ojos cuando la depositó cuidadosamente en el centro de una enorme cama cubierta con una colcha oscura.

-He fantaseado sobre ti aquí... así... tantas veces... Me da miedo parpadear y descubrir que no es sino otra fantasía -dijo él a la vez que la despojaba de sus braguitas.

-No soy una fantasía, Jeremy -susurró ella, quedándose muy quieta aunque todo su cuerpo se retorcía interiormente de deseo.

Su sonrisa se hizo más amplia.

-Has sido mi fantasía desde la mañana en que te vi en tu terraza, frunciendo el ceño.

-Y tú has sido la mía -dijo ella, temblorosa de emoción y de deseo.

Él se llevó a los labios su mano y susurró. -Pues lo has disimulado muy bien.

-Tenía miedo -replicó ella-. Sigo teniendo miedo, aunque ya no quiero huir más.

Él se tumbó junto a ella, y con una mano, le acarició desde la garganta hasta el pecho, en un gesto que probablemente pretendía ser relajante, pero sólo consiguió excitarla aún más.

-¿De qué tienes miedo, Gwen? ¿De mí? -De decepcionarte -respondió ella con total sinceridad, retorciéndose bajo su mano errante. No añadió que había tenido un miedo terrible de

enamorarse de él, pero ya era demasiado tarde para evitar aquello.

-No tenías que tener miedo de decepcionarme -murmuró-. Todo en ti me encanta, maestrita. Todo.

La besó lenta, meticulosamente, antes de ir descendiendo por su cuerpo, buscando cada uno de sus puntos palpitantes, demostrando el placer que le causaban sus descubrimientos.

El palpitante anhelo que sentía ella entre las piernas se convirtió en algo parecido al dolor cuando él introdujo sus dedos entre el triángulo de rizado vello; la diestra exploración de sus dedos a través del húmedo y tenso pasaje de alguna forma alivió y aumentó su tormento al mismo tiempo. Ella se arqueó bajo su mano, boqueando de placer mientras la suplicaba más con palabras incoherentes.

Su falta de control hizo que Jeremy perdiera los últimos vestigios del suyo. Con los ojos nublados por el deseo, y los pechos latiendo con el ritmo de su atormentada respiración, Gwen oyó cómo él se despojaba rápidamente de su ropa y un momento después, se tumbaba encima de ella mientras su boca capturaba sus labios en un beso ardiente y salvaje. Cuando su mano descendió para alzarle las caderas, no les quedaba duda a ninguno de los dos de que estaba preparada para él. Gwen lanzó un grito ahogado cuando entró en ella con una embestida larga y profunda, deteniéndose sólo cuando no pudo avanzar más.

Poniendo freno a sus necesidades por consideración hacia ella, Jeremy se detuvo lo suficiente para que Gwen se adaptara a él. Ella gimió al sentirle pulsando en su interior, sintió el temblor de sus músculos mientras mantenía despiadadamente el control. Sus piernas se cerraron en tomo a sus caderas, y sus músculos se contrajeron para sostenerle con más fuerza dentro de ella. Cuando ya no pudo esperar más a que él prosiguiera, le urgió con enfebrecida impaciencia, perdidas todas sus inhibiciones en la locura que compartían.

Jeremy susurró su nombre y se arqueó dentro de ella, embistiendo con fuerza una y otra vez hasta que ella se ajustó a su ritmo y comenzó a moverse con él. A través de sus ojos semi-cerrados, vio su rostro, tenso y congestionado, casi salvaje en la intensidad del acto. Estaba plenamente inmerso en la sensación, completamente absorto en darle tanto placer a ella como lo estaba obteniendo él.

Y realmente le dio placer, arrastrándola cada vez más hasta que ella se estremeció con el comienzo de un clímax tan poderoso, tan explosivo, que se vio perdida en el subsiguiente vértice, abandonada de todo pensamiento coherente. Sus ojos se cerraron con fuerza, borrando todo lo que no fuera el rostro de Jeremy. El

estruendo que sentía en su cerebro borró todos los sonidos menos el eco de su nombre, que pareció surgir de lo más profundo de la garganta de Jeremy.

Gwen no hubiera podido decir cuánto tiempo habla pasado cuando quedaron después con sus cuerpos entrelazados, sintiendo cómo sus respiraciones se regularizaban lentamente y cómo sus mentes recuperaban de mala gana la capacidad de raciocinio. Jeremy seguía abrazándola como si temiera realmente que fuera a desaparecer si la soltaba; ella lo abrazaba de forma similar, incapaz de comprender lo que acababa de ocurrirle. Ni sus fantasías más atrevidas habían sido tan espectaculares.

Cuando Jeremy murmuró algo en su oído, ella abrió los ojos, tratando de entenderle. No pudo evitar soltar una risita cuando se dio cuenta de que estaba canturreando el «Feliz Cumpleaños».

-Estás chalado -le dijo, con una enorme sonrisa.

Él alzó la cabeza para mirarla con regocijada expresión de escándalo.

-¿Es esa forma de hablarle a un hombre que acaba de conducirte al paraíso?

-Un chalado engreído -añadió ella, alzando un dedo para acariciarle la linea de la mandíbula. Con una ceja enarcada y los ojos chispeando maliciosamente, él le ofreció una sonrisa más bien presumida.

-¿Realmente crees que estaba mostrando engreímiento?

-No, Jeremy -le aseguró ella indulgentemente-. Has sido bastante preciso. Realmente me has conducido al paraíso.

-Menos mal. No me habría gustado pensar que estuve allí yo sólo.

Gwen deslizó el dedo hasta su labio inferior. -Dices unas cosas muy bonitas, Jeremy Kane. -Es fácil decirte cosas bonitas, Gwen DeClerk. Eres una dama de lo más especial.

Ella murmuró una protesta cuando él cambió de postura para separar sus cuerpos.

-No te vayas.

-Enseguida vuelvo -le prometió él, depositando un beso fugaz en sus labios deliciosamente tiernos antes de levantarse de la cama para ir al cuarto de baño. Ella admiró su trasero mientras caminaba. Un trasero precioso, pensó llena de felicidad.

Y luego se estiró, disfrutando de la miríada de deliciosos dolorcillos resultado de su vigoroso y agotador acto de amor. Se sentía más sexy, más sensual, más satisfecha que nunca en su vida. Aún estaba asombrada de su propia desinhibición, de su respuesta salvaje... y lo que más atónita le dejaba era la constatación de que había sido ella quien había comenzado el acto.

Sólo por un rato había dejado de ser la sensata y cauta Gwen DeClerk. Se negaba a detenerse a pensar las consecuencias, a preocuparse de si su acción había sido prudente o sensata. Había aprovechado plenamente una oportunidad de conocer el pleno éxtasis, olvidando dudas, escrúpulos, responsabilidades... ¿Responsabilidades?

-¡ Oh, no! -boqueó, sentándose de golpe en la cama mientras se llevaba las manos al rostro en un gesto de consternación.

¿Cómo había podido ser tan estúpida? -¿Gwen? ¿Qué te ocurre? -le preguntó Jeremy, preocupado, apareciendo inmediatamente a su lado y tomando sus manos súbitamente frías entre las suyas.

-¡Oh, Jeremy! ¿Cómo he podido ser tan irresponsable? preguntó con un gruñido-. Nunca me había comportado tan temerariamente. Siempre he sido tan cuidadosa, tan...

-Gwen, ¿de qué estás hablando? No estarás empezando a lamentar lo que ha ocurrido entre nosotros. No ha sido un error, amor.

-Puede que haya sido un terrible error -musitó-. Jeremy, no he estado con nadie desde hace tres años. No he necesitado tomar precauciones. No puedo creer que me acuerde ahora de algo tan importante.

Lanzando un gran suspiro de alivio, Jeremy sacudió la cabeza.

-¿Eso es lo que te preocupa? ¿Te preocupa quedarte embarazada?

Indignada por el cruel menosprecio ante su pánico, ella lo miró furiosamente.

-¡Sí, eso me preocupa! ¿Y si...?

No te preocupes -la interrumpió él, cogiéndole otra vez las manos-. Ya me he ocupado yo, Gwen. Creía que te habías dado cuenta.

Ella se quedó paralizada, estudiándolo esperanzadamente.

-¿Te has ocupado tú? -repitió cuidadosamen

te.

-Naturalmente. Debes haber estado demasiado... err... distraída para no notarlo en el momento.

-Gracias a Dios. No sé lo que me ha pasado. -De alguna forma, me gusta saber que me deseabas tanto como para olvidarte de ser la maestrita responsable por una vez -reconoció Jeremy-. Eso le sienta estupendamente a mi ego. -Tu ego no necesita que le acaricien, desde luego -replicó ella.

-Tal vez no -respondió él más bien ásperamente, inclinándose hacia adelante hasta aplastarla contra la cama deshecha-, pero no me importaría que me acariciaras otras ciertas partes de mi cuerpo.

Ella no tenía objeciones a aquello. Sus manos ya estaban

recorriendo el suave contorno de su espalda desnuda.

-¿Seguro que te has ocupado tú de ello? -preguntó ella una última vez.

-Confía en mí, Gwen -dijo él con una sonrisa de medio lado.

Y luego, sus dedos se agitaron delante de ella y un cuadrito plateado se materializó entre ellos. -Siempre me ocupo de ti.

Gwen le rodeó con los brazos, encantada de que se ocupara de ella.

Mucho más tarde, Gwen se agitó de nuevo entre sus brazos, anonadada ante la prueba de que el sobrecogedor clímax de la primera vez que habían hecho el amor no había sido una casualidad. Ahora sabía, sin ninguna duda, que hacer el amor con Jeremy sería siempre increíble, por muchas veces que tuviera la suerte de poder hacerlo con él. Suspiró pesarosamente.

-Supongo que será mejor que me vaya a casa. Los brazos de Jeremy se tensaron en tomo a su cuerpo.

No te vayas. Quédate a pasar la noche conmigo.

-Me encantaría -reconoció ella sinceramente-, pero no puedo. Tengo que ocuparme de Shane.

El frunció el ceño, y luego se incorporó.

-Iré a buscarlo. Puede quedarse a pasar la noche también. ¿Dónde tienes las llaves, -Están en mi bolso -replicó ella-. Pero, ¿desde cuándo necesitas llaves para entrar en mi casa,

Él sonrió ante su tono zumbón.

-Es más rápido -reconoció-. ¿Te quedarás? -Me quedaré, si realmente lo quieres.

Su sonrisa fue deslumbrante.

-Maravilloso. Enseguida vuelvo. -No tardes -le urgió ella suavemente. -Correré -le prometió él, poniéndose los pantalones del chándal y unas zapatillas deportivas-. Mantén la cama caliente para mí.

Fiel a su palabra, estuvo fuera sólo unos minutos. Gwen lo recibió con los brazos abiertos, como si hubiera estado días ausente. Se la había ocurrido pensar durante aquel lapso de tiempo que echarlo de menos iba a ser pronto parte sustancial de su vida. Tenía la intención de atesorar cada instante que pasara con él antes de que se fuera.

Estaba dispuesta a no llorar. Las lágrimas serían una demostración demasiado reveladora de sus sentimientos por Jeremy, sentimientos que él nunca había dado a entender que correspondiera. Así, cuando le dio un beso de despedida en su

puerta el lunes por la mañana, diciéndole que la vería al cabo de tres semanas cuando regresara de Londres, ella alzó la barbilla y sonrió.

-Espero que tengas un buen viaje.

-Voy a echarte de menos -le dijo, rodeándola con los brazos.

¿Sí? Probablemente estaría todo el día rodeado de mujeres hermosas y sofisticadas durante aquel viaje de tres semanas... y desde luego, ella no esperaba que le fuera fiel simplemente porque hubieran pasado un glorioso fin de semana juntos.

No se habían separado apenas un instante desde la noche del sábado, y habían estado haciendo el amor una y otra vez el domingo, cada vez de una forma más espectacular que la anterior. Jeremy la había convencido de que se quedara una noche más en su cama. Pero en ningún momento había dado a entender que lo que compartían fuera más que una abrumadora atracción sexual ni que tuviera una relación duradera en mente. Ella no había esperado palabras de compromiso de él; al fin y al cabo, había sabido desde el principio que no estaban hechos el uno para el otro.

¡Pero, oh, cómo iba a echarlo de menos! -Será mejor que me vaya-murmuró ella, mirando el reloj-. No vayas a perder el avión.

Él la sujetó un momento más, con una mano en su mejilla mientras la miraba a los ojos con el ceño fruncido. Parecía insatisfecho con la despedida. ¿Qué deseaba de ella?, se preguntó Gwen, devolviéndole la mirada sin parpadear.

-Cuídate, Gwen -fue todo lo que dijo.

Ella asintió e hizo chasquear los dedos para que Shane acudiera junto a ella mientras regresaban a su casa. Consciente de que la estaba mirando sin moverse del sitio, miró hacia atrás una vez. Se le pasó por la cabeza que parecía muy solo allí, de pie ante su puerta, con las manos en los bolsillos y el pelo revuelto.

Y luego se reprendió por ser tan tonta, al recordar los muchos amigos y admiradores de Jeremy. ¿Cómo iba a sentirse solo un hombre como él? ¿Y qué podía ofrecerle una mujer como ella?

Vagamente deprimida, abrió la puerta de su demasiado silenciosa casa.

Jeremy esperó hasta que Gwen desapareció de su vista antes de cerrar la puerta y volver a entrar en su vacía casa. Tenía miles de cosas que hacer antes de irse de gira, pero no parecía poder concentrarse en nada que no fuera los recuerdos de aquel fin de semana. Gwen. ¡Qué delicia había sido! ¿Cómo podía haber sabido él antes que aquella maestrita podía llevarlo más alto que nadie antes que ella, podía arrastrarle a los límites de la locura cada vez

que hacía el amor con ella? Nunca se había perdido tan absolutamente en el acto de hacer el amor. Siempre se había reservado de alguna forma, dejando que aquella parte desgajada de su mente contemplara sus diestros juegos con distanciada ironía.

Pero con Gwen no. Gwen había invadido cada rincón oculto de su mente, llenando sus pensamientos, sus sensaciones, sus emociones hasta que no había quedado nada en su mente más que el eco de su nombre reverberando entre explosiones de placer.

Normalmente, se sentía ansioso de comenzar una gira, sobre todo en Londres, uno de sus lugares favoritos, pero aquella vez no le apetecía marcharse. Gwen tenía la semana libre; podrían pasar todos los días juntos, hablando, jugando, paseando por la playa, haciendo el amor... si él no tuviera que marcharse.

Podría haberle pedido que fuera con él unos días aprovechando sus vacaciones. ¿Por qué no lo había hecho? Probablemente ella habría dicho que no. Era tan independiente, tan serenamente reservada, estaba tan satisfecha con la vida tranquila y privada que se había construido desde la muerte de su marido.... Se preguntó si desearía alguna vez hacer un sitio permanente para alguien más en su apacible soledad. Tal vez había sentido tanto recelo a comprometerse con él porque temía que intentara entrometerse en su vida a pesar de sus objeciones. Tenía que reconocer que ya había empezado a hacerlo. Había invadido su santuario más de una vez metiéndose a hurtadillas en su casa con impulsivos regalos. Probablemente no lo habría hecho con ninguna otra persona, pero con Gwen... por alguna razón, odiaba la idea de que se interpusieran entre ellos cerrojos y puertas cerradas.

Sabiendo que tenía que ocupar las manos en algo, se dispuso a preparar a Joey para el viaje. Pero sus pensamientos seguían con Gwen. Se dijo a sí mismo que más valía que pasara parte de su tiempo en las tres siguientes semanas tratando de decidir exactamente qué tipo de relación deseaba mantener con su fascinante vecina... y qué podía desear ella de él a cambio, si es que era algo.

Mientras deambulaba por el abarrotado centro comercial, con Cathy a su lado, Gwen se daba cuenta de que había estado más bien distraída desde que habían llegado unos minutos antes. Iba a resultarle difícil concentrarse en sus compras de ropa de primavera con Cathy cuando sus pensamientos estaban tan llenos de Jeremy. Se detuvo cuando un vestido carmesí llamó su atención en un escaparate. Ladeando la cabeza, lo estudió detenidamente. ¿Cómo estaría con algo tan atrevido?, se sorprendió preguntándose.

-Estarías ridícula -concluyó en voz alta. Siguiendo la dirección de la mirada de su amiga, Cathy sacudió su oscura cabeza con vehemencia. -Estarías maravillosa con aquél. ¿Por qué no te lo pruebas?

No es mi estilo, realmente.

Cathy puso los ojos en blanco expresivamente. -Ya hemos hablado antes de tu estilo, ¿recuerdas? Yo soy la que no deja de decirte que ya es hora de que hagas un cambio radical de estilo. Sólo porque a Daniel le gustara que vistieses ropa sencilla, hecha a medida, de colores sobrios, no quiere decir que tengas que seguir haciéndolo toda tu vida. Experimenta un poco, Gwen.

Gwen lanzó otra mirada al vestido.

-Supongo que no pasa nada por probármelo. -Esa es la idea-dijo Cathy vehementemente. Después, arrastró a Gwen por el brazo hacia la tienda.

-¡Gwen, estás preciosa! -exclamó, entusiasmada, unos minutos después mientras estaba junto a ella ante el espejo-. Date la vuelta y deja que te vea.

-¿Piensas realmente que estoy bien? -inquirió Gwen, titubeante, torciéndose para ver la parte de atrás del vestido, donde unos enormes botones negros sujetaban la prenda desde la nuca hasta la cintura.

-Fenomenal. Si no lo quieres tú, me lo quedo yo. Me encanta.

El vestido era más del estilo de Cathy, pensó Gwen, mirándose otra vez más.

-Me encantaría tener tu pelo negro dijo, suspirando y arrugando la nariz mientras miraba a Cathy.

-Pues tíñetelo -se apresuró a replicar Cathy. -No voy a teñírmelo de negro -protestó Gwen con una risa-. No pegaría nada con el tono de mi cutis.

-De negro no -convino Cathy, ladeando la cabeza mientras estudiaba a su amiga, pero tal vez, unas mechas claras que realzaran los tonos rojizos de tu pelo castaño, dándole más brillo. Y un corte distinto que realce tus rasgos.

Gwen se volvió de nuevo hacia el espejo, ajustándose otra vez las gafas.

-¿En serio?

-Gwen, llevo intentando sugerirte estas cosas desde hace un año. ¿Cómo es que, de pronto... oh -se detuvo en seco, mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro y sus cejas se enarcaban-. ¿No tendrá esta súbita urgencia tuya por los cambios algo que ver con tu alto, moreno y mágico vecino por casualidad?

Gwen se cubrió las mejillas con las manos, mientras el espejo le devolvía un color inconfundible... casi el mismo color del vestido

que llevaba puesto. No le había contado todo a Cathy sobre el fin de semana que había pasado con Jeremy; se dio cuenta, con fatalismo, de que su expresión en aquel momento debía haberle dicho todo lo que le faltaba por saber.

-¿O sea que sí que sucedió algo después de la fiesta de cumpleaños de Jeremy, verdad? -Cathy -gimió Gwen, sabiendo que estaba perdiendo el tiempo.

-¿Te quedaste a pasar la noche? --sí.

Adiós discreción. Tenía que haber sabido que iba a resultarle imposible mantener ningún secreto con Cathy.

-¡Muy bien! ¿Fue maravilloso? ¿Te enseñó algún truco interesante en la cama? Cuéntamelo con todo detalle.

-No, ni hablar -respondió Gwen firmemente, luchando por recuperar la compostura-. Sinceramente, Cathy, ¿te pregunto yo por todos los detalles cuando sales con alguien?

-No, pero normalmente te los cuento de todas formas -replicó jovialmente su desinhibida amiga-. Guau. Jeremy Kane y tú. ¿Quién lo hubiera pensado?

-Yo no -la voz de Gwen se hizo súbitamente más bien seria-. Ha sido probablemente algo de una sola vez. No ha dicho nada que pueda hacerme pensar lo contrario.

-Así que tienes que convencerlo de que quiera más -Cathy sacudió la cabeza y señaló el vestuario-. Cámbiate. Después de que hayas pagado este vestido, tenemos muchas más compras que hacer. Ya es hora de que renueves un poco tu guardarropa... Por cierto, Gwen, ¿has pensado alguna vez en ponerte lentes de contacto? Sintiéndose como si la hubiera atrapado un tornado, Gwen se sorprendió cooperando. Tal vez era realmente hora de llevar a cabo algunos cambios en su vida, se dijo cautamente. Al fin y al cabo, algunas cosas ya habían cambiado definitivamente.

Capítulo Nueve

Jeremy estaba de pie en la sombreada acera ante la casa de Gwen, mirando enojado las iluminadas ventanas a través de las cuales podía ver las siluetas de varios cuerpos. Del interior surgía un rumor de música y risas, lo cual acrecentó su ceño. Había querido sorprenderla, llegando a casa un día antes de lo previsto. Al borde del agotamiento, había fantaseado acerca de pasar una tarde tranquila con Gwen, seguida de otro de aquellos increíbles actos de amor que habían obsesionado sus sueños durante aquellas tres largas y célibes semanas.

Había esperado encontrarla en casa aquella noche de viernes; no se le había ocurrido pensar que celebrara una fiesta. Al parecer, había dado por supuesto que Gwen pasaría sus noches sola en su ausencia, satisfecha con su trabajo en el colegio y con Shane. Al parecer, había estado equivocado.

La puerta delantera no estaba cerrada; no se molestó en llamar antes de entrar. Un grupo de unas veinte personas estaba reunida alrededor de un buffet lleno de canapés. Una pancarta colgada del techo rezaba «Feliz 30 cumpleaños, Cathy». Así que aquél era el motivo de la fiesta, decidió él, empezando a relajarse. Gwen estaba celebrando una fiesta para su mejor amiga. Muy bien. Aquello podía aceptarlo mejor.

Sus ojos barrieron la habitación, buscando a Gwen. Localizó a Cathy, resplandeciente con un traje ajustado color azul pavo real mientras flirteaba descaradamente con un hombre alto y rubio. Mientras su mirada buscaba a Gwen entre las demás mujeres de la habitación, sus ojos pasaron de largo por encima de ella, pero se detuvieron inmediatamente y volvieron lentamente hacia atrás. Comenzó a ponerse tenso otra vez, y su ceño se hizo más profundo.

Estaba preciosa, pero diferente de como la había dejado. Su vestido rojo brillante se ajustaba tensamente a su delgada figura, realzando cada una de aquellas curvas que habían moldeado sus manos. Se había cortado varios centímetros el pelo, que ahora enmarcaba encantadoramente su rostro. Y le había hecho algo al color también, pues relucía, lanzando invitantes destellos color canela.

No llevaba las gafas, observó con creciente enojo. Tal vez aquello explicaba por qué parecía considerar necesario acercarse tanto al hombre con quien estaba hablando en un rincón de la habitación. La forma en que estaba sonriendo y parloteando hizo que Jeremy se viera obligado a reprimir un serio impulso de

atravesar la sala y partirle la boca a aquel tipo. Lástima que realmente no pudiera hacer desaparecer a la gente.

Cuadrando la mandíbula, atravesó la habitación, sin hacer caso del saludo que Cathy le dirigió al verlo. Su atención estaba plenamente centrada en Gwen.

Gwen se sentía bastante halagada por toda la atención masculina pue había estado recibiendo, últimamente, aunque ni una sola vez se le había pasado por la cabeza aceptar las sutiles y no tan sutiles insinuaciones. Bob Nielsen, el profesor de Ciencias del colegio, con quien estaba hablando en aquel momento, era bastante agradable, pero algunos de los hombres que conocía habían tomado las mejoras que había llevado a cabo en su aspecto como una especie de señal de que la joven viuda estaba disponible. Ella había corregido el malentendido claramente, exasperada de que unas lentillas y un corte de pelo pudieran alentar las aproximaciones.

Se detuvo en mitad de una frase cuando la voz de Cathy pronunciando el nombre de Jeremy le llegó desde el otro lado de la habitación. Girándose inmediatamente, Gwen se encontró cara a cara con Jeremy... un Jeremy con expresión de profundo enojo. Sus ojos tormentosos se clavaron en los suyos y se detuvo a pocos centímetros de ella. Miró a Bob con los ojos entrecerrados.

—¿Nos disculpa un momento, por favor? Viendo la expresión de Jeremy, Bob no se entretuvo ni un momento.

-Jeremy, no te esperaba esta noche -dijo Gwen, ofreciéndole una sonrisa tentativa.

A pesar de su ceño, le parecía que estaba maravilloso. Le costó un gran esfuerzo no arrojarse a sus brazos. Habían sido tres semanas muy largas desde que se había marchado.

-Ya lo veo. ¿Hay algún lugar privado donde podamos hablar un minuto,

¿Por qué estaba tan agresivo? Mordiéndose el labio inferior, preocupada, señaló las puertas de cristal con la cabeza.

-Podemos salir a la terraza.

-Muy bien -le indicó con un gesto que emprendiera la marcha.

-¿Qué tal la gira? -le preguntó Gwen en cuanto estuvieron fuera.

-La gira ha estado bien. ¿Qué te has hecho? le preguntó bruscamente.

Ella parpadeó ante su tono.

-Me... me he cortado el pelo -replicó, y se tocó nerviosamente un sedoso rizo-. Y me he puesto lentillas.

Te has teñido el pelo -la acusó, mirándola furiosamente.

-No me lo he teñido, realmente; sólo me lo he aclarado para ponerme reflejos. ¿Por qué estás enfadado, Jeremy?

-¡No estoy enfadado! -le espetó él-. Pero no me ha encantado

especialmente llegar a casa temprano esperando que me hubieras echado de menos aunque fuera un poco durante las tres semanas pasadas y encontrar que has estado de fiesta en fiesta desde que me fui.

-¿De fiesta en fiesta?

Ignorando su incrédula exclamación, él giró sobre sí mismo y se alejó hasta el extremo más oscuro de la terraza, donde se apoyó en la barandilla con los puños cerrados.

-¿Qué había de malo en tu aspecto de antes?

-Me apetecía un cambio. Jeremy, ¿qué te pasa? No entiendo por qué estás tan enfadado. -¡No estoy enfadado! Es sólo que había planeado sorprenderte esta noche, había pensado que estarías esperando para recibirme, que habríamos podido pasar una velada especial juntos para celebrar mi llegada. Y, en cambio, te encuentro en plena fiesta con el pelo teñido y un vestido rojo que deja ver hasta el más leve hoyuelo de tu cuerpo y prácticamente en los brazos de otro hombre. Dices que te apetecía un cambio... ¿eso quiere decir que tienes pensado pasar cada fin de semana con un hombre diferente?

Indignada por su ataque injustificado, Gwen se irguió en toda su pequeña altura y le hizo frente sin parpadear, con los puños clavados en las caderas.

-¡Habrase visto! ¿Pero cómo te atreves a criticarme? ¿Qué esperabas que estuviera haciendo durante estas tres semanas, quedarme sentada mientras esperaba tu regreso?

-Bueno... sí, supongo que sí -reconoció él más tranquilamente-. Tu vida parecía tan apacible y...

-Apacible -prácticamente escupió ella, sintiendo que su genio se acrecentaba por segundos-. ¡Estoy harta de esa palabra! ¡No soy ningún calmante para los nervios, Jeremy Kane! No pienso conformarme con quedarme sentada en los aledaños de tu vida para servirte como una especie de refugio para cuando la fama te resulte demasiado inaguantable. Me he pasado la vida entera siendo una especie de lugar de reposo para los hombres incluido mi marido y, maldita sea, estoy hasta las narices ya. ¡Tal vez me apetece un poco de excitación para variar!

El cansancio del viaje y una considerable dosis de celos lo arrastraron más allá de la prudencia. Moviéndose con rapidez la atrapó entre sus brazos, sosteniéndola tan alto que ella tuvo que aferrarse a sus hombros para mantenerse en equilibrio sobre las puntas de sus pies.

-¿Quieres excitación? Muy bien.

La besó antes de que pudiera protestar, e incluso en su inexplicable ira, tuvo sumo cuidado de no hacerle daño. Pero el

beso fue duro y profundo; su lengua exigió entrada y luego se volcó ávidamente sobre aquella suavidad que tanto había anhelado durante tres semanas.

A pesar de su ira contra él, Gwen se resistió sólo por un momento antes de que la fiebre de su beso encendiera un fuego de respuesta en ella.

Yo puedo darte excitación, Gwen musitó él, alzando la cabeza para mirarla con ojos sombríamente relucientes-. No necesitas andar buscando otros hombres.

Ella boqueó ante sus palabras... ¡ni que la hubiera pillado haciendo la calle, en lugar de hablando tranquilamente con un compañero de trabajo!

-Mira, Jeremy Kane, no sé cómo ha empezado todo esto, pero está llegando a unos extremos ridículos. Tú y yo no hemos llegado a ningún compromiso. Yo no te he preguntado siquiera si has estado con otra mujer durante las tres semanas pasadas, ni tengo ningún derecho a hacerlo. Y si me apetece volver a entrar ahí y arrojarme en los brazos de Bob Nielsen o de cualquier otro hombre, ya que estamos, desde luego que voy a hacerlo. Y ahora, tengo que volver con mis invitados. Si quieres empezar a actuar como un adulto racional, bienvenido a la fiesta. Si no... ¡puedes irte a tirarte al mar!

-¡Muy bien!

Ella contempló, echando humo, cómo él se daba la vuelta y bajaba por las escaleras laterales de la terraza, dirigiéndose luego con largas y furiosas zancadas hacia su casa. Negándose a que la sorprendieran viéndolo partir, se dio la vuelta y volvió a entrar en su casa.

-¿No podía quedarse Jeremy? -le preguntó Cathy, decepcionada.

Gwen sacudió la cabeza.

-Supongo que está cansado del viaje. Creo que es hora de cortar la tarta. Voy a buscar un cuchillo. Cathy la miró con extrañeza, como si leyera algo en su expresión o su voz, pero no insistió. Gwen fue a buscar el cuchillo, y luego pasó el resto de la velada ofreciendo una verosímil actuación como anfitriona encantada de la fiesta.

Mucho más tarde, sola en la oscuridad de su silencioso dormitorio, se entregó a las lágrimas de confusión y dolor que había estado conteniendo desde que Jeremy se había marchado.

A última hora de la tarde siguiente, después de haber pasado todo el día reviviendo una y otra vez la escena con Jeremy en su cabeza, Gwen estaba tratando de aliviar su depresión paseando por la playa cuando Shane la sobresaltó poniéndose a ladrar y

alejándose de ella. Llena de recelo, miró a su alrededor para investigar. y luego gruñó y hundió las manos en los bolsillos de sus shorts, diciéndose a sí misma que no debía dejarse conmover por la imagen que tenía delante.

Blandiendo un cartel escrito a mano con grandes letras rojas que proclamaban: «Jeremy es un imbécil», Joey se acercó a ella caminando sobre sus piernecillas y con su larga y pelada cola enhiesta. Al ver de cerca a su amigo, Shane se estremeció, ansioso de reunirse con el monito.

Gwen suspiró profundamente. Por supuesto que Jeremy tenía que intentar hacer las paces de una forma descabellada, destinada a predisponerla a aceptar sus disculpas. Realmente no debería ponérselo fácil, se dijo. Tenía que hacer que se arrastrase un poco. Su ataque de la noche anterior había sido inesperado y totalmente injustificado.

Y entonces Joey le ofreció una de sus feas sonrisas de simio, agitando el cartel delante de ella. No pudo evitar reírse ante aquella expresión tan humana en el pequeño rostro.

-¿Es un buen momento para decirte lo mucho que lo siento?

La sonrisa de Gwen se desvaneció al oír la voz detrás de ella y retorció nerviosamente las manos. No le había oído acercarse, pero no le sorprendió su aparición.

-Este es un momento como cualquier otro, supongo -dijo, sin volverse hacia él.

El le puso las manos muy suavemente sobre los hombros, y su voz llegó muy cerca de su oído aquella vez.

-Lo siento, Gwen. Soy realmente un imbécil.

-¿Por qué estabas tan enfadado, Jeremy? -le

preguntó ella suavemente, mirando sin ver a la terraza donde se habían dicho tantas cosas hirientes.

Se produjo un momento de silencio mientras ella esperaba ansiosamente la respuesta a su angustiada pregunta.

Las manos de Jeremy descendieron hasta su cintura y la atrajeron hacia su cuerpo. Ella no se resistió y posó suavemente las manos sobre las suyas.

-Debo haberme hecho esa misma pregunta mil veces desde ayer noche -dijo suavemente, y su voz sonaba cansada y pesarosa-. Finalmente llegué a la conclusión de que estaba exhausto después de muchas horas de vuelo, pero eso no era todo. -¿Entonces qué?

-No estoy acostumbrado a sentir esto por nadie, Gwen. Nunca había echado de menos a nadie como si tuviera un agujero dentro. Durante todo el tiempo que estuve fuera, no dejaba de recordarme que tú estarías aquí cuando yo volviera, que me recibirías con los brazos abiertos. Que tal vez me estarías echando de menos tanto

como yo a ti. Tenías razón anoche. Me sentía con derechos sobre ti. Cuando entré ahí y me di cuenta de que estabas tan tranquila sin mí, bueno, perdí los nervios.

-Oh, Jeremy, por supuesto que te he echado de menos. Te he echado mucho de menos. Me sentí feliz cuando te vi entrar... y luego empezaste a chillarme por haber cambiado de aspecto y por dar una fiesta que llevaba preparando desde hacía t semanas.

-Ya lo sé. Te vi con aquel hombre y me puse tan celoso que me volví loco. ¿Podrás perdonarme alguna vez?

-Naturalmente. Pero no creo que pueda soportar eso otra vez cuando vuelas del próximo de tus viajes.

-No volverá a suceder-le prometió él, bajando la cabeza-. Te lo juro.

El beso no tuvo ningún parecido con el airado y fiero que le había propinado la noche anterior en la terraza. Aquella vez la besó suave, tiernamente. Pero no era aquél el tipo de beso que ella necesitaba de Jeremy. Ella ansiaba la pasión, el fuego, el ardor que la hacían sentirse siempre tan abrumadoramente viva. Hundiendo las manos en su pelo, apretó su boca más firmemente contra la de Jeremy e introdujo con fuerza la lengua entre sus labios. Musitando su aprobación, ella apretó los brazos en torno a su cuerpo y le dio exactamente lo que deseaba.

Aquel beso enfebrecido condujo a otro y luego a otro más, hasta que la respiración de Jeremy se hizo pesada y jadeante, y la excitación hizo que su cuerpo se endureciera :casi dolorosamente. Arrastrada por la pesada y húmeda palpitación que sentía entre las piernas, Gwen se apretó más contra él, mientras sus manos insaciables recorrían con avidez su cuerpo.

-¡Gwen! ¡Oh, Gwen! Te deseo con todas mis fuerzas... .

Inflamada por su confesión de que la había echado de menos, de que había sentido celos de ella, Gwen ardía con un deseo más abrasador, más voraz de lo que nunca había conocido. También deseaba a Jeremy con todas sus fuerzas. Lo deseaba ahora.

Sin interrumpir la danza enloquecida de sus lenguas, comenzó a quitarse la camisa con dedos temblorosos. Se la había sacado de la cintura de los descoloridos vaqueros antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Siguiendo su ejemplo, Jeremy deslizó las manos por debajo del suéter de algodón rojo de Gwen. Exploró las suaves curvas que había debajo con la misma meticulosidad con que su lengua exploraba los recovecos de su boca.

El cierre delantero de su sujetador se abrió dejando sus pechos libres y accesibles a las diestras caricias de sus dedos. Le acarició suavemente los pezones endurecidos, arrancando de ella un grito ahogado de placer.

Y luego ella gimió su aprobación cuando su mano descendió hasta la parte delantera de los vaqueros de Jeremy para deslizarse a lo largo de su ingle, sintiendo la dura y palpitante excitación que tensaba el tejido de los vaqueros. Sus dedos se tensaron en un acto reflejo, apretándole suavemente, y él alzó la boca emitiendo un sonido inarticulado.

-Gwen, vamos a... oh, corazón, ¿qué estás haciendo?

El botón y la bragueta no ofrecieron resistencia a la mano ávida de Gwen. Apretando la boca contra su pecho, introdujo la mano por la apertura de los pantalones y por debajo del elástico de los y dolorosamente ajustados calzoncillos. Fue como seda ardiente en su mano, lisa, dura, palpitante. Lo acarició hasta que él se estremeció.

Jeremy lanzó una mirada rápida a las escaleras que conducían desde la playa hasta su casa, y luego le cogió la muñeca a Gwen, apartándola de él. -Allí -dijo, con voz urgente.

Arrastrándola de la mano, la condujo hasta una hondonada en el acantilado donde reposaba un gran peñasco, pulimentado por el tiempo y las mareas. Sentándose en el peñasco, la atrajo hacia sus piernas abiertas. En aquella posición, sus pechos estaban al nivel de su boca. Se aprovechó plenamente de aquella ventaja, deslizando ambas manos bajo el suéter para subírselo antes de cerrar la boca sobre uno de sus turgentes pezones. Ella emitió un gemido y se arqueó más contra su húmeda y cálida boca.

Perdida como estaba en aquella deliciosa oleada de sensaciones, no se dio cuenta de en qué momento le desabrochaba los shorts. Pero de pronto, los notó, junto con sus bragas, a la altura de los tobillos, mientras Jeremy le urgía con la mano a que acabara de quitárselos. Ella lo hizo arrojando las prendas descuidadamente a un lado con el pie. Él acabó de quitarle el suéter y el sujetador y Gwen se encontró completa y gloriosamente desnuda ante él. Era la primera vez en su vida que estaba desnuda en una playa a la luz de la luna, con el mar rugiendo a sus espaldas y la brisa acariciándola... igual que el hombre de fantasía que estaba delante de ella.

Se rió en voz alta ante lo maravilloso del momento, sin creer apenas que aquello pudiera estar sucediéndole a ella. Jeremy alzó la mirada hacia ella y sonrió también, y Gwen se sintió inundada de amor por él.

-Ámame, Jeremy -murmuró-, asombrada de que aquella voz de sirena pudiera surgir de su garganta.

-Ven aquí -replicó él tiernamente, haciéndola descender con suavidad hacia sus caderas.

Él acabó de abrirse los vaqueros para que nada se interpusiera entre ellos y se introdujo profundamente en ella. Gwen gritó

suavemente y se asió con las manos a sus hombros, arqueando la espalda. Jeremy permaneció inmóvil, temblando, mientras ella le frotaba el torso suavemente con los pechos una, dos, tres veces hasta que Jeremy gruñó algo indescifrable y enterró el rostro en su garganta.

Con las manos en sus caderas estableció el ritmo, la cadencia que ella siguió ávidamente. Con los dedos engarfiados sobre sus hombros, Gwen se alzó y se dejó caer, se arqueó y se retorció hasta que-ambos estuvieron cubiertos de sudor, jadeantes. La brisa arrastró sus simultáneos gritos de placer en el momento del alivio total. Gwen pudo casi imaginar que oía el eco de sus nombres arrastrado por el océano hasta más allá del infinito.

Jeremy la tuvo abrazada durante mucho tiempo, con el rostro aún oculto en su hombro, mientras se recuperaban lentamente.

Gwen se recuperó lo suficiente como para darse cuenta de que estaba sentada desnuda sobre su regazo en la playa, con toda su ropa esparcida descuidadamente a su alrededor.

La antigua Gwen, la que nunca había conocido a un hombre mágico llamado Jeremy Kane, se habría quedado horrorizada. Pero la nueva Gwen no hacía sino sentir renovado gozo al rememorar las emociones que acaban de sacudir su cuerpo. Alzando finalmente la cabeza, Jeremy la miró, y su expresión fue casi de aturdimiento.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó con voz ronca.

Ella sonrió.

-Sí, ¿y tú? -No estoy seguro -respondió él reflexivamente.

-Nunca había hecho el amor al aire libre antes le confesó suavemente, deseando que supiera lo especial que era aquello para ella.

-Ni yo tampoco -respondió él, para sorpresa de Gwen; y luego añadió, sonriendo irónicamente-. Puedes traerme a rastras hasta aquí y violarme todas las veces que quieras. ¿Qué te parece mañana a esta hora?

Gwen se sonrojó y soltó una risita.

Él alzó una mano hacia su mejilla y la acarició tiernamente.

No sé si sabes lo preciosa que estás en este momento.

-Tú haces que me sienta preciosa -susurró.

-Oh, amor, es que lo eres -le aseguró él hoscamente, mientras su pulgar acariciaba sus labios hinchados-. Y cada vez que te veo, lo eres más. Por eso reaccioné tan exageradamente anoche.

No, no te pongas tiesa, corazón, escúchame. Estabas tan encantadora en tu fiesta, tan segura de ti misma, tan independiente... Todos los hombres que había en la habitación te deseaban, y de pronto, sentí un pánico terrible a perderte ahora que te había encontrado.

Gwen se sentía incómoda con la súbita intensidad de sus palabras... palabras que temía que la harían desear más de lo que le creía capaz de ofrecer, palabras que podían acabar destrozándole el corazón si se permitía creer en ellas. Tenía que cambiar de tema antes de que se deshiciera en las lágrimas que la amenazaban en su estado de sensibilidad emocional. Se volvió hacia la playa y dijo:

-¿Dónde están Shane y Joey? Me había olvidado completamente de ellos.

Gwen notó el ceño momentáneo de Jeremy, pero en seguida se desvaneció de su rostro y miró también hacia la playa.

-Allí están, jugando con un trozo de madera. Deben de haber decidido con mucho tacto que no queríamos ser molestados por un rato.

-Supongo que sí -dijo Gwen, tratando de hablar con el mismo desenfado que antes; se retorció un poco en sus brazos-. Realmente debería vestirme. Está empezando a refrescar.

-Supongo que sí -dijo él de mala gana, ayudándola a levantarse.

Habían casi acabado de vestirse los dos, cuando él se quedó repentinamente congelado.

-Oh, diablos.

-¿Qué ocurre? -preguntó ella, alisándose el pantalón.

Con expresión pesarosa, él tragó saliva audiblemente.

-Nos hemos... er... quiero decir, me he dejado llevar tanto... que se me ha olvidado usar nada. No estabas protegida, Gwen.

-No pasa nada, Jeremy -le aseguró suavemente-. Ya me he encargado yo. Estoy tomando la píldora.

Él ladeó la cabeza. -¿Desde cuándo?

-Fui al ginecólogo mientras tú estabas fuera -reconoció con cierta timidez ante su confesión de que había pensado volver a hacer el amor con él.

La súbita sonrisa de Jeremy la hizo sonrojarse, pues parecía indicar que se daba cuenta exactamente de lo que significaba su confesión. Prosiguió apresuradamente:

-Este primer mes es un poco arriesgado sin protección adicional, pero no estoy en los días peligrosos del mes de todas formas, así que podemos estar tranquilos.

Él se relajó visiblemente.

En respuesta al silbido de su dueño, Joey saltó obedientemente al hombro de Jeremy, mientras Shane ocupaba su lugar detrás de Gwen. Y entonces, Jeremy miró a Gwen.

-¿Te quedas a pasar la noche conmigo? -le preguntó esperanzadamente.

Ella lo miró un momento sin decir nada. Debía decir que no, por supuesto. Sólo iba a conseguir sufrir si permitía que aquello

prosiguiera. Cada momento que pasaba con Jeremy no servía mas que para hacer más grave su adición a él. Si hubiera sido sensata, nunca habría permitido que las cosas llegaran tan lejos.

-Quédate conmigo -se oyó decir a sí misma-. Prepararé desayuno para los dos por la mañana.

Parecía que hubiera dejado la sensatez a sus espaldas junto con todas aquellas inhibiciones que había alimentado la otra Gwen, la que no había conocido a Jeremy.

Él sonrió y le tendió la mano. Ella la aceptó y su mirada se clavó en la suya mientras su corazón intentaba en vano prepararse para el futuro.

Capítulo Diez

Durante las dos semanas siguientes, a Gwen se le fue haciendo cada vez más difícil evitar no llegar a acostumbrarse demasiado a estar con Jeremy. Estaba empezando a sentirse parte de una pareja, a pesar de sus esfuerzos en sentido contrario. Inmerso en los preparativos de su inminente gira, Jeremy trabajaba y ensayaba durante todo el día con sus ayudantes mientras Gwen daba clases. Todas las tardes, aparecía a la puerta de Gwen no más tarde de las seis. Prácticamente un milagro, según Noelle, que le confió que Jeremy solía quedarse hasta altas horas de la noche trabajando antes de una gira. Y cada vez que lo veía, a Gwen le latía el corazón, le sudaban las palmas, se sonrojaba, como si se tratara de una vulgar adolescente enamorada.

Y Jeremy no le ponía las cosas más fáciles. Parecía totalmente feliz de pasar tanto tiempo con ella, satisfecho de su compañía hasta en aquellas noches que no hacían otra cosa que descansar en la sala de estar de Gwen, escuchando música y leyendo. Aquella acuciante energía suya parecía calmarse en su presencia... la mayor parte del tiempo. A veces, le daba por ponerse de pie de un salto cuando más tranquilos estaban y la sorprendía con algún nuevo truco de magia. Gwen estaba aficionándose cada vez más a la magia.

Jeremy nunca hablaba del futuro, ni de su relación, como no fuera para decirle con frecuencia que «estaba loco por ella». Gwen no sabía muy bien qué quería decir. Pero ni por un momento creía que pudiera estar tan perdidamente enamorado de ella como ella de él. Pero la deseaba. Le demostraba una y otra vez lo mucho que la deseaba, conduciéndola a nuevas cimas de pasión que ella nunca habría podido ni imaginar antes de conocerle. Gwen trataba de convencerse de que, por ahora, era suficiente con que la deseara e intentaba no pensar en la inminente gira de seis meses, pues algo en su interior le decía que aquello marcaría el final de su improbable futuro juntos.

-Estaré en San Francisco la noche del jueves y parte del viernes -le recordó el martes por la tarde.

Ella asintió mientras sacaba cuidadosamente una fuente de lasagna del horno.

-Sí, ya lo sé. Cuidado, Jeremy, que esto quema.

Él se apartó para que pudiera dejar la fuente sobre la mesa. Se apoyó en la pared y se la quedó mirando.

-Ven conmigo.

-¿Adónde? -dijo ella, perpleja por un momento.

-A San Francisco -repitió él pacientemente-. Una vez se haya grabado la entrevista el jueves a primera hora de la tarde, tendré el resto del tiempo para mí. Podríamos ir a cenar a un restaurante bonito, ver algún espectáculo y pasar la noche en el hotel. Tengo un par de cosas que hacer el viernes por la mañana, pero estaríamos de vuelta en Los Ángeles a las tres de la tarde. ¿Qué dices?

Gwen se volvió completamente hacia él. -Suena maravilloso, pero no puedo. Tengo que trabajar.

-¿No podrías tomarte un par de días libres? Podrías encontrar a un sustituto para tus clases, ¿no?

-Podría hacerlo con más antelación, supongo. Pero no puedo irme tranquilamente pasado mañana y estar ausente dos días laborables enteros. Tengo cosas programadas en clase de las que tengo que ocuparme yo misma.

Él cambió de postura nerviosamente.

-¿Qué harías si te levantaras enferma el jueves por la mañana? Alguien tendría que dar tus clases, ¿no?

-Claro. Pero no estoy enferma. Y tengo responsabilidades que cumplir. Lo siento, Jeremy, no puedo esta vez. Tal vez en otra ocasión.

-De acuerdo. Pero me gustaría que vinieras. Me gusta tenerte a mi lado.

-Y a mí me gusta estar a tu lado -replicó ella, sonriendo al ver su expresión de niño disgustado; le recordaba a uno de sus alumnos-. La cena está lista.

Suspirando, Jeremy se apartó de la pared.

-Tiene un aspecto estupendo. Yo fregaré los platos.

Mientras servía té, Gwen pensó en lo mucho que le habría gustado aceptar su invitación, olvidando por un momento sus deberes y obligaciones. Pero tampoco había cambiado tanto desde que había empezado a estar con Jeremy, ni se iba a permitir cambiar hasta ese punto. Su trabajo seguiría allí mucho tiempo después de que Jeremy se hubiera ido.

-Gracias por llevarme a casa, Cathy -dijo Gwen el viernes por la tarde después de las clases-. Mi maldito coche me ha dejado tirada. Supongo que voy a tener que librarme de él, por mucho que odie ir a comprar coches. Jeremy me prometió ir conmigo mañana, así que quizás esta vez no me sienta como si me estuvieran estafando todos los vendedores de coches sin escrúpulos de la zona.

Cathy se metió con su pequeño deportivo por la autopista, lanzándole a Gwen una sonrisa. -Casi no te veo últimamente. Alguien parecb acaparar todo tu tiempo. El mismo alguien que

mañana te va a acompañar a comprar un coche. -Supongo que he estado algo distraída últimamente, ¿no? -le preguntó Gwen en tono de disculpa.

Naturalmente. Estás enamorada. Se supone que tienes que estar distraída.

Gwen se atragantó. ¡Nunca le había dicho a Cathy que estuviera enamorada de Jeremy! ¿Cómo lo había sabido?

Cathy se rió alegremente, interpretando acertadamente la expresión atónita de su amiga. -¿Pensabas realmente que no lo sabías? Vamos, Gwen, estás loca perdida por ese hombre. Cada vez que lo mencionas, te pones resplandeciente. Me parece fantástico... me muero de envidia.

-¿Por qué ibas a sentir envidia por una relación que está destinada a acabar en corazón destrozado? -le preguntó ella tranquilamente, con la vista fija en la autopista.

-Venga, Gwen.

-Oh, por favor, Cathy. Conoces a Jeremy. Sabes como es. Excitante. Famoso. Inquieto. No va a seguir mucho tiempo satisfecho con nuestra aventurilla. Pronto le apetecerá seguir en marcha, y habrá una legión de mujeres animándole a que lo haga. No me ha dicho nunca que me ama, no ha hablado de ningún compromiso permanente. Ni siquiera me ha dicho si ve a alguna otra mujer cuando está fuera.

Con expresión preocupada, Cathy se mordió el labio inferior.

-Parece quererte muchísimo -dijo después de un momento-. Y recuerda lo celoso que se puso cuando te vio hablando con Bob el día de mi cumpleaños. Eso tiene que significar algo.

Significa que estaba agotado -replicó Gwen en tono abatido-. Si realmente deseara una relación seria, me lo habría dicho, ¿no? Para evitar que aquello volviera a suceder.

-No tenía idea de que estuvieras tan preocupada -dijo Cathy, expresando su simpatía-. Me parecías muy feliz últimamente.

Gwen soltó una risa breve.

-Eso es lo más loco del asunto. He estado muy feliz. Delirantemente feliz. Es decir, cada vez que Jeremy está junto a mí. Es sólo cuando estoy sola, cuando él está fuera y no tengo ni idea de lo que está haciendo ni de con quién está, cuando empiezo a pensar en el futuro, a preocuparme por el final de esto. No estoy acostumbrada a estos giros emocionales... estos altibajos. Estoy acostumbrada a que mi vida se desarrolle de una forma uniforme y tranquila, no particularmente excitante, pero no tan traumática.

-¿Pero eras feliz viviendo así? Desde que Daniel murió, has puesto tu vida en un compás de espera, y has estado viviendo en una especie de campana de vacío emocional. Tenías tus amigos, tu

perro y tu trabajo, pero nada más. Ninguna excitación, ningún gozo de verdad, ninguna locura.

-Cathy, yo nunca tuve esas cosas antes de que Daniel muriera -señaló Gwen más bien tristemente-. Al menos, no desde el colegio, cuando Barry y yo rompimos. Fue entonces cuando decidí protegerme contra ese tipo de dolor, cuando me di cuenta de que no estaba hecha para vivir pendiente de un hilo. Después de aquello, me conformé con vivir apaciblemente, encontrando placer en las cosas pequeñas. La relación que tenía con Daniel me parecía exactamente lo que necesitaba... sólida, fiable, cálida, sin exigencias. No estábamos locamente enamorados, pero los dos encontrábamos lo que necesitábamos el uno en el otro. Éramos felices a nuestro modo. Me quedé muy triste cuando murió.

-Siempre me pareció que tú y Daniel erais más como un hermano y una hermana o un padre y una hija que marido y mujer-reconoció Cathy-. Era un hombre muy agradable, muy -atento, pero me parecía que merecías más. Tú y Jeremy... bueno, la electricidad que salta entre vosotros dos cuando os miráis me hace temblar verdaderamente. No estoy tan segura como tú de que vuestra relación esté destinada al desastre. Creo que es muy posible que él esté tan profundamente implicado como tú. Sólo que no se ha atrevido a reconocerlo aún... tal vez ni siquiera a sí mismo.

Gwen no creía aquello muy probable, pero no discutió. No hubiera servido de nada después de todo. Ni ella ni Cathy sabían cuáles eran los auténticos sentimientos de Jeremy.

-«Y ahora es la hora de las noticias» -anunció la voz incongruentemente jovial del locutor por la radio del coche.

En esos momentos, Cathy entraba en el patio de la casa de Gwen.

--«Nuestra historia de portada... un avión de vuelo regular entre San Francisco y Los Ángeles se ha estrellado con cincuenta y cuatro personas a bordo en Ventura County poco antes de las tres de la tarde. Aunque a esta hora la información es todavía incompleta y confusa, las autoridades dicen que no ha habido supervivientes. Les brindaremos más detalles de esta tragedia cuando lleguen a nuestra redacción. El presidente Bush se ha entrevistado hoy con...»

-Gwen, ¿qué te ocurre? le preguntó Cathy, mientras el coche se sacudía al frenar súbitamente como reacción a la exclamación horrorizada de Gwen.

Apagó el motor y se volvió, alarmada, hacia ella.

-¡Cariño, estás blanca como el papel!

-Ese accidente de avión susurró Gwen, poniéndose a temblar mientras miraba el reloj; eran poco más de las cuatro-. Jeremy tenía que llegar de San Francisco a las tres. ¿Y si...?

-Oh, Gwen -gimió Cathy, tapándose la boca con las manos-. ¿No pensarás que...? -se detuvo, incapaz de expresar con palabras aquel terrible pensamiento.

«No ha habido supervivientes». La horrible frase resonaba en la mente de Gwen como en una pesadilla.

Tengo que averiguarlo -musitó, abriendo la puerta del coche-. Tengo que saber...

Entró corriendo en su casa, con Cathy pisándole los talones. El coche de Jeremy no estaba en la entrada, así que no se molestó en acercarse a su casa. Tratando de permanecer calmada y sin conseguirlo, se dijo a sí misma que era una estupidez suponer automáticamente que Jeremy tenía que haber estado en aquel vuelo en concreto. Pero él le había dicho que llegarían a las tres. Era muy posible que...

-¡No! -gruñó en voz alta-. No, no estaba en ese avión.

No podía ni siquiera aceptar la posibilidad de que Jeremy estuviera muerto. Ignorando el cálido saludo de Shane por primera vez en su vida, se dirigió directamente al teléfono. Jeremy le había dado los números de todas sus ayudantes por si había alguna emergencia. Cuando iba a marcar, el teléfono se puso a sonar.

Con el corazón en un puño, se acercó el receptor al oído.

-¿Sí? -preguntó en un susurro.

-Gwen, soy Noelle. ¿Has... -Noelle se detuvo y prosiguió cautelosamente-. ¿Has sabido algo de Jeremy esta tarde?

Gwen sintió que le flaqueaban las rodillas. Se hundió en la silla más cercana.

-No. ¿Tú tampoco?

-No -el susurro de Noelle era apenas audible por encima del ruido de fondo-. Estoy en el aeropuerto. Se... se suponía que tenía que haber llegado hace una hora. Yo había quedado en venir a buscarlo aquí con algunos papeles que quería revisar esta noche, pero... -se detuvo, y se le quebró la voz-. Oh, Gwen, ha habido un accidente.

-Ya lo sé -murmuró Gwen, sintiendo que los sollozos se agolpaban en su garganta-. Acabo de enterarme, Noelle. ¿Se... se supone que tenía que estar en ese avión?

—S-sí. Sí, estaba, maldita sea -Noelle estaba llorando-. He estado rogando que no estuviera, que tú hubieras sabido algo de él. Pero no hay ningún mensaje para mí aquí, y he llamado al hotel donde se alojaba en San Francisco y se fue a la hora prevista. He estado intentando averiguar si estaba en ese avión, pero esto es un caos, con todos los familiares viniendo y llamando, y no me dicen nada. Lo único que me han dicho es que... que tenía reserva en este avión. Oh, Dios mío.

Gwen escuchó los sollozos de la joven, sintiéndose extrañamente aturdida. Las lágrimas amenazaban, pero se negaban a salir, como si ellas, también estuvieran prendidas en el completo horror que la embargaba a ella.

-Noelle, ¿estás sola ahí? -le preguntó, alzando la voz para llamar la atención de la chica. Noelle hizo un esfuerzo por recuperarse.

-Sí.

-¿Qué piensas hacer ahora?

-N-no lo sé. Quedarme aquí, supongo. Intentar averiguar algo más. Esto está lleno de periodistas. No quiero que se enteren aún de que se suponía que Jeremy venía en el avión. Convertirían esto en un circo.

-De acuerdo. Llamaré a las otras, si es que no lo has hecho tú ya. Natalie y Deborah probablemente quieran reunirse contigo allí.

-Eres la primera a la que llamo. Me gustaría tener a alguien conmigo aquí. Gracias.

-Noelle... ¿me lo harás saber si te enteras de algo?

-¡Naturalmente! -Noelle hizo una pausa, y luego soltó precipitadamente-: Está a salvo, Gwen. ¡Tiene que estarlo!

Pero Gwen no podía compartir el desesperado optimismo de la joven.

-Házmelo saber -repitió y colgó.

cerró los ojos, mientras se apretaba la sien con una mano temblorosa.

«No podía estar muerto» ¿Acaso no lo sabría ella si lo estuviera? ¿Acaso no habría muerto algo en su interior? Pero ella estaba demasiado viva, demasiado consciente del intenso dolor.

-¿Gwen? ¿Te encuentras bien? -inquirió Cathy en voz baja, de pie junto a ella.

-No -respondió, con los ojos ardientes, y la garganta atenazada-. Si Jeremy estaba en ese avión, no creo que vuelva a estar bien nunca. Oh, Cathy -se dio la vuelta y enterró la cabeza en el hombro de su amiga, buscando el consuelo de sus brazos.

Cathy se echó a llorar. Gwen no pudo.

La siguiente hora pasó con una torturante lentitud. Cathy y Gwen estaban sentadas en el sofá, con las manos entrelazadas mientras veían por la televisión las últimas noticias al respecto, frustrantemente vagas, y esperaban la llamada de Noelle. Un helicóptero en vuelo muy bajo pasó por encima de sus cabezas. No le hicieron caso. Las dos saltaron del sofá cuando, unos momentos más tarde, llamaron con urgencia a la puerta.

-¡Gwen, abre! ¡Soy yo!

-¿Jeremy? -susurró ella, mientras se quedaba mirando fijamente a la puerta, en un instante de paralizada esperanza; y luego

encontró su voz-: ¡Jeremy!

Saltó del sofá y cruzó la sala a grandes zancadas. Abrió la puerta bruscamente y contuvo el aliento. -¡Jeremy!

No pasa nada, nena. Todo está bien.

La abrazó con fuerza y ella se puso a sollozar de puro alivio. Con un brazo alrededor de su cuerpo y la mano acariciándole la nuca, la acunó suavemente, murmurando palabras tranquilizadoras.

-No pasa nada, amor -murmuró otra vez. Gwen se aferró a él, como si le diera miedo soltarlo. Jeremy sabía que había pensado que estaba en el avión, lo había temido desde el momento en que se había enterado del accidente. Preocupado por la fuerza de sus sollozos, no podía hacer otra cosa que abrazarla contra su pecho. No la había visto nunca perder aquel formidable control de sus emociones excepto en el ardor de la pasión. ¿Tan destrozada realmente la había dejado la posibilidad de su muerte? Nadie le había mostrado nunca un cariño tal.

Inhalando trémulamente, Gwen alzó la cabeza de su hombro y se secó la cara con el dorso de la mano. Él se apresuró a sacar el pañuelo y se puso él mismo a la tarea con una ternura de la que nunca se hubiera creído capaz.

-Lo siento -murmuró Gwen con voz ronca-. No quería derrumbarme de esta forma. Oh, Jeremy, ¿qué le ha ocurrido a tu cara?

Alzó la mano para acariciar el limpio vendaje blanco que cubría la mitad de su frente debajo de un desordenado mechón negro.

Él hizo una mueca.

-Fue un accidente de coche -reconoció-. El taxi que cogí para llegar al aeropuerto en San Francisco sufrió un pequeño choque con otro vehículo, haciendo que perdiera el avión. Tenía auténtica prisa por llegar a casa para estar contigo, así que llamé a un amigo que es piloto de helicópteros y le supliqué que me trajera. Estábamos ya en el aire, cuando James, mi amigo, mencionó lo del accidente aéreo. Cuando me di cuenta de que estaba hablando de mi vuelo, de pronto experimenté un enorme agradecimiento por el conductor que se había interpuesto en el camino de mi taxi.

-Yo también le estoy agradecida -dijo Gwen fervientemente-. ¿Te encuentras bien?

-Estoy muy bien. Unos cuantos puntos en la frente, un ligero dolor de cabeza, pero nada más. Ella lo abrazó con fuerza.

Tenía mucho miedo. No podía soportar la idea de... -se le quebró la voz.

Hizo un esfuerzo por recuperarse y, de mala gana, se separó de sus brazos. Volviendo la cabeza, sonrió trémulamente a Cathy, lo cual hizo que Jeremy se diera cuenta plenamente de la presencia de

la otra mujer. Ella también había estado llorando, observó, y sintió una vaga sensación de culpa por toda la preocupación que había causado. Tras asegurarse de que los dos estaban bien, Cathy se retiró discretamente. Apenas acababa de salir por la puerta cuando sonó el teléfono.

-Noelle, ¿te has enterado? -le oyó Jeremy decir a Gwen, mientras él suspiraba cansadamente y se pasaba una mano por el pelo revuelto-. ¡Está aquí! -estaba diciendo Gwen, llena de júbilo-. No, de verdad, está aquí. ¡Perdió el avión! Está bien.

Jeremy se dio la vuelta y miró a Gwen con expresión perpleja. ¿Por qué tenía que decirle Gwen a Noelle que había perdido el vuelo? ¿Acaso no había recibido Noelle su mensaje?

Gwen le tendió el teléfono a Jeremy con una sonrisa.

-Noelle insiste en hablar contigo.

Él cogió el teléfono y se lo acercó al oído.

-¿Noelle?

-¡Jeremy! -el exuberante chillido reverberó en su dolorida cabeza-. ¿Por qué no me dejaste un mensaje diciéndome que habías perdido el vuelo?

-Pero yo...

-¿No sabías que me volvería loca de preocupación? ¡Y estos cretinos burócratas no querían decirnos nada a Natalie y a mí!

-Noelle, yo...

Pero Noelle no le escuchaba y siguió regañándole, cada vez más alterada hasta que Jeremy no pudo más.

-¡Noelle! -el grito pareció llegar por fin a la conciencia de la chica-. Te dejé un mensaje en la puerta por donde se suponía que tenía que llegar. Llamé desde el hospital de San Francisco para que no estuvieras preocupada. Y también te pedía que te pusieras en contacto con Gwen.

-Pero no había ningún mensaje, Jeremy. ¿Crees que no lo comprobé?

Él suspiró y se pasó otra vez la mano por el pelo.

-Debe haberse perdido en la confusión. Siento de verdad que estuvieras preocupada, Noelle. -Lo único que importa es que estás bien. Espera un minuto. ¿Qué estabas haciendo en un hospital? ¿Estás bien de verdad? ¿Cómo has llegado a la casa de Gwen?

Pacientemente, Jeremy repitió la historia de lo que le había ocurrido, mirando a Gwen mientras hablaba.

Le cogió una mano y se la apretó con fuerza, dándose cuenta de que la tenía helada. Cuando acabó de tranquilizar a Noelle, colgó el teléfono y se volvió hacia Gwen.

-Pareces exhausta. Vamos a sentamos un rato. -¿Quieres que te traiga algo antes? -le preguntó ella solícitamente-. ¿Algo de beber?

¿Una aspirina para tu dolor de cabeza?

-Luego. Ven aquí, amor.

Ella le siguió hasta el sofá, donde Jeremy la tomó entre sus brazos.

-Gwen, si me hubiera enterado antes, habría hecho todo lo posible por ponerme en contacto contigo y hacerte saber que me encontraba bien.

-Ya lo sé. Y he oído lo que has dicho a Noelle. Realmente intentaste dejarme un mensaje. Te lo agradezco.

-No estoy acostumbrado a responder ante nadie -confesó Jeremy con una sonrisa de medio lado-. Me cuesta recordar hacerlo.

Gwen pareció aturdida.

-¡No tienes por qué responder ante mí de nada, Jeremy! ¡Yo no te lo he pedido! -Probablemente me he expresado mal. No quería decir eso. Me refería a que no estoy acostumbrado a que alguien se preocupe por mí de la forma en que tú te has preocupado esta tarde.

Es... bueno, es bonito saber que alguien se preocupa tanto..

-Yo me preocupo por ti, Jeremy -susurró ella, y sus ojos inundados de emoción se clavaron en los de Jeremy-. Mucho.

-Lo sé.

Como no estaba preparado para profundizar más en aquel tema, y porque estaba empezando a darse cuenta de que él también se preocupaba, y mucho más de lo que había esperado, hizo descender la cabeza y cubrió sus labios con su boca.

Gwen le devolvió el beso ávidamente. Sus labios se separaron y sus lenguas se entrelazaron. Lo que había comenzado como un beso tranquilizador no tardó en convertirse en una ardiente celebración de la vida. Levantándose abruptamente del sofá, Jeremy la tomó en sus brazos y se dirigió con paso firme hacia el dormitorio.

Mucho más tarde, Jeremy estaba tumbado, mirando al techo de la habitación de Gwen, acunando su cuerpo dormido contra el suyo. Pensó distraídamente en comida. Tenía hambre, pero antes se moriría de inanición que despertarla de su apacible sueño.

Su cuerpo estaba saciado, sentía los miembros placenteramente inertes. Aunque lo sentía por las familias de quienes iban en el avión, estaba intensamente agradecido de que las circunstancias le hubieran llevado a perder el vuelo.

No podía evitar pensar en lo cerca que había estado. Si el otro coche no se hubiera interpuesto o si el taxista hubiera sido un poco más rápido, él estaría muerto en aquel momento. ¿Y qué habría dejado detrás?

Su brazo se tensó en torno al cuerpo de Gwen, haciendo que se agitara contra él.

-¿Jeremy? -murmuró, adormilada-. ¿Estás bien? ¿Te duele más la cabeza?

-Estoy bien, amor. Sólo tengo hambre. -Pues claro que la tienes -exclamó ella, incorporándose rápidamente y quitándose el pelo de la . cara-. Y yo también, ahora que lo pienso. Voy a preparar algo.

Te ayudaré.

Se dispuso a levantarse, luego cogió de la muñeca a Gwen y volvió a tirar de ella hacia abajo antes de que pudiera ponerse de pie. La besó intensamente.

-¿A qué se debe esto? -preguntó Gwen, perpleja.

-A que te quiero -replicó él con más jovialidad de la que sentía, y seguidamente, alargó la mano hacia sus pantalones-. ¿Tienes pavo? Un sandwich de pavo sería estupendo.

-Veré qué podemos hacer -dijo ella, poniéndose la bata.

Le ofreció una sonrisa que hizo que el corazón le temblara a pesar de notar la expresión extraña de sus ojos. Antes de que pudiera averiguar lo que significaba aquella expresión, ella se había dado la vuelta y había salido rápidamente de la habitación, dejándole meditabundo.

Capítulo Once

Era una de aquellas extrañas pesadillas en las que ella sabía que estaba soñando, pero todo parecía demasiado real.

Estaba reviviendo el funeral de Daniel. Su madre y su padrastro estaban junto a ella mientras el servicio terminaba y ella caminaba a lo largo del pasillo central para lanzar una última mirada a su difunto marido, algo que ella no había deseado hacer, pero en lo que su madre había insistido para guardar las apariencias. Las apariencias siempre habían sido muy importantes para la madre de Gwen.

El féretro parecía enorme, deformado, como son las cosas en las pesadillas. Asaltada por un súbito ataque de ansiedad, Gwen se quedó paralizada, con los ojos clavados en aquella oscura caja.

-No quiero mirar -anunció con una voz que le sonó extraña y hueca.

--Gwen, cariño, tienes que decir adiós -le res. pondió su madre reprobadoramente-. Todo el mundo lo espera de ti. Están esperando a presentar ellos también sus respetos cuando termines.

De mala gana, ella dio un paso más, sintiendo una tremenda opresión en el pecho. La mano de su madre la empujó suavemente por la espalda.

Respirando hondo, Gwen miró temerosamente el interior de la caja.

-¡No!

Despertándose con una sacudida brusca, Gwen miró hacia arriba, agradecida por no haber gritado en alto, y trató de recuperarse para no despertar a Jeremy, que estaba dormido junto a ella.

Jeremy. Había sido Jeremy quien estaba en el féretro del sueño, y no Daniel.

Mientras notaba cómo la fresca brisa de la noche acariciaba su cuerpo bañado en sudor, se dio cuenta de que aquella pesadilla no le había revelado nada que ya no supiera. Estaba enamorada de Jeremy. Eso ya lo había sabido, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto era fuerte su amor hasta que no había estado a punto de perderlo.

E iba a perderlo. No por la muerte, gracias a Dios, sino por la vida. Jeremy la iba a dejar para proseguir sus propios sueños y objetivos, una vida en la que no había sitio para ella. Y aquello iba a ser tan doloroso para ella que no sabía si sería capaz de sobrevivir.

Volvió la cabeza para mirarlo y gozó de aquella imagen de él, tan tranquilo y relajado en el sueño. Su corazón se encogió ante la idea de no volver a verlo nunca tumbado junto a ella en la noche. Una idea a la que más valía que se acostumbrara, reconoció con un largo y desconsolado suspiro.

-¿Gwen, qué ocurre?

Gwen hizo un esfuerzo por desechar la vehemente pregunta de Jeremy con una sonrisa y un rápido cambio de tema.

No ocurre nada, Jeremy. ¿A qué hora dijiste que iban a llegar Noelle y Natalie con tu coche? -Dijeron que estarían aquí a eso de las cinco, o sea, dentro de más de dos horas, así que tenemos tiempo para hablar. Y ahora deja de intentar desviar el tema. ¿Qué te ha estado preocupando hoy? ¿Sigues preocupada por lo de ayer?

Para evitar mirar a Jeremy, ella se agachó para recoger una concha rota y la arrojó al océano. -Bueno, claro que me preocupa aún pensar en lo de ayer. Y es difícil no hacerlo cuando los periódicos estaban llenos de detalles, sobre el accidente y los periodistas han estado detrás de ti todo el día para que comentases tu suerte.

-¿Por qué tengo la impresión de que hay algo que no me cuentas?

Sintiendo sus ojos intensamente clavados en su perfil, Gwen se mantuvo impasible.

-De verdad que no lo sé. Por cierto, ¿resolviste los problemas aquellos que tenías con el nuevo truco que querías estrenar en Nueva Orleans el mes próximo?

Jeremy la cogió del brazo y la hizo darse la vuelta. Plantándole las manos en los hombros, exclamó:

-¡Maldita sea, Gwen, cuéntamelo! ¿Por qué estás haciendo esto hoy?

-¿Haciendo qué, Jeremy? -le preguntó ella, rehusando mirarle a los ojos.

-Te estás cerrando a mí de alguna forma. Lo has estado haciendo desde que nos despertamos esta mañana. Hablas sin decir nada realmente y sonríes sin mirarme, y eso no es propio de ti. Quiero saber qué te ocurre.

Ella suspiró, dándose cuenta de que no iba a dejarla que se saliera con evasivas por más tiempo. -He estado pensando en nosotros, Jeremy. Él gruñó.

-Diablos. ¿Y a qué brillantes conclusiones sobre nosotros has llegado?

Irritada por su tono, ella alzó la barbilla agresivamente.

-¿Por qué supones automáticamente que cualquier cosa que tenga que decir es absolutamente estúpida? -le preguntó.

-¿Por qué no? Estoy seguro de que lo será. Pero, adelante. Suelta tu discurso.

-Creo que deberíamos dejar de vernos -dijo, lanzándole las palabras en tono desafiante-. No hay futuro en nuestra aventura y creo que deberíamos ponerle fin.

-Y se preguntaba por qué pensaba yo que iba a decir algo estúpido -señaló Jeremy, lleno de disgusto, mirando a Shane, como si esperara que el tranquilo animal mostrara su acuerdo con él-. Supongo que pensará que su sugerencia tiene el menor sentido.

-Háblame a mí, Jeremy, no al perro. Y claro que pienso que mi sugerencia tiene sentido. Mucho más sentido que seguir viéndonos. No tenemos nada en común. Somos probablemente la pareja más incompatible que se ha conocido nunca.

-Definitivamente estúpido -musitó Jeremy extendiendo las manos en un gesto de total frustración-. ¿Pero cómo puedes decir eso? Somos una pareja fantástica, tenemos mucho en común. Y hemos sido felices juntos... o, al menos, yo he sido feliz. Y creía que tú también lo eras.

-No es que no haya disfrutado del tiempo que hemos estado juntos -le aseguró Gwen, ansiosa de que no la malinterpretara-. He disfrutado, ha sido maravilloso. Pero...

-¿Pero...? -Ha terminado.

Nunca le había oído usar la obscenidad que surgió de sus labios en aquel momento. Pero sí le había visto perder los nervios de aquella forma, la noche que había venido de Las Vegas y la había visto con Bob.

Sus ojos centelleaban furiosamente mientras se acercaba a ella.

-¡Y un cuerno se va a terminar! -gritó, con los puños cerrados sobre las caderas-. ¿Qué te hace pensar que voy a dejar que te vayas sin ni siquiera luchar?

-No lo entiendes, Jeremy...

-Entonces, explícamelo -le urgió él, más suavemente-. ¿Tiene esto algo que ver con aquel otro hombre de tu pasado? ¿El anterior a tu marido?

-De alguna forma -contestó Gwen, asombrada de que se acordara de lo que le había contado. -Cuéntamelo -dijo él, cruzando los brazos. -Se llamaba Barry -empezó ella obedientemente, mirando ciegamente hacia el océano-. Era... era excitante. Yo no había salido con muchos chicos en el colegio. Era demasiado tímida, demasiado callada para atraer la atención. Luego, durante mi último año de universidad, después de tres años más de apacible anonimato, el capitán del equipo de fútbol me pidió inopinadamente que saliera

con él. Había estado saliendo con otra chica, pero acababan de romper. Estaba en una de mis clases y yo le había ayudado alguna vez, pero nunca pensé que quisiera salir conmigo. Estuvimos saliendo durante seis semanas... las seis semanas más excitantes de mi vida hasta aquel momento. Me pasé las seis semanas preguntándome qué podía haber visto en mí un hombre como aquél.

-Eso podría habértelo dicho yo -replicó Jeremy sombríamente-. Las mismas cosas que yo veo.

Ella se encogió de hombros.

-Me dijo que conmigo podía relajarse, que yo no esperaba que él me entretuviera, como las demás chicas y que aquello le gustaba. Me decía que era «agradable» hacer el amor con alguien que no esperaba fuegos artificiales.

-El muy imbécil era evidentemente un desastre en la cama -bufó Jeremy-. Contigo un hombre puede tener todos los fuegos artificiales que pueda desear y más, Gwen.

Sus mejillas se tiñeron de escarlata.

-Bueno, en cualquier caso, no tardó en cansarse de mí... y siguió su camino. Me dijo muy amablemente que yo le había venido muy bien... que había disfrutado de la temporada apacible que había estado junto a mí, pero que se sentía revitalizado y preparado para la excitación otra vez. Fui una especie de vacaciones para él, supongo. Un retiro de las exigencias de su vida normal. Ya estaba listo otra vez para volver a salir con mujeres que tuvieran algo más que ofrecerle, más hermosas, más apasionadas, más... más todo.

-Era un idiota -proclamó Jeremy en un tono de absoluto disgusto.

-Yo no le culpé. Entendí que no podía ofrecerle lo que necesitaba. Yo estaba hecha para alguien menos excitante, menos aventurero, que se sintiera más a gusto a un ritmo más tranquilo.

-¿Alguien como Daniel? -inquirió él perspicazmente.

Ella tragó saliva y respondió:

-Alguien como Daniel. Cuando me propuso matrimonio, supe que me ofrecía el tipo de vida para el que era más adecuada. Me dio un hogar y compañía. Y me habría dado niños.

-¿Y excitación?

Ella se miró las manos sin responder. Imaginaba que la respuesta era obvia.

-Gwen, no puedes juzgar nuestra relación por algo que te sucedió hace tanto tiempo, algo que un muchacho te hizo. Me parece que era un auténtico imbécil y lamento que sufrieras, pero eso no tiene nada que ver con nosotros.

-¿Ah, no? -inquirió ella, con los brazos cruzados-. Por eso es por

lo que resistía a comprometerme contigo al principio. Sabía que esto ocurriría.

-¿Sabías que ocurriría el qué? -preguntó él, y su tono empezaba a denotar frustración.

-Lo que ocurrió ayer.

Él dejó escapar el aliento.

-¿Qué tiene que ver lo de ayer con tu historia con Barry? ¿Por qué tiene que provocar esto entre nosotros?

Me hizo pensar-replicó ella, y su propia voz comenzó a elevarse de forma poco usual en ella, al sentir que su genio también se despertaba-. ¡Maldita sea, Jeremy, creí que estabas muerto!

-Sí. ¿Y?

-¿Es que no lo ves? Cuando creí que te había perdido, me di cuenta de lo realmente importante que te habías llegado a hacer para mí. Lo comparé con aquella demasiado similar experiencia del pasado y me di cuenta de que te quiero, Jeremy... demasiado. Sé que no nos hemos dicho mucho sobre sentimientos, Jeremy, que no has esperado más de mí de lo que ya hemos tenido. Y yo he intentado comportarme como si fuera una aventura más, de verdad que lo he intentado. Pero ayer me di cuenta de que una aventura con una celebridad es algo tan poco adecuado para mí como... como este aclarado de pelo, Jeremy. No puedo soportarlo, Jeremy. No aguanto pasar el tiempo contigo mientras sé que todo habrá terminado tan pronto como tu gira comience dentro de dos semanas. Sufrí cuando Barry me dejó, pero no va a ser nada comparado con lo que sufriré cuando te hayas ido.

Jeremy le puso las manos en los hombros. -¿Quién diablos ha dicho nada de que nuestra relación vaya a terminar cuando empiece la gira? -preguntó él, sin comentar, por el momento, nada más sobre lo que ella había dicho.

-¿Y cómo piensas continuarla cuando ni siquiera vas a estar aquí durante seis meses? le preguntó ella a su vez, mientras sus manos se aferraban a la pechera de su camisa-. ¿Crees acaso que puedes regresar dentro de seis meses y proseguir las cosas donde las habías dejado, suponiendo que aún me desees?

-Naturalmente que no espero marcharme de aquí y pasar seis meses sin ni siquiera hablar contigo por teléfono... ni tengo la intención de estar tanto tiempo sin verte -replicó él con firmeza-. Tendré algunos días libres durante esa temporada, en los que podré volver aquí, y tú tendrás las vacaciones, así que podrás venir a verme. Tengo intención de enviarte billetes a dondequiera que esté siempre que tú puedas encontrar un hueco para venir a verme.

-Jeremy, no puedo. No puedo ser una de las mujeres que te entretiene durante tu gira. No te estoy pidiendo que te

comprometas conmigo, pero sí te digo que no puedo seguir sin un compromiso serio. He intentado ser diferente esta vez, pero, lo siento, he descubierto que no puedo ser otra persona. Sólo puedo ser yo misma... una vulgar maestra de escuela más bien anticuada y nada aventurera, no una mujer moderna y sofisticada.

-Nunca te he pedido que fueras nada diferente de lo que eres -dijo él vehementemente, tensando las manos sobre sus hombros. Te he deseado... a la mujer que eres... desde el primer momento que te he visto, más de lo que he deseado a ninguna mujer moderna o sofisticada, como dices tú, en mi vida. ¿Por

qué crees que me enfadé cuando cambiaste de aspecto por mí? Los cambios que hiciste estaban bien, pero ya me parecías hermosa antes. No hacía falta que te cambiaras el pelo o te pusieras lentillas o te compraras ropa por mí. Creía que lo sabías. Creía que estabas haciendo esos cambios con la esperanza de que otros hombres se fijaran en ti también.

-¡No! -boqueó ella, horrorizada de que pudiera siquiera insinuar que ningún otro hombre pudiera hacerla sentir lo que Jeremy.

La voz de Jeremy cambió, haciéndose más grave y profunda.

-Gwen, nunca he querido tanto a nadie en toda mi vida. Estos sentimientos son nuevos para mí y tal vez no he sabido expresártelos muy bien. Tal vez es culpa mía el que pensaras que sólo estaba divirtiéndome contigo mientras esperaba a que llegara el momento de mi gran gira. Tenía que haberte contado todo. Tienes que creer que no quiero dejar de verte, que no he estado con ninguna otra mujer desde que estoy contigo, ni tengo la intención de estarlo. No sé lo que nos depara el futuro, y creo que necesitamos más tiempo juntos para llegar a hacer ningún plan concreto de futuro, pero puedo prometerte que tenemos un compromiso, tú y yo. Que te seré fiel durante todo el tiempo que estemos juntos, sea el tiempo que sea.

-Pero vamos a estar mucho tiempo separados durante los próximos meses -protestó ella en voz baja, temerosa de ilusionarse, temerosa de esperar demasiado de las cosas hermosas que él acababa de decir.

-Corazón, a pesar de tus aparentes conceptos falsos respecto a mi estilo de vida, no estoy desacostumbrado a largos períodos de celibato. Me he hecho a la idea de que voy a tener que darme más de una ducha fría en estos meses, pero sólo porque voy a estar deseándote continuamente. Ninguna otra mujer podría ser una sustituta tuya y no tengo la intención de perder el tiempo comprobando ese hecho. Y si descubro que has estado entreteniéndote con otros hombres mientras estoy fuera, ¡puede que me decida a ponerte un ojo morado! -añadió fieramente.

Ella no pudo evitar sonreír, a pesar de las tormentosas emociones de unos minutos antes. -Creía que un mago tendría que tener una amenaza un poco más aterradora que esa escondida dentro de la manga. ¿No tendrías que haberme amenazado con convertirme en rana o algo así? La boca de Jeremy se curvó hacia arriba en una sonrisa de medio lado.

-No quiero que pienses que hay nada de ilusionismo en mis sentimientos hacia ti. No pienso proclamar mis derechos con nada más ingenioso que las técnicas primitivas empleadas por los hombres de las cavernas. Esta no es una aventura moderna, Gwendolyn DeClerk. Esto es un asunto de hombre a mujer... durante todo el tiempo que consigamos que funcione. Estoy dispuesto a correr el riesgo de que funcione durante mucho, mucho tiempo. ¿Y tú, Gwen? ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

-Estoy dispuesta, Jeremy.

Él la besó con cierta brusquedad, mostrando más de un indicio de la primitiva posesividad que acababa de proclamar.

-Muy bien. Regresemos a la casa. Vamos a hacer buen uso del tiempo que nos queda antes de que las chicas lleguen, ¿quieres?

Ella asintió y se dio la vuelta en el círculo de sus brazos, preguntándose si lamentaría la decisión que acababa de tomar. Preguntándose si realmente le había quedado otra alternativa.

-Gwen -dijo Jeremy, cuando estaban a medio camino en las escaleras de la terraza de Gwen-. Si eso te sirve de algo, te diré que entiendo tus miedos. He pasado esta mañana un rato tratando de ponerme en tu situación de ayer, imaginándome cómo me habría sentido si yo me hubiera encontrado en ella. Me sentí enfermo, francamente. No podía ni pensarlo sin que me dieran sudores fríos. Es bastante aterrador descubrir que tienes unos sentimientos tan fuertes hacia otra persona, ¿no?

-Sí. Sí que lo es -convino ella en voz baja. Acabaron de subir las escaleras en silencio. Cuando llegaron a la casa de Gwen, Jeremy la tomó en sus brazos y la llevó directamente al dormitorio, donde procedió a demostrarle con suficiente meticulosidad que ella le proporcionaba excitación sin límite. Y ella se dio cuenta de que había empezado realmente a esperar fuegos artificiales... porque Jeremy se los ofrecía todas las veces.

El pañuelo se balanceó y bailó a través de la mesa, luego voló directamente por el aire y se introdujo dentro de una botella de leche de cristal transparente. Gwen se rió y aplaudió cuando el pañuelo se levantó una vez más para hacer una rápida reverencia y luego volvió a caer hacia atrás, inerte, en el interior de la botella.

-¡Es maravilloso!

Jeremy ladeó la cabeza pensativamente, dejando caer las manos, que había mantenido en el aire mientras el pañuelo ejecutaba su danza ante ellos.

-¿Tenía la suficiente chispa la actuación? Tal vez si el pañuelo...

-Está muy bien, tal como lo has hecho -le aseguró ella-. Mañana sales para la gira. No puedes ponerte a cambiar los trucos a estas alturas. Noelle me hizo prometerle que no te dejaría pensar en tu trabajo esta noche.

El enarcó una ceja en un gesto de caricaturesca lascivia.

-¿Significa eso que tienes otras ideas interesantes para distraerme?

-Tal vez sí -respondió ella con su voz más sensual, echándose hacia atrás en el sofá con un brazo en la nuca, sabiendo que aquella postura tensaba la blusa de seda contra sus pechos. Esperó a que sus ojos se ensombrecieran y volvió a agacharse hacia adelante antes de preguntar en su voz más normal:

-¿Sabes algún truco con naipes?

Jeremy se quedó paralizado y luego emitió un rugido. Después, sonrió irónicamente, una sonrisa llena de dientes blancos de la que ella no se fiaba en absoluto.

-El caso es que sé bastante. ¿Quieres que te los enseñe? -y volvió a agitar las cejas a lo Groucho Marx.

Ella puso los ojos en blanco, tratando de no sonreír.

-Casi mejor que no.

El se rió otra vez y la apretó contra su cuerpo en el sofá.

-Dios mío, cómo voy a echarte de menos.

La sonrisa de Gwen se hizo trémula, pero se negó a dejar que desapareciera. Había decidido que no iba a dejarse vencer por el abatimiento frente a la partida de Jeremy al día siguiente, y se mantuvo en esa decisión.

-Yo también voy a echarte de menos. -¿Tienes mi itinerario, verdad? Voy a estar haciendo actuaciones por todo el país durante las siguientes tres semanas y luego partiré hacia Europa.

-Lo sé, Jeremy-le dijo ella pacientemente-. Me diste el itinerario completo con los nombres y números de teléfono de todos los hoteles donde vas a alojarte. No la he perdido desde ayer.

Él la miró con expresión casi contrita.

-Ya lo sé. Es que quiero asegurarme de que puedes localizarme en caso de que me necesites para algo. ¿Me llamarás si me necesitas, verdad? Quiero decir, en caso de que ocurra algo.

-Te llamaré -le prometió ella, conmovida por su preocupación; no añadió que llevaba varios años cuidándose de sí misma.

Cuando hicieron el amor aquella noche, había en sus actos una

nueva nota de desesperación, pues los dos sabían que no tendrían muchas ocasiones de estar así juntos en los siguientes seis meses. Jeremy le hizo el amor muy lentamente, con tan exquisita meticulosidad que ella estaba totalmente fuera de sí para cuando él accedió finalmente a sus incoherentes súplicas y se introdujo en ella. Gwen se aferró fieramente a él, moviendo el .cuerpo con la misma ardiente vehemencia que él, dejando marcas con sus uñas en su musculosa espalda reluciente de sudor. Su clímax fue lo bastante poderoso para dejarla medio inconsciente y temblorosa.

Jeremy le concedió sólo unos minutos para recuperarse y luego comenzó de nuevo, amándola aquella vez con las manos, la boca, y el cuerpo hasta que ninguno de los dos pudo siquiera hacer el mínimo esfuerzo para separar sus cuerpos saciados. Quedaron profundamente dormidos, aún entrelazados, demasiado exhaustos para pensar en su partida del día siguiente.

Capítulo Doce

Gwen tenía que trabajar al día siguiente, lo que significaba que tenía que irse antes de que lo hiciera Jeremy. Ella se alegraba de que fuera así, porque de aquella forma no tenía que verlo partir. Se levantó temprano y se vistió. Luego intentó tomarse el desayuno que había preparado para ellos, aunque tenía poco apetito.

La abrazó con fuerza en la puerta cuando ella estuvo lista para marcharse al trabajo.

-Te echaré de menos -musitó Jeremy, y su voz sonaba sospechosamente ronca.

-Yo también te echaré de menos a ti. ¿Tendrás cuidado con esas escapadas tuyas? Ya sabes lo nerviosa que me ponen.

-Tendré cuidado. estaré todo el día pensando en tus visitas... y quiero estar en perfecta forma física para cuando volvamos a estar juntos -añadió significativamente, tratando de aligerar el momento.

Gwen se separó de él de mala gana, sabiendo que llegaría tarde al trabajo si se entretenía más. -Tengo que irme.

-Ya lo sé.

Bajando la mirada al sentir que le tiraban de la falda desde abajo, Gwen sonrió trémulamente.

-¿Tú también quieres decirme adiós, Joey? Alargó las manos y el monito se encaramó en su regazo. Rodeándole el cuello con sus brazos escuálidos, le dio un rápido beso de mono. Ella lo abrazó y miró a Jeremy.

-Juraría que sabe que te marchas hoy.

-Lo sabe -replicó él, encogiéndose de hombros-. Es muy listo. Además, ayer le preparé el equipaje.

Gwen volvió a mirar a Joey.

-Cuídame a Jeremy, ¿eh, Joey? Es muy especial para mí, ¿sabes?

-Yo ya he tenido una charla con Shane para que te cuide a ti, por la misma razón. Suspirando, Gwen dejó a Joey en el suelo y cogió el bolso.

-Tengo que irme.

Te acompañaré hasta el coche.

-No -dijo ella rápidamente-. No lo hagas. Él pareció a punto de discutir, luego asintió resignadamente.

-De acuerdo. Te llamaré a menudo, ¿vale? Conteniendo las lágrimas que se agolpaban tras sus ojos, se dio la vuelta y se alejó rápidamente, sintiendo sus ojos en la espalda mientras llegaba al coche. Tenía la mano en la puerta cuando Jeremy la llamó:

-¡Gwen!

Ella alzó la vista en el preciso momento en que él la tomaba entre sus brazos.

-Cuídate, ¿me oyes? Y no olvides lo que te dije si me enteraba de que tonteabas con otros hombres.

Ella sólo pudo asentir, secándose las lágrimas con el dorso de la mano mientras se daba la vuelta y se sentaba al volante de su coche. Se alejó sin mirar atrás, aunque sabía que Jeremy se había quedado en el mismo sitio sin moverse hasta verla desaparecer.

La primera semana después de que Jeremy se hubiera ido no fue tan mal como había imaginado. Procuró estar todo el día ocupada, preparando a sus alumnos para el cada vez más cercano final de curso, y por las noches se dedicaba a preparar las lecciones. Cathy y ella pasaban mucho tiempo hablando de Jeremy y de las preocupaciones de Gwen respecto al futuro, preocupaciones que Cathy tendría a desechar en la alegre convicción de que todo acabaría por salir de la mejor forma posible.

Jeremy la llamaba todos los días. Muchas veces llamaba justo antes de la actuación, así que no podía estar mucho rato hablando, pero parecía estar acostumbrándose a que le deseara buena suerte antes de empezar. Ella se preguntaba si sería una de esas supersticiones a que tan aficionados eran los profesionales del espectáculo. No le importaba nada ser el talismán de la buena suerte de Jeremy.

Jeremy también estaba bastante satisfecho con aquella primera semana. Estaba en el momento de máxima excitación que siempre experimentaba al principio de una gira importante y, luego, por las noches, la voz de Gwen, aquella voz suave y musical que relajaba sus nervios tensos, le hacía olvidar los incidentes sin importancia de la jornada, haciéndole sentirse mimado y amado.

¿Amado? Estaba de pie en el centro del escenario de un teatro vacío, mordiéndose el labio inferior mientras consideraba aquella palabra. No era una palabra que hubiera entrado a formar parte de su relación aún, aunque le había parecido oír a Gwen decirle que le amaba en el momento máximo de placer, cuando habían estado haciendo el amor. Más tarde, cuando ella no había vuelto a mencionar en ningún momento que estuviera enamorada de él, había decidido que había sido una equivocación, producida por el éxtasis del momento.

Nunca había estado enamorado antes, así que no estaba seguro de que lo que sentía por Gwen fuera amor. Pero sospechaba fuertemente que lo era. Estaba obsesionado con ella. La deseaba hasta el punto de la distracción, no le interesaba hacer el amor con

ninguna otra mujer. Le preocupaba su seguridad, y le conmovía profundamente su preocupación por él. Si el amor significaba algo más que aquello, no podía imaginar cómo podía ser. Y además, sospechaba que Gwen sentía algo muy parecido por él. Podría soportar las separaciones de los próximos meses siempre que pudiera llamarla, siempre que supiera que iba a reunirse ocasionalmente con él... como lo haría en Nueva Orleans al cabo de dos semanas. Sólo pensar en el reencuentro hizo que su cuerpo comenzara a reaccionar físicamente con todas las imágenes apasionadas que evocaba su mente.

Y entonces una voz impaciente se introdujo en sus dolorosamente placenteras fantasías. -¿Jeremy? -repitió ella en voz alta-. ¿Quieres regresar? Estamos haciendo algo aquí, por si no lo sabes. Se le suele llamar ensayo. Parpadeando, Jeremy enfocó la vista hacia la malhumorada pelirroja que flotaba en el aire delante de él.

-Oh, lo siento, Stephanie, ¿por dónde íbamos?

La segunda semana fue la terrible. Gwen tuvo una acalorada discusión con un padre que estaba convencido de que las malas notas de su hijo eran debidas a la mala idea de la profesora y no al rechazo continuo del chico a estudiar o hacer deberes. Su nuevo coche reveló un pequeño problema técnico y hubo que devolverlo a la tienda para que se lo ajustaran. Estuvo lloviendo cuatro días seguidos. Ella se sorprendió a sí misma llorando con una canción romántica por la radio. Le gritó a Cathy por atreverse a mencionar el nombre de Jeremy. Y lo echaba tanto de menos que le dolía todo el cuerpo.

Solamente cuando hablaba con Jeremy se le olvidaban todos los problemas. Oyendo su voz tan cerca de su oído, podía cerrar los ojos e imaginarse que le tenía a su lado, riendo suavemente mientras la entretenía con divertidas anécdotas sobre la gira. Podía fantasear, imaginando que estaba entre sus brazos, apretándose contra su cuerpo.

Le disgustó profundamente que una reunión de profesores y padres de alumnos la entretuvieran el viernes hasta muy tarde, haciendo que no pudiera estar en casa a la ahora en que sabía que Jeremy iba a llamar. Esperó mucho tiempo aquella noche, con la esperanza de que llamara después de la actuación, pero no lo hizo. ¿Por qué?, se preguntó, mientras daba vueltas en la cama, incapaz de dormirse. ¿Estaría haciendo alguna otra cosa después de la actuación? Le había dicho que normalmente prefería ir directamente a su habitación a descansar, pero quizás aquella noche

le había apetecido compañía. Compañía femenina.

No. Jeremy le había prometido serle fiel y confiaba en él. No la traicionaría sin antes hablar con ella, haciéndola saber que quería poner fin a su informal compromiso. Pero, ¿y si estaba empezando a arrepentirse del compromiso que había hecho?

Rodando sobre un costado, se preguntó cómo iba a sobrevivir los siguientes seis meses sin él. -¡Maldita sea, Deborah! -explotó. Jeremy-. ¡Se supone que tienes que estar en la caja antes de que abra la puerta! Es estupendo que se te vea salir por la trampilla. ¡Esas cosas son las 'que de verdad venden localidades!

-Lo siento, Jeremy, se me ha enganchado la falda en...

No quiero oír ninguna excusa. Si no te aclaras con ese vestido, ponte unos leotardos, pero haz bien el número.

-Tranquilo, Jer -intercedió Noelle, poniéndole una mano en el hombro a Deborah, que estaba mordiéndose el labio inferior para contener las lágrimas ante la inusual rabieta de Jeremy-. Todos cometemos errores. Tú mismo ya has cometido varios...

-Tienes razón. Lo siento, Deb. No sé qué me pasa hoy.

Era mentira, por supuesto. Sabía exactamente lo que le pasaba. Echaba tanto de menos a Gwen que era como si tuviera un agujero sangrante en las tripas. ¿Dónde diablos había estado el día anterior por la tarde, cuando la había intentado localizar? ¿En otra fiesta? ¿Se habría puesto aquel vestido rojo? Se fiaba de Gwen por supuesto, pero no de ningún hombre que pusiera los ojos en ella. Maldita sea.

Iban a ser seis meses muy largos.

Deborah aceptó generosamente su disculpa. -No pasa nada, Jeremy. Vamos a intentarlo de nuevo y esta vez saldrá bien, ¿de acuerdo? Sintiéndose un miserable, sacudió la barbilla y extendió los brazos.

-Ven. aquí.

Ella le devolvió el abrazo fervientemente. -Lo siento -le dijo otra vez, con voz áspera-. La próxima vez que te grite de esa forma me das con algo duro en la cabeza, ¿de acuerdo? -De acuerdo -convino ella, devolviéndole una brillante sonrisa-. ¿Quieres que lo intentemos de nuevo?

Él sacudió la cabeza.

-No, chicas, tomaos un par de horas de descanso. Os lo merecéis. Os veo luego.

Noelle se quedó cuando las otras se hubieron ido, estudiándolo detenidamente mientras él deambulaba con paso nervioso.

-¿Estás bien? -1e preguntó finalmente. El asintió.

-Sí, sólo cansado, supongo.

-¿Por qué no te vas a tu habitación a descansar? Y le haces una

llamadita a Gwen. Siempre estás de mejor humor después de llamarla. Seguramente estará en casa un sábado por la tarde.

Asintiendo de nuevo, con expresión contrita esta vez, Jeremy decidió aceptar su sugerencia. Pero Gwen -no estaba en casa. ¿Dónde estaba aquella vez?, se preguntó sombríamente, tumbado en la cama, mirando al techo. El ratón de trapo relleno con el disfraz de maestra estaba sobre su estómago, y Jeremy lo acariciaba distraídamente mientras consideraba las posibilidades. ¿Estaría haciendo la compra? ¿De tiendas con Cathy? ¿Paseando por la playa con Shane? ¿O habría conseguido algún hombre llevársela a casa después de la fiesta de la noche anterior?

-No, eso no. Santo cielo, eso no.

Sosteniendo precariamente dos bolsas llenas de comida, Gwen llegó hasta la cocina y las dejó caer poco ceremoniosamente sobre la encimera para coger rápidamente el teléfono que llevaba sonando desde que había entrado en la casa. Su voz sonaba notablemente jadeante cuando contestó.

-¿Hola?

-Hola.

Gwen se sentó en la mecedora, sintiendo de pronto las rodillas débiles.

-Hola, Jeremy.

-¿He interrumpido algo? Parece como si hubieras tenido que correr para coger el teléfono.

-Es que acabo de llegar. He bajado a la tienda.

-Ah. Te he llamado antes y no estabas en casa.

-Estaba haciendo la compra, semanal. Comida, cosas de limpieza, todo eso -cerró los ojos y trató de imaginarlo junto a ella-. ¿Intentaste llamar anoche?

-Sí -la respuesta sonó más bien áspera.

-Estuve en una reunión de profesores y padres de alumnos. Tenía que haber llegado a casa dos horas antes. Pero algunos de los padres se metieron en una discusión acalorada con la directora que pareció que no iba a acabar nunca.

-Lo siento -pero no parecía sentirlo en absoluto. Parecía más bien complacido.

Estuvieron hablando un largo rato. Cuando la llamada llegó a su fin, Gwen estaba sonriendo; de hecho, canturreando.

Jeremy colgó el teléfono y se quedó sentado en el borde de la cama, sabiendo que estaba sonriendo como un idiota. Una reunión de profesores y padres. En todo momento había sabido que tenía que haber sido algo así, se aseguró a sí mismo con cierto

engreimiento.

-¡Gwen!

Volviéndose cuidadosamente hacia donde sonaba la voz de Jeremy, Gwen sonrió de felicidad y se lanzó corriendo a sus brazos. Sus bocas se encontraron y quedaron unidas, separándose sólo para tomar pequeñas bocanadas de aire antes de encontrarse otra vez. Los dos eran ajenos al ajetreo de viernes por la tarde en el aeropuerto de Nueva Orleans.

Jeremy se separó de mala gana, sabiendo que tenía que dejar de besarla.

-Salgamos de aquí -gruñó, tirando con impaciencia de su brazo.

En un tiempo récord, recogieron su equipaje y cogieron un taxi para ir al hotel de Jeremy. Apenas acababan de cerrar las puertas del taxi, cuando la volvió a tomar entre sus brazos y sus bocas se unieron de nuevo en un ávido beso.

Era tan maravilloso abrazarla otra vez. Hundió el rostro en su pelo suave y fragante. Se restregó contra su mejilla y luego buscó su boca otra vez. Aquel beso acabó solamente cuando Gwen arrancó su boca para respirar, a la vez que le cogía la mano a Jeremy.

-¡Jeremy! -lo amonestó en un susurro-. ¡Aquí no!

Jeremy sonrió con expresión contrita, dándose cuenta de que su mano, como dotada de voluntad propia, se había deslizado por debajo de su falda verde y estaba a medio camino de su muslo.

-Lo siento -le dijo sin mucha convicción, poniendo la mano en una posición más decorosa-. Me he dejado llevar.

-Yo también -reconoció.

Jeremy se rió entre dientes, encantado. -¿Quién iba a creer que la recatada maestra de inglés pudiera dejarse llevar por sus bajos instintos en el asiento trasero de un taxi? -inquirió él con exagerado asombro.

-Ya ves cómo me has corrompido, Jeremy Kane. Yo era una señorita respetable hace sólo unos pocos meses.

-Pues da la casualidad que me gusta cómo te he corrompido -replicó él, poniéndose súbitamente serio-. Y sigues siendo de lo más respetable, Gwendolyne DeClerk -añadió, besándola con descarada posesividad.

La subida en ascensor hasta su habitación pareció interminable. Si no hubiera sido por las dos mujeres que compartían el ascensor con ellos, Jeremy podría haber sentido la tentación de detenerlo entre dos pisos y arrastrar a Gwen al suelo con él. Pero tuvo que contenerse y conformarse con cogerla de la mano con tanta fuerza que los dedos se les pusieron rojos, mientras todo su cuerpo

temblaba de impaciencia por estar con ella.

Lograron aguantar hasta su suite... a duras penas. Jeremy cerró la puerta y luego se apoyó contra la hoja, atrayéndola a sus brazos. Ella se apretó contra él mientras abría los labios para recibir a su ávida lengua. Un gruñido surgió de lo más profundo de su pecho mientras sus suaves senos se aplastaban contra él. Ella no le detuvo aquella vez cuando su mano se introdujo por debajo de su falda y comenzó a acariciarle los muslos enfundados en medias.

Medio delirante de pasión, Jeremy cubrió su redondeado trasero con las dos manos y la alzó con más fuerza contra su cuerpo, restregando su endurecida ingle contra el cálido hueco entre sus piernas. El ahogado gemido de excitación de Gwen fue su perdición. De pronto, la cama le pareció demasiado lejos.

Gwen boqueó cuando él emitió un sonido inarticulado e introdujo las manos por debajo del elástico de sus pantys, y se los bajó junto con la diminuta braga. Apenas la dejó tiempo para desprenderse de los zapatos. Tras abrirse la parte delantera de los pantalones, se los bajó y volvió a cogerla entre sus brazos, alzándole la falda hasta la cintura antes de levantarla en vilo.

La timidez de Gwen duró sólo un instante fugaz y luego comenzó a cooperar, envolviendo sus caderas con las piernas mientras se aferraba a su cuello con los brazos. Apoyándose bien en la puerta, Jeremy la fue bajando hacia él, y gruñó de placer cuando ella la enfundó con su húmeda suavidad.

-Dime qué tengo que hacer -susurró ella con voz ronca, dispuesta a todo, pero desconcertada en aquella poco convencional postura.

Los dedos de Jeremy se clavaron en la carne elástica de sus glúteos, alzándola y luego haciéndola bajar otra vez.

-Así, corazón -fue todo lo que pudo decir coherentemente.

Ella echó hacia atrás la cabeza mientras se movía tentativamente, y luego con mayor suavidad, apretándole con los muslos, mientras sus músculos interiores ondulaban hasta arrastrarlo al borde mismo de la cordura. Con la respiración entrecortada y el cuerpo bañado en sudor debajo de la

ropa, Jeremy enterró el rostro en su garganta, deseando fugazmente haberse tomado tiempo para arrancarle el suéter y tener acceso a-la suave carne de debajo. Pero incluso aquel pensamiento se desvaneció de su mente cuando Gwen chilló y se arqueó bruscamente, mientras su cuerpo se convulsionaba en el tremendo clímax.

Su súbito desbordamiento propició el de Jeremy, quien se hundió más profundamente dentro de ella y retembló con la fuerza de la explosión que sacudió su cuerpo. Permanecieron así

enganchados, con sus cuerpos estremeciéndose con las últimas sacudidas, hasta que Jeremy se separó de mala gana, notando que sus trémulas rodillas estaban a punto de fallarle.

-¿Quieres reunirte conmigo en la ducha? -susurró con una sonrisa.

Con expresión de aturdimiento, Gwen le devolvió la sonrisa con otra de trémulos labios.

-Esa suena maravilloso.

Gwen nunca había asistido a una representación completa en directo de Jeremy hasta aquella noche. Se quedó maravillada con el lujo de la producción... música rock de actualidad, una iluminación dramática, una elegante coreografía y un discurso muy cuidado y chispeante. Las ayudantes, a quienes había llegado a considerar amigas, le resultaron tan mágicas como Jeremy en el escenario.

Sobrecogida por la profesionalidad de Jeremy, por su seguridad y naturalidad delante de tanta gente, y percibiendo la pura lascivia en los rostros de la mayoría de las mujeres que la rodeaban mientras contemplaban a aquel mago de pelo negro y ojos azules, a Gwen le resultó aún más increíble que Jeremy y ella pudieran estar juntos. Que la deseara tanto que no hubiera esperado casi a estar dentro de la suite para poseerla... y antes de volver a hacer el amor con ella lenta y meticulosamente después de que se hubieran refrescado bajo la ducha. Intentó ignorar los acuciantes recelos que la asaltaron, diciéndole que no era posible que durase mucho tiempo una relación con alguien tan fascinante. Pero, por el momento, la deseaba, se dijo a sí misma valientemente. La mayoría de las mujeres a su alrededor darían su brazo derecho por aquel privilegio.

-Míralo -le murmuró Noelle a Gwen cariñosamente más tarde aquella noche-. Es todo un espectáculo en sí mismo.

Gwen asintió, con los ojos clavados en la pista de baile del club a donde Jeremy las había invitado a ella y sus cuatro ayudantes... una salida nocturna para señalar la última noche en los EE.UU. antes de partir para la gira por el extranjero, les había dicho Jeremy. Aunque su atención se centraba evidentemente en Gwen, había bailado con sus cuatro ayudantes durante la noche... cuando ellas no se habían visto acosadas por las continuas solicitudes de otros hombres que abarrotaban el club. Estaba bailando con Deborah en aquel momento y Gwen sonrió mientras contemplaba moverse la boca de Deborah con su habitual entusiasmo.

-Parece estar pasándoselo en grande, ¿verdad?

-Mmm -murmuró Noelle-. Así es. Es agradable tenerlo con

nosotros toda una noche sin que la mente se le desconecte como dice Natalie. Supongo que te lo debemos a ti.

Gwen frunció el ceño y volvió la cabeza para mirar a la hermosa pelirroja.

-Siempre dices eso. No sé a qué te refieres. Noelle se encogió de hombros, alzando las palmas hacia arriba.

-A menos que lo vieras hacerlo, no podrías entenderlo. Es como si de pronto se fuera a algún lugar dentro de sí mismo. Y una vez está allí, no hay forma de hacerlo volver hasta que él no se encuentra preparado y dispuesto.

Gwen apoyó la barbilla en las manos cruzadas, con los codos apoyados sobre la diminuta mesa alrededor de la cual se habían sentado y volvió a mirar a Jeremy.

-Lo he visto distraído. Concentrado plenamente en un truco. He hablado con él en un par de ocasiones en que estaba tan concentrado con lo que estaba haciendo que me vi obligada a repetir lo que estuviera diciéndole. Pero no me ha parecido nada del otro mundo.

Sacudiendo la cabeza vigorosamente, Noelle murmuró:

-No es lo mismo. Tendrías que verlo con tus propios ojos. Tal vez nunca llegues a verlo. Da la impresión de que no necesita hacerlo cuando estás tú.

Jeremy y Deborah se unieron a ellas, riendo y jadeando después de su enérgica danza. Jeremy depositó un rápido beso en la boca sonriente de Gwen antes de hacerle un gesto a la camarera para que le trajera otra copa. Mientras lo contemplaba durante el resto de la noche, Gwen se preguntó si llegaría a entender alguna vez a aquel hombre tan complejo.

Jeremy se metió las manos en los bolsillos. Su expresión era sombría mientras esperaba junto a Gwen en el aeropuerto a que anunciaran el vuelo en que ella tenía que partir: Gwen no podía evitar notar la diferencia en él. Desde el momento de su llegada la tarde del viernes hasta que se habían quedado dormidos la noche del sábado, exhaustos y deliciosamente saciados, había sido todo sonrisas, lleno de alegría y felicidad. Esa mañana, era domingo, el día en que ella tenía que volver a casa, se había despertado con el ceño grabado en el rostro. La había hecho el amor silenciosamente, casi fieramente, y apenas había sonreído en todo el día.

Mirándola a los ojos, Jeremy trató de sonreír, pero su intento fue un fracaso.

-Esto es dificil, ¿eh?

-¿Decirse adiós? Sí que lo es --convino ella, sintiéndose también

de humor sombrío.

No necesitaba añadir que se iría poniendo más dificil cada vez que tuvieran que hacerlo. Los dos eran demasiado conscientes de aquel hecho.

Una monótona voz femenina anunció el mensaje que habían estado esperando y temiendo. Era el momento del embarque para Gwen. El demasiado breve idilio había terminado. Gwen tragó saliva y se volvió hacia Jeremy.

-Ha sido un fin de semana maravilloso, Jeremy.

El asintió.

-Sí que lo ha sido.

-¿Me llamarás mañana desde Nueva York? Él asintió de nuevo.

-Sí. Te llamaré antes de que salgamos para Francia.

Francia. Tan lejos. Aferró el bolso con más fuerza y se aclaró la garganta.

-Será mejor que me vaya. Adiós, Jeremy. -Hasta pronto, corazón. Cuídate -la besó con fuerza, ásperamente, incapaz de mantener suave aquel último contacto-. Échame de menos -murmuró al soltarla.

-Me sería imposible evitarlo -susurró ella, conteniendo las lágrimas.

Y luego se dio la vuelta, mientras aún podía, y se alejó de él. De vuelta a su vida, dejándolo a él con la suya. Y mientras se sentaba en su asiento y se abrochaba el cinturón de seguridad con gestos mecánicos, se preguntó cuántas más de aquellas despedidas podría soportar.

Capítulo Trece

Algo cambió después de aquel maravilloso fin de semana en Nueva Orleans. Gwen no sabía definirlo exactamente, pero sabía que la preocupaba profundamente. Jeremy estaba actuando de una forma muy rara.

Seguía llamándola... no todas las noches, pero al menos dos veces por semana. Seguía contándole historias sobre su gira, haciéndola reír con sus cuentos y anécdotas sobre los países por donde pasaban. Pero aún así... algo había cambiado.

Mientras colgaba, después de una llamada inusualmente envarada, se preguntó qué ocurría. ¿Estaría Jeremy simplemente cansado de su apretado horario de actuaciones y viajes? ¿La echaba demasiado de menos para expresar sus sentimientos? O, tragó saliva, ¿estaba empezando a darse cuenta, como ella, de que aquella relación a larga distancia no podía funcionar? Tal vez le estaba costando mantener su promesa de serle fiel. Jeremy era, después de todo, un hombre con un fuerte apetito sexual y había pasado un mes desde Nueva Orleans. Seguramente estaba empezando a sentirse frustrado. Ella misma había experimentado aquella sensación durante las últimas largas noches. Sus anhelos, sin embargo, no eran simplemente de sexo, sino de Jeremy. Sólo de Jeremy.

Las clases llegaron a su fin por el -verano y Gwen se encontró con casi tres meses de vacaciones por delante sin nada importante que hacer. Durante otros veranos, había viajado un poco, había visitado a su madre en Arizona, había tomado clases de cerámica, cualquier cosa que le interesara en aquel momento. Aquel verano no había nada que la atrajera. Pasaba largas horas en la playa paseando con Shane, entregada a sus ensoñaciones sobre Jeremy. Cathy estaba empezando a enfadarse con ella, acusándola de convertirse en una ermitaña.

El teléfono sonó en el momento que llegaba de la playa cinco semanas, después del día en que se había separado de Jeremy en Nueva Orleans. Levantó el receptor, deseando que fuera él.

-¿Sí?

-Quiero que te reúnas conmigo en Viena. Ella parpadeó ante el inesperado y autoritario gruñido.

-¿Cómo?

-Quiero que te reúnas conmigo en Viena, el próximo fin de semana. Te enviaré el billete. -¿El próximo fin de semana? Jeremy, yo... -Mira, no quiero oír ninguna excusa, ¿de acuerdo? Necesito

verte. Tenemos que hablar. Así que pídele a Cathy que cuide de Shane otra vez, dile al chico de los periódicos que vas a estar ausente una temporada y planta tu lindo trasero aquí inmediatamente, ¿entendido?

-La verdad, Jeremy...

-Tengo que irme. Empiezo dentro de diez minutos. Haz lo que te digo, ¿vale? Ya te haré saber los detalles.

Gwen se encontró lanzando pestes contra el mudo receptor. Mientras colgaba, miró a Shane con él ceño fruncido.

-Me pregunto de qué irá todo esto -inquirió en voz alta-. ¿De qué querrá hablarme?

Iba a decirle que tenían que terminar. El pensamiento la golpeó con tanta certeza que casi se dobló del dolor. Gwen había sabido que no traicionaría sus compromisos sin antes hablarlo con ella... y debía haber llegado el momento de hablarlo.

No creía que pudiera soportarlo. Pero sus dedos marcaron el número de Cathy para pedirle que cuidara a Shane durante el siguiente fin de semana, pues sabía que no le quedaba más remedio que responder a su perentoria citación.

Nunca había estado en Europa, aunque siempre había deseado ir. Viena le traía a la mente imágenes de valses, caballos de salón, los Alpes y la arquitectura barroca. En cualquier otra ocasión habría estado emocionada de ir, impaciente porque el largo viaje llegara pronto a su fin. En cambio, hizo el viaje en un tenso silencio, inundada por el terror a lo que Jeremy tuviera que decirle, vacilando entre la certeza de que iba a poner fin suavemente a su relación y la esperanza de que sólo deseara verla, estar con ella unos días.

Jeremy ni siquiera fue a buscarla al aeropuerto. Gwen se. alegró de ver a Noelle, pero no pudo ocultar su decepción porque Jeremy no hubiera ido.

-Quería venir él mismo a buscarte, pero han surgido problemas de última hora en el ensayo -le aseguró Noelle después de un impulsivo abrazo de bienvenida-. Voy a llevarte directamente con él.

-¿Cómo está? -le preguntó Gwen mientras iban en el taxi al teatro donde Jeremy estaba ensayando para la actuación de aquella noche.

Noelle titubeó antes de responder.

-Está bien -dijo después de un instante de silencio-. Pero... bueno, últimamente no parece muy feliz. Ha estado callado y distante. El único momento en que parece estar plenamente concentrado es en medio de la función. Hemos llegado a la conclusión de que te echa de menos. Me alegro de que estés aquí.

¿La estaba echando de menos?, se preguntó Gwen, mientras sus dedos alisaban nerviosamente su falda. ¿O le preocupaba la forma de poner fin a su relación sin hacerle demasiado daño?

Jeremy estaba en el escenario del enorme y vacío teatro cuando Noelle y Gwen llegaron. Joey estaba sobre su hombro mientras él escuchaba algo que Deborah le estaba contando. Pero, a pesar de que estaba a varios metros de distancia, Gwen se dio cuenta de que estaba oyendo muy poco, o nada, de lo que Deborah le estuviera contando.

-¿Ves? -señaló Noelle en voz baja-. Eso es lo que entendemos por perderlo. Está aquí... pero es como si no estuviera.

Por primera vez, Gwen lo entendió realmente. El atractivo rostro de Jeremy estaba completamente vacío de expresión, sus ojos parecían vueltos hacia lo más profundo de sí mismo. Sus dedos, como siempre, estaban ocupados, tirando de un largo pañuelo de seda de un puño cerrado al otro, haciendo que cambiara de colores con cada tirón, pero parecía ajeno a lo que sus manos hacían.

Deborah alzó las manos en un gesto de frustración.

-¡Jeremy, estoy tratando de explicarte algo! ¿Querrías prestarme atención, por favor?

Él parpadeó, emergiendo a la superficie. -Lo siento, Deb. ¿Qué estabas...?

Y entonces se detuvo en seco mientras Joey chillaba y saltaba del hombro de Jeremy en dirección a Gwen.

Sonriendo mientras aceptaba el entusiasta saludo del monito, Gwen encontró la mirada de Jeremy con cierto titubeo. Su rostro ya no era inexpresivo, aunque no acababa de leer la expresión de sus ojos. Su mirada mantenía cautiva la suya, mientras avanzaba lentamente hacia ella. Se detuvo a sólo unos centímetros, hizo que Joey se bajara de sus brazos y le puso en manos de Noelle antes de atraer a Gwen hacia su cuerpo. Su beso fue tan ávido, tan fogoso como siempre. Ella se fundió en él, tan ajena como Jeremy a su pelirrojo público.

Cuando finalmente la soltó, estaba temblando de renovada esperanza. ¿Podía besarla de aquella forma si tenía intención de romper con ella? ¿La había convocado en Viena porque la echaba de menos y deseaba verla?

-Siento no haber podido ir a buscarte al aeropuerto -dijo, sin soltarla-. Ha surgido un pequeño problema con la sincronización que Deborah y yo estábamos intentando resolver.

-Para lo que nos estaba sirviendo.. -le interrumpió Deborah-. Tal vez ahora puedas concentrarte en el número.

Jeremy le lanzó una mirada que era medio jocosa, medio reprobatoria.

-De acuerdo. Enseguida nos ponemos a ello otra vez.

-No dejéis que os interrumpa en vuestro trabajo -se apresuró a decir Gwen, con las manos en. el pecho de Jeremy mientras le sonreía-. Me quedaré mirando... si te parece bien.

-Me parece mucho más que bien -le aseguró él-. No podrías apartarte de mi vista ni aunque quisieras. Sé que te apetecería ver la ciudad, pero te llevaré mañana, ¿de acuerdo? Mañana por la noche no hay función.

Ella asintió. No estaba interesada en hacer turismo sin él, de todas formas. Era a Jeremy a quien había ido a ver, no Viena, por muy hermosa que fuera la ciudad.

Aparentemente revitalizado por la llegada de Gwen, Jeremy se puso a ensayar con Deborah y Joey un nuevo truco que Gwen no había tenido ocasión de ver. Entre gestos de las manos y explosiones multicolores, Jeremy hizo que una caja vacía pareciera flotar en el aire, y después de cubrirla con un trapo rojo, hizo aparecer primero al monito y luego a Deborah, con las piernas dobladas en una postura sexy.

Gwen aplaudió.

-¡Maravilloso! Jeremy le sonrió -¿Te ha gustado? -Es fantástico -le aseguró ella.

-Bueno, desde luego no es el más impresionante ni el más difícil de nuestro repertorio, pero no está nada mal -convino Jeremy con expresión satisfecha-. No entiendo por qué he tenido tantos problemas con la sincronización...

-¿Tal vez porque has estado un poco distraído estas últimas semanas? -sugirió Noelle, abriendo la caja para que saliera Deborah.

Él se encogió de hombros, con los ojos fijos en Deborah, con una expresión que ella no acabó de descifrar.

-Tal vez.

Hubo poco tiempo para hablar después de aquello. Después de una hora más de ensayos, y una comida rápida, Jeremy y su ayudante tuvieron el tiempo justo para hacer los preparativos para la función. Gwen se arregló cuidadosamente y se puso una elegante túnica negra que se había comprado antes de ir en un impulso caprichoso. Con un maquillaje hábilmente aplicado y los pendientes de brillantes que le había regalado Daniel pocos meses antes de su muerte completó su aspecto.

Cuando la vio, Jeremy entrecerró apreciativamente los ojos.

-Estás preciosa -dijo simplemente. Ella se sonrojó.

-Gracias.

Jeremy le acarició la ardiente mejilla. -Ojalá... -empezó lentamente, luego se detuvo y sacudió la cabeza-, da igual. No tenemos tiempo de hablar ahora. Luego.

Ella se quedó preocupada por aquellas palabras y por el tono en que las había pronunciado, y las tuvo rondando por la cabeza durante toda la función.

Con las manos tensamente entrelazadas tras la espalda, Gwen contempló cómo Jeremy deambulaba nerviosamente por la sala lujosamente decorada de su suite. Llevaba dando vueltas desde hacía quince minutos, cuando habían entrado, después de darles las buenas noches a las otras. Parecía cansado, pensó ella, contemplando su rostro y pensando en la agotadora función que había concluido una hora antes. Ella estaba cerca de la extenuación, debido a su largo viaje. Pero aquella espera la estaba matando.

-¿Por qué no dices lo que tengas que decir y terminamos de una vez? -soltó bruscamente, y sus dedos se tensaron aún más mientras alzaba la barbilla, preparándose para el golpe.

Jeremy dejó de dar vueltas y se volvió hacia ella.

-Estoy tratando de decidir cómo empezar. Ella tragó saliva.

-Déjame que te ayude. Es sobre nosotros, ¿verdad?

-Sí. Tenías razón, ¿sabes? Esto no funciona. Ninguno de los dos es feliz con la separación, con los continuos adioses.

-Es cierto -se apresuró a asegurarle, deseando acabar cuanto antes y luego alejarse lo más pronto posible de él antes de irse a casa:

Pensó vagamente en suplicarle a Noelle que le dejara dormir con ella en cuanto aquella charla con Jeremy hubiera terminado.

-Lo entiendo. En ningún momento esperé que durara, en cualquier caso, así que te prometo que no haré escenas desagradables. Espero que el resto de la gira te salga maravillosamente, Jeremy, y yo...

-¿De qué diablos estás hablando? -inquirió él, llevándose las manos a las caderas mientras se la quedaba mirando fijamente.

Aturdida, ella extendió las manos, con las palmas hacia arriba en un gesto de confusión. Bien... de lo mismo que tú balbuceó-. De nuestra ruptura.

-¿Quién ha dicho nada de que vamos a romper?

Aún más desconcertada, ella alzó más las manos, frustrada.

-Tú.

-¡Y un cuerno!.

-Has dicho que esto no funcionaba -dijo ella, cada vez más exasperada-. ¿No es eso lo que querías decir?

-He dicho que lo que hemos estado haciendo no funcionaba... que ninguno de los dos es feliz estando separados. Me daba la impresión de que éramos perfectamente felices cuando estábamos

juntos. Al menos, yo lo soy.

-¡Y yo también! -insistió Gwen-:Pero... -¿Pensabas que estaba intentando buscar un modo delicado de romper contigo? -le preguntó él incrédulamente, mientras la comprensión iluminaba sus ojos.

Ella asintió desconsoladamente.

-¡Pero qué boba eres! -musitó él, pero no parecía en absoluto disgustado-. ¿Cómo ha podido siquiera pasarte eso por la cabeza?

-Bueno, yo...

-Estaba tratando de buscar una forma delicada de informarte de que no pienso dejar que regreses a California ahora que te tengo aquí conmigo. Que estoy harto de decir adiós, harto de hablarte solamente por teléfono, harto de acostarme con un ratón de trapo, desendo que fueras tú.

La última parte del discurso despertó su sentido del humor, haciéndola reír.

-¿Te has estado acostando con el ratón?

—Sí, y estoy harto de pincharme con ese puntero cada vez que me doy la vuelta. Y de despertarme bruscamente cada vez que suelta un chillido cuando lo aplasto.

Ella se rió. -Oh, Jeremy. Jeremy la tomó entre sus brazos.

No te vayas a casa, Gwen-le dijo con urgencia, y su expresión era muy seria-. Quédate conmigo.

-Pero, yo... mis cosas. Y Shane. Y el colegio empieza otra vez dentro de dos meses. -Haremos que nos envíen tus cosas. Todavía no sé qué podemos hacer con Shane; tendremos que hablarlo. Pero ya se nos ocurrirá algo. Por favor, Gwen. No digas que no.

-¿Y mi trabajo?

-Sé que te estoy pidiendo mucho -reconoció él en voz bja-. Pero te pido que lo dejes... o que al menos, pidas una excedencia durante los próximos meses.

-¿Dejar mi trabajo para seguirte por Europa como tu amante? -le preguntó ella en un susurro, preguntándose si podría olvidar todo lo que había sido importante para ella para vivir de aquella forma.,

l suspiró y la sacudió levemente. -Realmente estás negativa esta noche, ¿eh? No te quiero como-mi amante, Gwen. Te quiero como mi esposa. Cásate conmigo. -¿Casarme...?

-Sé que estoy haciendo esto desastrosamente, ¿no? Tal vez sea porque es la primera vez para mí. Nunca le había propuesto matrimonio a nadie antes. Pero te amo, Gwen, más que a nada o nadie en toda mi vida. Por favor, dime que te casarás conmigo.

-Yo... ¿me amas? --casi le daba miedo permitirse el lujo de creer sus palabras.

Te amo -repitió él en voz baja, con absoluta sinceridad-. Te

adoro. Me vuelves loco. Eres mi tesoro...

-Yo te amo también -le soltó ella, interrumpiéndole-. Pero, por supuesto, eso ya lo sabías. Su sonrisa se hizo más profunda.

-Tenía la esperanza. Entonces, ¿qué me respondes, corazón? ¿Estás dispuesta a depositar tu fe en la magia?

Ella pensó en el trabajo que tanto placer le había procurado aquellos últimos años, en la seguridad de su apacible casa en la playa. En sus años de soledad segura y limpiamente organizada. -Quiero decir sí.

-Pero tienes miedo.

-Sí -respondió ella simplemente. -¿De qué tienes miedo, amor?

-De que te canses de mí -susurró-. De que no vaya a ser capaz de mantenerme a tu altura. De que te sientas inquieto otra vez, y te apetezca seguir tu propio camino. Creo, que me mataría si me casara contigo y luego te perdiera.

-Puedo entender que te sientas tan insegura -le dijo gravemente-. No te he dado ninguna razón para pensar que deseaba un compromiso permanente contigo, ¿verdad? Nunca te había dicho lo mucho que te amaba hasta esta noche. Yo también tenía miedo, corazón.

-¿Tú?

-Sí, tenía miedo de fallarte. Tenía miedo de que la desazón que he sentido siempre en mi interior me alejara de ti, haciéndonos daño a los dos. O de que me sorprendiera a mí mismo retirándome a ese lugar interior donde siempre he buscado huir de los demás, cerrándome del exterior. Pero cuanto más lo he pensado durante las últimas semanas, más cuenta me he dado de algo.

-¿De qué? -le preguntó ella, con voz apenas audible mientras esperaba ansiosamente su respuesta.

-De que la desazón que siento dentro no me ha estado alejando de ti, Gwen. Me ha estado conduciendo hacia ti. Era a ti a quien estaba buscando todos estos años. El amor que compartimos es la auténtica magia que he estado buscando toda mi vida. He vuelto a ese lugar secreto dentro de, mí, dentro de mi corazón, y he descubierto que, de alguna forma, te has hecho un hueco allí. Has llenado ese hueco tan perfectamente, que nunca más volveré a estar solo. Estás en mi corazón, en mis pensamientos, y te quiero en mi vida para siempre -hizo descender su cabeza hacia la de ella y rozó con sus labios su boca trémula-. Di que sí, Gwen.

Sus párpados se cerraron brevemente, luego se volvieron a alzar.

-Nunca antes he vivido en la carretera.

-Lo sé. Será divertido al principio, y luego se convertirá en una rutina. Pero haré un esfuerzo porque vivamos nuestras vidas lo más normales posibles dadas las circunstancias. Dentro de unos meses,

cuando esta gira haya terminado, volveremos a California. Haré menos giras, me concentraré más en los programas de televisión y en las actuaciones dentro del país. Y cuando vengan nuestros niños, los dos trabajaremos para darles la infancia más feliz y segura que podamos, animándoles para ser lo que quieran ser -la besó otra vez-. Di que sí, amor.

¿Sus niños? El corazón le dio un vuelco cuando se imaginó a un chiquillo de pelo negro y ojos azules en sus brazos.

¡Cómo deseaba aquellos niños!

-Me casaré contigo, Jeremy murmuró, alzando el rostro hacia él.

Jeremy apenas la dejó acabar de hablar antes de levantarla en vilo y dirigirse a grandes zancadas hacia la cama.

Te amo -musitó mientras caía con ella sobre la cama, y sus manos comenzaban ya a desvestirla ansiosamente.

Las manos de Gwen tampoco tardaron en despojarle a él de su ropa.

Te amo, Jeremy--dijo, con los ojos húmedos de emoción y deseo-. Ahora, no digas nada y enséñame más de tu magia.

Riendo entre dientes, encantado, él ajustó su boca a la de ella y procedió a demostrarle su destreza como mago.

Fue mucho tiempo después cuando Jeremy se agitó, rodó sobre su costado y se apoyó en un codo, sonriendo a Gwen.

Tengo algo para ti.

Apartándose el pelo revuelto de la cara, ella esperó, expectante, a que él sacara aquel misterioso «algo».

Dándose cuenta de lo que esperaba, él sonrió y sacudió la cabeza. Pasando su fuerte y bronceado brazo por encima de ella, abrió un cajón de la mesilla y sacó una cajita forrada de terciopelo.

-Esto es demasiado serio para andarse con trucos de salón, amor. Esto es real.

Abrió la caja para mostrarle las relucientes alianzas que había en el interior. Tomando el anillo de compromiso, se lo puso en la mano izquierda, luego alzó sus ojos a los de ella.

-Añadiremos el otro anillo en cuanto podamos hacer las disposiciones pertinentes.

Ella se quedó un momento admirando el anillo, luego sonrió con satisfacción a Jeremy. Ya empezaría a hacer algo con aquella arrogancia suya después de la boda, decidió.

-Es precioso. Gracias.

-Gracias a ti dijo él en respuesta, depositando un beso casi reverente en su mejilla-. Por mostrarme realmente lo que es la magia. Te amo, Gwen.

Se casaron en Milán, con todo su personal técnico como público y sus cuatro hermosas pelirrojas como damas de honor. Joey llevó los anillos. Gwen llevaba un simple ramo de claveles multicolores.

Con las lágrimas resbalándole por las mejillas, Noelle les aseguró después que había sido la ceremonia más preciosa a la que había asistido nunca.

Aferrando con fuerza la mano de su marido, Gwen tuvo que estar de acuerdo. Se podía decir sin faltar a la verdad que su boda había sido pura magia.